
SS
SERVICIO SECRETO
ALF REGALDIE
GESTA DE AUDACES

ALF REGALDIE

GESTA DE AUDACES

1ª. EDICION
OCTUBRE-1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

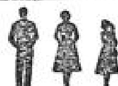
OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
301. — Cercado por la muerte. 304. — Cerco de traidores. 312. — Siniestra ambición.

En Colección PANTERA:
38. — Rebelión en el Atlas.

En Colección BUFALO:
153. — Terror en el valle.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona

Gesta de AUDACES

por Alf. Regaldie

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO I

Roberto Casey, «Bob», como le llamaban sus amistades, era, ante todo por vocación, una tecnomaníaco, un verdadero genio de la radio.

Pero su naturaleza de luchador, de aventurero, que de todo tenía el joven teniente, le había llevado desde un cómodo puesto en Londres, a su actual destino, nada cómodo, pero donde podía dar rienda suelta a sus inquietudes, a su temperamento, a su carácter un tanto soñador y violento.

Le gustaba verse en medio de aquel mar rubio, de un rubio cambiante según la posición del sol, y que tan pronto daba, la sensación de que se hallaba perezosamente dormido, como se alzaba en torbellinos, impulsado por el viento abrasador, cegando a los hombres con sus finas partículas que penetraban en los ojos pese a las defensas de las pestañas, haciendo arder los párpados hasta dar la impresión de que lo iban a dejar ciego a uno; penetrando por la nariz, por los oídos, por la boca, irritando y

quemando la piel. ¡Arena, arena, arena!

Horizontes dilatados y calor, un calor sofocante por el día, y en ocasiones, las más, un frío terrible por la noche, un frío que en momentos llegaba hasta hacer castañetear los dientes.

Sentíase feliz cuando le era dable contemplar algún aduar de muros blancos emergiendo en los límites de aquel mar de arena, recién encaladas las paredes que reflejaban de forma cegadora la luz del sol, aduares que se formaban aprovechando cualquier fuente o riachuelo medio seco. Tierra sedienta a la que, para arrancarle algo, había que regar con cubos, como se pudiese, teniendo que transportarse el agua a veces desde distancias considerables.

Tierra ardiente donde la sangre parecía hervir haciendo más violentas las pasiones, donde las mujeres ocultaban en sus ojos un misterio inescrutable.

Bellos manantiales del gran oasis de Siwa donde se bañó la bella Cleopatra; piedras calcinadas por el sol, últimas muestras de civilizaciones milenarias.

Y sobre aquel vasto espacio de miles y miles de millas cuadradas, la guerra, una guerra en que, en el transcurso de los siglos, los elefantes habían sido substituidos por colosales moles de acero erizadas de efectivas armas de destrucción y donde los potentes y veloces aviones llegaban al lugar donde los buitres no osaban llegar, disputándoles el dominio del espacio.

Los generales de ahora no se llamaban Ornar, ni Salah-Ed-Din, sino Ritchie, Rommel, Alexander, Montgomery… y eran producto de una civilización que se considera avanzada, servida por una gran cultura.

«Bob» Casey, por su carrera, pertenecía a una unidad de Ingenieros de Transmisiones, pero por su carácter aventurero estaba adscrito a los Servicios de Inteligencia del VIII Ejército.

Hallábase la Plana Mayor de su unidad en el mismo Tobruk, aunque no en el centro de la ciudad, tan destrozada ya por los terribles bombardeos a que había sido sometida a lo largo de aquella guerra en que la plaza había estado en manos de los dos bandos beligerantes.

Trabajaba febrilmente «Bob», con auténtica pasión, en lo que era su vocación, en el refugio subterráneo donde tenían unos pequeños talleres correspondientes a la unidad, cuando llegó un segundo teniente.

Estaba pálido pese a su veteranía y se le notaba excitado, sí, bien a Casey le pasaron por alto tales fenómenos, absorbido como estaba en sus trabajos.

—¡Hola, «Bob»! ¿Qué haces ahí tan tranquilo?

—Ya lo ves.

—¿Es una emisora? —interrogó el otro examinando el trabajo con mirada crítica, de experto, olvidándose un tanto de lo que le había llevado allí.

—Exacto. Una emisora en miniatura. Podré llevarla en una cartera, pero es tan potente que desde aquí me resultará fácil emitir a El Cairo, Alejandría, incluso hasta Roma.

La cita de la capital italiana pareció despertar al segundo teniente, que respondió:

—¿A Roma? Temo que no vas a necesitar la emisora para comunicar con ella como no te des prisa en salir «pitando» de aquí.

En el momento en que el segundo teniente terminaba de hablar, se produjo como un temblor de tierra lejano y «Bob» levantó la cabeza extrañado, dándose cuenta entonces de la excitación de su amigo.

—¿Qué ocurre?

—¿Es posible que no lo sepas? ¡No queda ya casi nadie en la plaza! ¡Rommel ha roto las defensas por el Oeste, está saltando por encima de los campos de minas con una de sus genialidades y los que no se den prisa van a quedar encerrados en Tobruk! Yo he venido por si había alguien aquí, advertirle y después, demoler esto para que no se puedan aprovechar de nada de lo que tenemos.

Recordando su misión, el segundo teniente se dedicó a trabajar febrilmente, mientras Casey gritaba:

—¿Es cierto eso?

—¿Tengo yo cara de bromear? ¿Es que no oyes cómo están zumbando los «Stukas»? ¡Son ellos los que han hecho volar los campos de minas!

Se dio cuenta entonces Casey de la realidad y, tomando una cartera, guardó en ella rápidamente el aparato que tenía en construcción, las herramientas que consideró indispensables y las piezas que había seleccionado para dar fin a su obra. Se puso la cartera en bandolera, sujetándosela bien al cinturón y tomó un subfusil.

—¿Cómo está eso, Murray? —preguntó a su compañero.

—Termino. ¿Estás dispuesto?

—Cuando quieras.

Salieron corriendo los dos hombres. Antes de alcanzar la escalera, Casey se detuvo unos instantes, volviéndose para lanzar una mirada al magnífico material que quedaba allí y que no tenían tiempo de sacar.

—¡Vamos, «Bob»! ¡En la guerra hay que enterrar los sentimentalismos!

Mientras subían, iba tendiendo el alambre y, una vez fuera, cuando lo tuvo todo dispuesto, le bastó maniobrar el deflagrador para que se produjese la terrible explosión que pareció conmover las entrañas de la tierra.

Les aguardaba un «jeep» a escasa distancia y Murray corrió a él, seguido por «Bob» que se puso al volante saliendo disparados a poco.

Se luchaba aún duramente al oeste de la ciudad y a no demasiada distancia de ella por la parte sur.

Las avanzadillas alemanas habían alcanzado las primeras casas y los cañones de los tanques atronaban el espacio con sus disparos, destrozando todo lo que hallaban al paso.

Silbaban los proyectiles de forma amenazadora y los dos oficiales de ingenieros, apenas emprendida la marcha, hubieron de detenerse para dar paso a cuatro ambulancias del hospital, atestadas de heridos y de enfermeras.

El proyectil disparado por el cañón de un tanque hizo saltar un «jeep» a escasos metros del que ocupaban Murray y Casey, quienes vieron como tres de los ocupantes quedaban destrozados mientras el cuarto salía de entre los restos del vehículo, arrastrándose penosamente.

Se amontonaban las dificultades y ¡el desorden entre los fugitivos era cada vez mayor. Los dos oficiales, casi al mismo tiempo, saltaron de su «jeep» y corrieron en auxilio del superviviente del otro coche. Estuvo a punto de alcanzarles una ráfaga de ametralladora y tuvieron que arrojarse al suelo.

Había sido una cosa de azar que les permitió arrastrar al herido hasta su «jeep», subirlo a él y salir velozmente, tratando de evitar la aglomeración de vehículos que se iba formando y que podía dar ocasión a que la aviación germana hiciera con ellos una verdadera sarracina.

Pero daba la sensación de que en aquellos momentos la aviación de Rommel no tenía más preocupación que hacer explotar los campos de minas para abrir paso a sus tanques, algunos de los cuales eran volcados por la artillería antitanque, que, aunque muy escasa, había quedado para dificultar el avance.

—¡No tendremos más remedio que unirnos a la caravana que sale! ¡Es el único camino que habrá libre de minas! —exclamó Murray.

—¡Tengo una idea, aunque resultará bastante expuesto!

¡Podemos salir por uno de los pasos que han abierto los «Stukas»!

—¡Estás loco! ¿Tienes interés en suicidarte?

El herido que habían recogido pareció darse cuenta de la situación y abrió los ojos. Era un capitán de Ingenieros bastante joven, el cual rogó a Casey:

—¡Déjeme pasar al volante! He dirigido la colocación de minas en uno de los sectores y conozco un estrecho camino que se me ordenó dejar.

—¡Usted no está en condiciones de pasar al volante! ¿No lleva ningún plano?

—No. ¡Además, si queremos salvarnos no tenemos tiempo de consultar plano alguno! Habremos de escapar a toda prisa y solamente yo conozco esa salida.

Hubo de ceder Casey, y el herido se puso al volante. Pronto se vieron detenidos por otro «jeep» en el que iba el coronel jefe del Regimiento de Ingenieros a que pertenecían Murray y Casey.

—¿Dónde están los demás?

—Lo ignoro, señor. Me encontraba yo solo en el taller cuando vino Murray a avisarme y a demolerlo.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—¡Síganos, señor! ¡No hay tiempo que perder! ¡La otra salida está abarrotada de vehículos y milagro será que no se produzca una hecatombe!

—¡Adelante, pues!

Corrieron los dos «jeeps», uno tras otro, derivando hacia la parte sur de la ciudad en busca de la famosa salida.

En unos momentos se vieron batidos por los tanques germanos que acosaban duramente, sembrando la muerte allá por dónde se acercaban.

Un proyectil alcanzó la parte trasera del «jeep» en que iban Casey. Murray y el capitán herido, y el vehículo quedó totalmente inutilizado.

—¡Pasen aquí! —ordenó el coronel.

—¡No cabemos todos!

—¡De cualquier manera! ¡Suba uno al motor!

Entre Murray y Casey trasladaron rápidamente al herido, situándolo al volante. Aun realizando un esfuerzo, uno debía quedarse en tierra y fue Casey el que se impuso, pese a que Murray estaba decidido a hacer lo propio.

Arreciaba el acoso de los tanques germanos que, a medida que pasaban el campo que había estado minado, se abrían en abanico, tratando de encerrar dentro de la ciudad el mayor contingente

posible de fuerzas inglesas.

Llevaban el ataque con gran rapidez, deseosos de no dar tiempo a que las desorganizadas fuerzas británicas pudiesen preparar las demoliciones de los grandes depósitos de petróleo, de agua y de víveres que tan bien les irían para continuar su fulminante ofensiva. Y por ello, trataban de sembrar el terror con su dura acción, sin conceder cuartel a los que no se rendían inmediatamente.

Se despidió Casey con un saludo deseándoles suerte y corrió a refugiarse entre los restos de un tanque inglés, cuyos ocupantes habían sido destrozados. Uno de ellos, malherido, sin poder casi moverse, pedía a gritos que le matasen, que no quería caer vivo en manos de los alemanes.

—¡No se preocupe, sargento, que no caerá vivo en manos de ellos! ¡Lucharemos hasta la última gota de sangre! ¡Alguien ha de dar el ejemplo, caramba! ¿Está en condiciones de ayudarme aunque no sea más que alcanzándome proyectiles?

Examinó el cañón, que estaba en perfectas condiciones de uso, y el superviviente, animado por el ejemplo de aquel joven oficial que se disponía a luchar valerosamente cuando todos huían, le pidió que le colocase en posición y lugar adecuados para llevar al máximo la ayuda.

Se dio cuenta Casey de que los tanques alemanes tiraban contra el «jeep» en que trataban de alejarse los fugitivos y puso el cañón en acción, con tal suerte, que el carro alemán que avanzaba en vanguardia quedó envuelto en llamas al primer disparo.

Llovieron entonces los proyectiles sobre ellos, mientras Casey, enfervorizado por su éxito inicial, gritaba:

—¡Ya hemos dejado uno fuera de combate! ¿Qué se habrán creído? ¡Duro con ellos!

Un certero cañonazo les destrozó parte de la torreta, pero a su vez, Casey detuvo casi en seco otro de los tanques.

Pronto apareció un grupo formado por unos doce carros de combate y el teniente se dirigió al sargento:

—¡Animo, muchacho! ¡Se acerca nuestro final, pero será un final digno de dos soldados!

Averió otro tanque, pero inmediatamente el suyo pareció ser víctima de una terrible tempestad, bamboleándose, saltando, siendo perforado una y otra vez. El sargento cayó muerto y el propio Casey sintió sus carnes desgarradas por la metralla.

Escuchó el ruido de las cremalleras de los tanques, cada vez más cercano, y requirió el subfusil, dispuesto a defenderse hasta el último momento, a vender cara su vida. Asomó el arma por una de

las brechas que se habían producido en la estructura del gigante de acero. Apenas lo hizo, sintió como las ametralladoras enemigas pespunteaban el terreno y la propia masa de acero que le protegía.

Disparó a su vez, aunque sabía que era un gesto inútil e incluso contraproducente, y volvió a sentir la mordedura en la carne, producida en esta ocasión, por un proyectil.

Se originó entonces una fuerte algarabía y a continuación se oyó el ladrido de varias piezas antitanques, bien conocido de Casey, que no pudo reprimir su alegría.

Habían sido llevadas rápidamente a aquel sector de la ciudad con la misión de retrasar en lo posible el avance germano y se había entablado un duro duelo entre ellas y los tanques que, por el momento, quedaron frenados.

Casey se aseguró entonces de que el sargento que tan valerosamente le ayudara, momentos antes, estaba muerto y, comprobado que no podía hacer nada, por él, aprovechó un momento de tregua para deslizarse de su tanque y sin querer pensar en las dos heridas que llevaba, correr hacia el refugio de una de las piezas. Su rápida huida, en la que trazó agudos movimientos en «zigzag», fue seguida por el fuego de las ametralladoras enemigas, cuyos proyectiles levantaban nubecillas de arena en torno a sus pies.

Sintió que le era arrebatada más de media bota de un disparo y que otro le cortaba limpiamente la correa a que iba sujeta la cartera con la emisora. Hubo de arrojarse al suelo y rodó, primero por voluntad propia, luego involuntariamente, manteniendo bien sujeta la funda donde llevaba su emisora en construcción.

Chocó con algo, se detuvo y abrió los ojos. Estaba a una par de metros de los servidores de una de las piezas antitanques y a cubierto de las ametralladoras enemigas.

Tenía todo el cuerpo dolorido y recibió la sensación de que la cabeza le iba a estallar. Sentíase estremecido por los cañonazos propios y los del enemigo.

Un oficial se le acercó:

—¿Qué le sucede, teniente?

—No creo que sea gran cosa, pero me han dado dos veces.

—Lo malo es que no hay hospitales ni quedan ambulancias.

—He tenido que dejar el «jeep» y me he resignado filosóficamente a morir matando.

—Eso está bien...

No terminó de hablar. Un obús enemigo le destrozó la cabeza y el cuerpo cayó sobre el propio Casey, que se lo quitó de encima

cómo pudo.

Las baterías recibieron orden de avanzar, después de haber logrado rechazar el ataque enemigo, para situarse en una posición más favorable.

Otro oficial invitó a Casey a que subiera en uno de sus vehículos, pero el herido no aceptó el ofrecimiento.

—Estoy punto menos que inservible y causaré más bien estorbos que otra cosa. Voy a tratar de salir de este infierno por mis propios medios.

—¡Es un suicidio! ¡No creo que halle usted un solo vehículo!

—No me preocupa demasiado. Intentaré llegar hasta el mar. Por otra parte, se aproxima la noche, y la oscuridad, para la fuga de un hombre solo, puede ser una buena aliada.

—No logrará llegar usted muy lejos.

—De situaciones peores he salido. ¡Que tengan suerte!

Se alejó cómo pudo, esquivando ráfagas de ametralladora, oyendo continuamente el silbar de los proyectiles disparados por los cañones de los tanques, sorteando los cráteres producidos por las bombas de la aviación.

No se sentía con fuerzas para ir demasiado lejos, ya que la pérdida de sangre le debilitaba considerablemente. Recordó una casa que, aunque no la había frecuentado, la conocía bien y a su mente acudió la imagen de una linda joven morena, una escultura viviente de movimientos graciosos y andares un tanto ondulantes.

—¡«La muchacha de Trípoli»! —musitó.

No la conocía por otro nombre; aquel, era la contraseña que ella había usado en las ocasiones en que establecieron contacto por necesidades del servicio.

Era un agente que en ocasiones había suministrado buenas informaciones, si bien, por su forma un tanto anárquica de trabajar, no se la empleaba todo lo que a Casey le hubiese agradado, aunque no fuese más que por relacionarse con ella.

Era terriblemente atractiva, pero tal vez el mayor incentivo fuese el misterio que parecía rodear su vida, su persona. No había logrado saber de dónde era, ni de dónde venía; si era soltera, casada o viuda; si amaba o era amada o ambas cosas a la vez.

En una ocasión en que Habían actuado juntos unos días en la retaguardia alemana, se pudo dar cuenta de que trataba a los germanos de forma un tanto despectiva e incluso hiriente, sobre todo, en los casos en que no los necesitaba.

La «muchacha de Trípoli», cantaba y bailaba en los cafés, pero nunca se sujetaba demasiado a ninguna sala ni a, ninguna ciudad y

tan pronto estaba en una como en otra.

La había conocido en Alejandría y la vio más tarde en El Cairo y en Trípoli; la había hallado en una caravana árabe en el gran oasis de Siwa; la había visto bailar y hasta logró bailar con ella en Bengasi, y, últimamente, se había entrevistado con la muchacha varias veces en Tobruk, lugar al que ella iba frecuentemente en los últimos días a traerle informes que luego él se encargaba de hacer llegar a la Jefatura del VIII Ejército.

Atractiva, terriblemente atractiva. Estas palabras parecían golpearle el cerebro; en su debilidad, comenzaba a olvidarse de todo lo que no fuese llegar a la casa de ella, donde encontraría refugio aun en el caso de que la joven estuviese. Conocía el escondite que ella misma le había mostrado en una de sus últimas visitas.

¿Estaría allí o habría logrado escapar?

Deseó y confió en que estuviese. ¿Por qué había da huir? Los alemanes, con su fulminante avance, le ahorraban el trabajo de tener que ir a buscarlos para lograr las informaciones que luego le pasaría a él.

Hubo de esconderse entre unas ruinas para dejar pasar un tanque alemán, un «Marck IV». Detrás del tanque venía una escuadra de infantería con los subfusiles dispuestos a entrar en acción contra cualquier enemigo que pudiese surgir de improviso.

Los infantes, a la media luz del anochecer, miraban con recelosa expresión en torno a sí, en particular hacia los lugares de los cuales podía brotar el fuego aniquilador.

Cuando el tanque y los hombres pasaron, Casey dejó transcurrir aún unos minutos. Sentía que el corazón le latía en el pecho con inusitada violencia y que las sienes y los oídos le zumbaban como si la cabeza fuese a estallar.

Todo quedó silencioso al fin y Casey salió, deslazándose por una estrecha callejuela. Una duda le atormentaba: ¿Y si los alemanes habían llegado hasta la casa de la «muchacha de Trípoli»?

Divisó la puertecilla metida en un rincón. Hasta el momento, aquel lugar había sido respetado por las bombas. Eran muy pocos los sitios que estaban en aquellas condiciones en la sacrificada ciudad.

Pegado a las paredes por miedo a caerse, llegó hasta la puertecilla, refugiándose en ella ansiosamente. Aguardó unos instantes a que cesara el crepitar de una ametralladora cercana y llamó con los nudillos, dando la contraseña, gracias a la cual, si estaba ella, sabría reconocerle y se apresuraría a abrir. Tras un lapso de silencio que podía ser corto, pero que a él le pareció un siglo,

repitió la llamada.

Escuchó atentamente y oyó al fin ruido de pasos, unos pasos leves, flexibles, que se acercaban a la puerta. ¡Era la «muchacha de Trípoli»!

Pero Casey era de los que no se fiaban y empuñó el subfusil nerviosamente, dispuesto a hacerlo entrar en acción. De nuevo volvía a percibir el ruido de las cremalleras de algunos tanques, el crepitar de las ametralladoras, el estampido de los cañonazos; todo ello a muy poca distancia. Los alemanes le pisaban los talones.

Entrevió la silueta de la «muchacha de Trípoli» que le apuntaba fríamente con una pistola.

Fue la última sensación que percibió y se derrumbó como un fardo, mientras rodaba por los tres escalones que conducían desde la calle al piso de la casa, cayendo a los pies de la agraciada joven, que le contempló unos instantes en actitud vacilante. Sus labios se apretaron de forma un tanto convulsiva al tiempo que le apuntaba de nuevo con la pistola, y dio la sensación de que iba a disparar.

CAPÍTULO II

La «muchacha de Trípoli» detuvo la acción, apartó luego con un gesto de desdén la mano derecha de «Bob», que había quedado cerca de uno de sus pies, y volvió a subir los tres escalones para cerrar la puerta y echar el cerrojo.

Quedó luego de espaldas a la entrada, contemplando el cuerpo caído y, tras un leve encogimiento de hombros, guardó la pistola y se inclinó sobre el joven que en aquel momento volvía a abrir los ojos.

—¡Vamos, teniente! Es preciso que me ayude usted un poco, que haga algo si quiere que le ayude a mi vez. No crea, usted que poseo la fuerza de un camello.

Casey, aturdido, pero reanimado al escuchar la voz de la muchacha, se incorporó auxiliado por ella y logró a continuación ponerse en pie apoyándose contra el cuerpo de la joven quien lo cogió por la cintura, y la pasó su brazo por los hombros.

—Procure no descargarse demasiado. Hay que ser fuertes y si ha logrado llegar hasta aquí, no comprendo por qué ahora no puede tenerse en pie.

La cabeza de ella, pese a ser de estatura bastante aventajada, apenas si llegaba a la boca de él, que no podía verle los ojos mientras hablaba.

—Siento causarle esta molestia, jovencita. ¿Está usted sola?

—¿Me ha visto alguna vez acompañada?

—Tiene razón; perdone. Está usted agresiva. Por favor, no pierda los nervios.

—Hable menos y vamos. No le arriendo la ganancia si le encuentran aquí nuestros buenos amigos los alemanes e incluso yo misma no lo pasaría demasiado bien.

—Pensé que iba usted a matarme al advertir su recibimiento.

—Tal vez debí hacerlo y me hubiese librado de una serie de complicaciones; pero a veces soy tonta de remate y esto es un peligro en nuestro oficio.

—Creí que tenía usted la obligación de ayudarme.

—Yo no tengo obligación ninguna con nadie. Le facilito informes, no a usted, sino a su ejército, porque ello me permite vivir y guardar algo para cuando no pueda cantar ni bailar, pero no me debo a nada ni a nadie. Soy libre, independiente. ¿Me entiende

usted?

—Está bien, «muchacha de Trípoli». No vamos a reñir ahora cuando nos hemos llevado siempre tan bien.

—Llámeme Sheila.

—¿Es ese su nombre?

—Ese u otro, a usted, ¿qué le importa? Llámeme como le he dicho y en paz.

Andando lentamente a causa del estado de Casey, llegaron hasta un rincón en el cual Sheila, tras apartar un mueble, hizo funcionar un mecanismo sencillísimo, no tardando en abrirse un hueco de forma un tanto irregular en el piso de madera, hueco en el que se iniciaba una escalera de piedra.

—¿Puede bajar solo o tendré que ayudarle?

—Prefiero que me ayude. Resulta más agradable.

—Cuidado, teniente, puede «resbalar» —advirtió Sheila.

Dio la muchacha una particular expresión a la palabra última, una expresión que hizo comprender a Casey que Sheila le daba un significado que difería bastante de la simple materialidad.

—Está bien, perdone. Después del desastre sufrido necesito pensar en cosas más alegres; pero usted no está para bromas y tiene perfecto derecho a ello.

Al terminar de hablar, Casey realizó un esfuerzo y se desprendió del apoyo de Sheila.

No se atrevió a intentar bajar las escaleras en la postura normal y se volvió de espaldas, bajando lentamente apoyando las manos en el suelo para estar más seguro.

Sheila quedó en lo alto de la escalera, contemplándolo. Se hallaba contrariada, insatisfecha, sin saber qué hacer, qué partido tomar.

Se volvió hasta la entrada y examinó el piso, por si había quedado alguna huella de sangre, algo que delatase la presencia del hombre; recogió el subfusil que estaba abandonado en el suelo y cerciorada de que no había sangre, bajó hasta donde se hallaba Casey.

—Tal vez fuese mejor que no le diese el arma, pero…

Se oyeron golpes en la puerta de la calle, golpes que se repitieron con violencia, mientras se escuchaban voces destempladas.

Empuñó Casey el subfusil comprendiendo que eran los alemanes que llegaban, pero Sheila, que daba la sensación de que nada era capaz de excitar sus nervios le dirigió una mirada de reproche.

—Conserve la serenidad, teniente. Ellos no bajarán aquí.

Además, ya sabe usted que el subterráneo tiene una salida.

No dijo más y con la misma tranquilidad que si no tuviese el enemigo llamando violentamente a la puerta, subió las escaleras. Casey la vio desaparecer arriba y segundos después, la trampa se cerraba sobre su cabeza.

Oyó el oficial inglés el ruido de las pesadas botas de los alemanes y sus voces un tanto destempladas al principio, y que fueron bajando de tono hasta que dejó de percibirlas. Le hubiese gustado subir y escuchar, pero le faltaban las fuerzas; principiaban a molestarle las heridas y sentía que la fiebre comenzaba a producirle molestos escalofríos.

Le parecía que el tiempo transcurría con espantosa lentitud. ¿Qué ocurriría arriba? ¿Sospecharían algo? ¿Se habrían marchado? ¿Por qué Sheila no bajaba?

Luchaba Casey contra el sopor que le producía la fiebre. En un momento en que oyó ruido de pasos sobre su cabeza, empuñó el subfusil de forma nerviosa y quedó mirando hacia la parte alta de la escalera.

No sucedió nada entonces y sintió que los pasos se alejaban. Muy poco después vio que la trampa se abría de nuevo. Tuvo la sensación de que los ojos querían saltársele de las órbitas cuando descubrió a Sheila, serena, como si nada hubiese pasado, que descendía lentamente por la escalera. Llevaba la «muchacha de Trípoli» material sanitario y bajaba, seguramente, dispuesta a curarlo.

—¿Quiénes eran?

—No importa quiénes eran. Haga un esfuerzo. En esa pieza hay una cama y le podré curar mejor que aquí.

Encendió Sheila la luz de una habitación cuya puerta, se hallaba próxima a la escalera e indicó a Casey el lecho que se veía en la misma.

Allí lo tiene. Quítese la ropa y cuando menos ensucie, mejor. Y otra cosa:

Hablaba con frialdad la muchacha y el oficial inglés la contempló sorprendido:

—¿Qué se le ocurre?

—Espero que no tendré que lamentar el haberla prestado auxilio. Estamos y estaremos usted y yo solos aquí, conviviendo. ¿Me entiende?

Sintió Casey que se sonrojaba como un colegial y le respondió lentamente:

—Le comprendo perfectamente y créame que estoy arrepentido

da haber acudido a usted. Si mi estado lo permitiese, me marcharía ahora mismo y puede estar segura de que lo haré cuanto antes.

—Voy por agua hervida —respondió ella, sin hacer caso alguno del tono desabrido que había empleado él.

Mientras marchaba arriba, Casey, sentado en una alfombrilla a los pies de la cama, se despojó de su fina guerrera y de la camisa, quedando su busto al descubierto. Tenía bastante inflamada la herida de proyectil que había recibido en el pecho, en la unión del tronco con el hombro izquierdo y le dolía espantosamente. La otra herida, en un lado de la espalda, a la altura de los riñones, no podía vérsela, pero por las molestias que le producía, imaginaba que no debía presentar mucho mejor aspecto. Seguramente tendría alojado dentro el trozo de metralla, pues le dolía espantosamente apenas intentaba moverse.

—Y menos mal —se consoló a sí mismo—, que me hirió de rebote, que si llega a ser directa, puede que no lo contase en este momento.

No tardó en volver Sheila con una cacerola llena de agua casi hirviente aún. Lo preparó todo y se dirigió al joven en tono un tanto hiriente por su mordacidad.

—Veamos esas horribles heridas. ¿Tendrá valor para resistir la cura? —añadió echando un vistazo a los dos boquetes, sintiendo un profundo estremecimiento al ver el aspecto que presentaban.

—No tiene importancia que yo tenga valor o no. Usted, aunque yo me desmaye, debe continuar. Es usted la que debe tenerlo para hacer el trabajito. ¿Ha hecho alguna vez algo parecido?

—Confieso que no —respondió ella un tanto turbada por la ironía de Casey y asustada también por las heridas, bastante más terribles de lo que ella había imaginado.

—Está bien. Desinfecte unas pinzas y démelas.

Obedeció Sheila de forma un tanto automática y Casey le rogó, al tiempo que señalaba la herida del pecho:

—No parece que el proyectil esté demasiado profundo. Coja un pellizco de carne dejando la herida en el centro para facilitar su extracción. Fíjese cómo lo hago yo.

Unió Casey la acción a la palabra e indicó la manera de hacerlo, al propio tiempo que aquello le servía para tantear el lugar donde se hallaba el proyectil.

Palideció Sheila y hubo de animarla Casey con expresión un tanto burlona:

—Vamos, anímese, y no sufra, que la carne es mía.

No respondió ella y obedeció. Casey continuó:

—¿Se ha dado cuenta de dónde está el proyectil?

—Sí.

—Pues ciérrele el paso apretando fuerte para que no profundice más al meter yo las pinzas para extraerlo.

Casey sentía que las fuerzas le abandonaban, pero hizo un llamamiento a su energía; debía dar un ejemplo a aquella mujer que parecía impasible y que hasta había llegado a burlarse.

Metió las pinzas en la herida hasta chocar con la bala, sintiendo un agudo dolor. La frente se le cubría de sudor, cuyas gotas se detenían en las cejas.

Dirigió la mirada a Sheila y vio que había cerrado los ojos y que estaba intensamente pálida. Le habló, procurando disimular el sufrimiento, dando un tonillo de humor a las palabras.

—No afloje ahora. Creo que he pescado ya el proyectil.

Al notar que lo tenía cogido tal como había dicho, fue tirando de él, con cuidado para que no se le escapase, y cuando lo tuvo seguro, dio un brusco tirón, arrancándolo de golpe y mostrándoselo con gesto triunfal a la muchacha, al tiempo que sentía una sensación de alivio en la herida.

—¿Qué le ha parecido? Ahí lo tiene la mar de mansito, como si no hubiese hecho nada.

Necesitaba hablar para dominar el dolor. Al sacar el plomo, se había reproducido la hemorragia y le hizo un guiño a Sheila, tratando de infundirle valor.

—Desinfecte ahora, sin temor alguno. Hay que cortar la hemorragia cuanto antes. Pero reserve fuerzas para la otra operación en la cual no podré ayudarle.

Hizo Casey como que no veía las lágrimas que afluían a los ojos de ella y se reclinó contra el respaldo de la silla para que Sheila pudiese trabajar con más comodidad.

Cuando hubo terminado con la primera herida, unió dos sillas y se tendió da bruces en ellas.

—Trabajará con más facilidad si me coloco así, ligeramente combado, que si me sitúo en la cama. Además, hay que conservarla lo más limpia posible. Ya sabe cómo tiene que hacerlo. Eso de ahí detrás es un trozo de metralla. No tenga compasión y tire de él sin miedo, tan pronto lo pesque.

Se metió Casey un pañuelo en la boca para resistir el dolor; pero se dio cuenta de que la muchacha vacilaba y hubo de animarla.

—Vamos, pellizque sin miedo y tenga cuidado de que no escape la metralla y penetre más. ¿Sabe ya dónde está?

Notó que ella, terminaba por pellizcar con decisión y procuró no

contraer en absoluto los músculos para facilitarle el trabajo y sentir menos el daño por su parte. Hubo de aguantar los aullidos que pugnaban por escapar de su garganta y al fin, tras sentir un dolor agudo, se dio cuenta de que el trozo de metralla y la pinza resbalaban hasta, el suelo y de que ella se arrodillaba, cogiéndose a la silla para evitar caer desmayada.

Apoyó Sheila la cabeza en la espalda de él y permaneció quieta unos instantes. Comprendió Casey lo que le sucedía y le hubiese agradado burlarse de la debilidad de que daba muestra, pero optó por hacer como que no se daba cuenta del trance por el que pasaba ella.

No duró mucho la quietud de Sheila que, inmediatamente, se entregó en silencio a la tarea de desinfectar la herida, teniendo que aguantar Casey los bramidos que pugnaban por escapar de su garganta, Finalmente lo vendó y lo ayudó a ponerse de pie.

—Ya puede usted acostarse. Ha tenido suerte. Ese trozo de metralla ha estado a punto de proporcionarle un serio disgusto.

—Algo así había imaginado. Pero por lo visto, soy hombre de suerte. Me agradaría lavarme las manos y la cara antes de acostarme.

Lo hizo en un momento, sintiendo que las fuerzas le faltaban, pero se mantuvo firme, y mientras Sheila recogía y limpiaba, aprovechando uno de los momentos en que saliera ella da la habitación, se despojó de los pantalones, se descalzó, contemplando por un momento el trozo de bota que le había quedado en uno de los pies y se acostó al tiempo que murmuraba:

—Decididamente, soy un hombre de suerte.

Agradeció el mullido lecho, relajando los músculos al sentirse en él. Se tapó bien, pues comenzó a sentir frío y, no pudiendo resistir más después del esfuerzo realizado por su voluntad, se desmayó.

Cuando poco después volvió Sheila a la habitación y se dio cuenta de lo que sucedía, se detuvo indecisa, sin saber qué hacer.

—Me agradaría poder traerle un médico, pero no me atrevo. Tal vez la mejor medicina sea dejarle tranquilo, que descanse.

Se acercó lentamente a la cama y se arrodilló junto a ella. Tomó el pulso a Casey y luego le pasó la mano por la frente, dándose cuenta de que ardía.

—Mucha fiebre, demasiada fiebre —murmuró con inquieta expresión.

Se inclinó luego y posó suavemente sus labios sobre los de él, mientras de sus ojos resbalaban dos lágrimas.

* * *

Pasaron con angustiosa lentitud los primeros días, durante los cuales, Sheila se apartó lo menos posible de la cabecera del herido, velando su agitado sueño, atendiéndole siempre lo mejor que sabía, para lo que se proporcionó incluso un manual propio para enfermeras.

Y gracias a sus extremados cuidados, no tardó en producirse la mejoría, teniendo que preocuparse entonces de hallarle alimentos convenientes que no resultaban fáciles de adquirir.

No tardó Casey en darse cuenta de la abnegación con que ella le atendía; en recordar que, en sus ratos de lucidez, entre sueño y sueño, delirio y delirio, había estado ella siempre a su lado. Y se sintió dominad por una infinita ternura, si bien no dejó traslucir sus emociones, ya que ella, tan pronto como se apercibió de que Casey era dueño de sus facultades, comenzó a retraerse un tanto, a manifestarse con la misma, impasibilidad que había mostrado en los primeros momentos, cuando accedió a concederlo el refugio que él solicitara.

Llegó el momento en que, más que compañeros de lucha, en una de sus modalidades más difíciles, el espionaje, parecían dos enemigos que se observasen, esperando cada cual que se produjese un descuido, en el otro para atacar.

—¿Cómo se encuentra? —interrogó ella un tanto secamente cuando él comenzó a estar en condiciones de ingerir alimentos sólidos.

—¿Tiene mucha prisa en que me marche? Estoy dispuesto a llevarlo a cabo cuando me lo diga. No me agrada molestar.

—No le he dicho aún que molesta.

—No lo dice con palabras, pero me lo está gritando con su actitud. Me marcharé pronto, descuide. Pero necesito ropas adecuadas.

—¿Desea un uniforme alemán?

—No sería la primera vez que lo he vestido y usted lo sabe. Pero prefiero ropas indígenas.

—Ha perdido usted mucho color en estos días en que ha estado privado de sol. Además, hay que tener en cuenta la pérdida de sangre.

—Eso tiene fácil solución. Me yodaré a diario, un par de veces al día si es preciso, y antes de una semana estaré en condiciones.

—A pesar de ello, no le será fácil pasar desapercibido.

—¿Teme por mí o por usted?

—Por mí, naturalmente. Si descubriesen que le he tenido escondido, que le he curado, no me lo perdonarían. Bastante trabajo me ha costado que no me evacuaran.

—¿Han progresado mucho?

—Por la costa han llegado hasta El Alamein. Por el interior, hasta Bir-el-Gobi.

Casey contempló a la impasible muchacha con expresión de espanto:

—¡Hasta El Alamein! ¡Tráigame cuanto antes la ropa que le he pedido!

De un salto, de un solo impulso, se sentó en la cama.

Pero Sheila no pareció impresionarse lo más mínimo:

—Calma, teniente. No creo que vaya a poder detener usted la ofensiva germana. Ya lo harán ellos, si son capaces, que parece que sí que lo son, Rommel se está rompiendo los dientes allí, sin lograr morder ni un tanto así más.

Cuando terminó de hablar señaló la punta de una de sus uñas.

Suspiró Casey con alivio, riéndose interiormente de su propia ingenuidad el creerse imprescindible por unos momentos, al pensar que su presencia en el combate podía cambiar la suerte de la guerra.

—Allí están batiéndose como fieras la división sudafricana, la cuarta división india y la novena división australiana. Parece que lo hacen bien y que han estado a punto de destrozar la división «Littorio». ¿Podría usted hacer otro tanto? —añadió con burlona expresión Sheila.

—Está usted bien informada.

—¿Por qué cree usted que me pagan? Parece que Auchinleck y Ritchie han sabido organizar bien su línea de defensa que necesariamente es corta, pues la depresión de El Katara solo dista de la costa 65 kilómetros y al sur de ella el terreno es impracticable en una muy vasta extensión.

—Conozco bien eso. Gracias por sus informes.

Casey sentíase irritado, molesto, por la expresión de superioridad que Sheila había dado a sus palabras.

—¿Cómo se portan con usted los alemanes?

—No simpatizamos demasiado. Solo lo justo para obtener lo que necesito. Me entiendo mejor con los italianos.

—Ya me he dado cuenta de ello hace tiempo y no creo que obre usted en ocasiones con la cordura necesaria.

—Escuche, teniente. Sé muy bien lo que tengo que hacer, ¿no cree? Hasta ahora les he proporcionado buenos informes sin que

haya sido usted precisamente quien me enseñara a obtenerlos.

—¿Qué le ocurre a usted con los alemanes y con nosotros los ingleses?

—No haga preguntas tontas, teniente, preguntas que sabe perfectamente que no tienen respuesta. Procuraré obtener lo antes posible la ropa que necesita. Y una advertencia. No quiero que salga usted en absoluto del subterráneo. Sería peligroso para ambos y usted puede hacer de su piel lo que quiera, pero no tiene derecho a disponer de la mía.

—No es necesario que lo repita. Procura hacerlo patente tantas veces como tiene ocasión e incluso algunas, forzándola. Por mi parte, no olvido lo mucho que le debo y, si es necesario, daré mi vida por usted.

—¡Palabras, todo palabras! ¡Daría su vida por mí! Sin embargo, no vaciló en exponer mi vida con tal de salvar la suya.

Se sonrojó Casey y estuvo a punto de responder duramente, si bien supo contenerse a tiempo, mientras Sheila continuaba:

—No es necesario que se disculpe, ni que diga nada.

No lo hice por usted, sino por la guerra, cuyo curso podría variar si usted muere —dijo burlona.

—¿Por qué goza humillándome?

—Porque le aborrezco. Me fastidia su manera de ser. Se cree superior a todos, se cree que usted solo es capaz de ganar la guerra y no quiere dejar nada para los demás. Es usted uno de los hombres más engreídos que he conocido en mi vida. No niego que puede usted valer más que muchos, aunque menos que otros; pero valga lo que valga, no es motivo para que continuamente haya estado adoptando a mi lado esos aires de superioridad. Por eso disfruto humillándole y me alegra que me deba la vida. ¿Qué hubiera sido de usted de no haberme encontrado? ¿Quiere decírmelo? Los suyos habían huido todos.

—No sea cruel conmigo, Sheila, no lo merezco. Es posible que yo tenga esa apariencia tonta, pero le aseguro que no me creo superior a nadie.

—Sí lo cree. Estoy convencida además de que, por fastidiarme, se aguantó sin gemir durante la extracción del proyectil y la metralla, cuando estaba pugnando por hacerlo.

—Temía asustarla, que se desmayase y no pudiese continuar. Sabe que estuvo a punto de ocurrir y para mí hubiese sido una verdadera catástrofe porque tenía las fuerzas justas para resistir.

—Ahora se hace el modesto. No me podrá convencer jamás.

—Y le diré otra cosa que me hubiese callado; pero usted me

provoca. Yo la quiero, Sheila, y no es de ahora. Por eso me acordé de usted cuando me hirieron, por eso vine a buscar refugio a su lado.

—¡Me quiere! Me hace usted reír. Las mujeres como yo, para ustedes, los orgullosos oficiales británicos, solo podemos ser un buen entretenimiento. Exactamente lo mismo que para los alemanes, más orgullosos aún que ustedes. ¡Me fastidian y ni siquiera sé cómo les sirvo! ¡No vuelva a decir que me quiere, porque sería capaz de matarle!

Se disponía Sheila a salir de la habitación, pero Casey reaccionó rápidamente después del sofión de ella y la atrapó por la muñeca, aferrándola fuertemente, sin permitir que se alejase.

—¡Máteme si quiere! Pero le he confesado que la quiero y es verdad; creo que la quise desde el primer momento que entré en contacto con usted. No le he dicho nunca tal cosa a ninguna mujer y, si mi amor por usted naufraga, pasará mucho tiempo antes de que se lo diga a otra, si es que llego a hacerlo. No me importa el orgullo que puedan tener, ni mis compañeros de armas, ni los oficiales alemanes, pero sé que en eso no me parezco en nada a ellos; y si me he decidido a declararle mi amor, no es porque piense que le hago un favor ni un honor fijándome en usted, ni porque le esté agradecido…

—¡Suélteme!

—La soltaré cuando termine. Falta ya poco. Y si le he dicho que la quiero es porque he, pensado, contando con usted, naturalmente, darle a mi amor el final lógico en un hombre honrado: el matrimonio. Ahora piense usted lo que quiera y obre como le parezca.

Al terminar de hablar, la soltó con cierta violencia.

Ella confusa, emocionada aunque procuraba ocultarlo, un poco furiosa al propio tiempo, con lágrimas en los ojos, se miró la muñeca, donde la mano de él había dejado marcadas unas huellas. Le parecía imposible que un hombre en aquel estado, tuviese aún tanta fuerza.

—¡Me ha hecho daño! ¡Es usted un salvaje!

—También me ha hecho usted daño a mí y no me quejo.

Echó a correr ella, sin osar mirarlo y poco después oía Casey sus rápidos pasos al subir la escalera.

Y el hombre sonrió satisfecho de pensar que, al fin, había logrado arrancarla de aquella impasibilidad que parecía su característica.

CAPÍTULO III

Cuando al cabo de un par de horas de la precedente escena regresó la «muchacha de Trípoli» al escondite donde se hallaba Casey, volvía a ser la mujer impasible que tan bien conocía el británico.

Por su parte, «Bob» sentíase un tanto molesto, febril, seguramente a causa del esfuerzo que había realizado y de la agitación sufrida.

A la primera ojeada, se dio cuenta Sheila de ello y dijo:

—Parece que está usted peor. Sea razonable y evite las excitaciones. Aunque no se lo aseguro, es posible que pueda proporcionarle las ropas de indígena que desea, si bien no puedo decirle cuando estarán. De todos modos, siempre será antes de que esté usted en condiciones de levantarse.

—Gracias.

Le dejó ella el alimento que debía tomar, un tónico para acelerar su curación y un par de paquetes de cigarrillos, cosa que a pesar de que se lo pidió en repetidas ocasiones, no se los había querido traer hasta el momento.

—Es posible que no vuelva hasta muy entrada la noche. Debo ausentarme. Ahí tiene de todo. Procure moverse lo menos posible y descansar. Le advierto que la situación no es fácil. Los alemanes, sabedores de que hay muchos subterráneos, buscan y registran por todos sitios Se muestran desconfiados porque parece que han quedado algunos ingleses escondidos en la ciudad y han hecho varias salidas. Ameche fueron muertos dos de ellos.

—No estoy en condiciones de correr riesgo alguno. ¿Va a traerme informes?

—No sé. Me agradaría hacerlo, pero quisiera saber de que le servirían si se los traigo.

—Es cierto. No había reparado en ello. No obstante, tendremos que pensar en hacer algo. ¡Me consumo aquí!

—Si no hubiese querido ser héroe, es posible que no estuviese herido y podría seguir trabajando.

—Es cierto. No pude contener el impulso, sin embargo, y no me pesa. Alguien tenía que sacrificarse para que los otros pudieran escapar.

—Podía haberse sacrificado alguien cuya misión tuviese menos

importancia que la suya.

—Tiene razón en parte. Sin embargo, él, en la retaguardia enemiga, tenía menos posibilidades que yo de salvarse y menos también de poder ser útil a la lucha.

—Ya volvió el hombre engreído, el hombre superior a todos. Si sus jefes le conociesen, le dejarían a usted solo contra el «Afrika Korps». Evitarían el sacrificio inútil de miles y miles, de hombres. Ahí se queda. No olvide que le exijo que sea juicioso.

Salió ella y Casey oyó como sus pasos se perdían en el piso superior y escuchó luego el leve crujido de la trampa al cerrarse. Suspiró él hombre:

—Pese a todo, no creo que le haya desagradado tanto como al principio mi declaración, aunque fuerza es confesarlo, tampoco parece dispuesta a aceptarme. En fin, tendré paciencia. Hay que salir de esto.

Tomó uno de los paquetes, extrajo de él un cigarrillo y lo encendió, aspirando con verdadera delicia el humo, que lanzó al aire. ¿Dónde estaría la cartera con su emisora?

Tendió una mirada inquisitiva en torno, pero no vio nada. Permaneció un rato quieto aún, decidido a dar tiempo a que Sheila se fuese, si es que no se había marchado ya. Pensó en ella. A medida que la trataba, le parecía tanto más extraña. En vez de disiparse aquel halo de misterio que la rodeaba, se hacía este más concreto, más espeso.

—¿Qué habrá dentro de ella? Me agradaría saberlo. ¿Es posible que nos sirva fielmente si nos odia? Nos odia, por lo menos, tanto como a los alemanes. Siente una clara simpatía, no obstante, por los italianos. Tal vez ella misma sea italiana y se esté burlando de nosotros. Habla el italiano tan bien o mejor aún que el inglés. ¿De dónde habrá salido? ¿Quién la habrá incorporado al servicio y por qué?

Se notaba fresco, afortunadamente en aquel subterráneo, a pesar del terrible calor que hacía fuera y aquello le proporcionaba, dentro de su estado, un cierto bienestar que levantaba su ánimo.

—¡Hay que hacer algo! No puedo permanecer aquí de esta manera mientras los demás se baten como fieras. No comprendo la pasividad de Sheila.

Saltó del lecho y se dirigió a un pequeño armario que se hallaba en un rincón de la pieza. Lo abrió, ya que la llave estaba puesta en la cerradura del mismo, y vio allí su uniforme totalmente limpio, recosido y planchado, dispuesto para, ser vestido. Le emocionó un poco pensar que aquello lo había hecho Sheila.

Pero desechó sentimentalismos y después de comprobar que sus armas estaban allí intactas, que estaban allí también los proyectiles y las granadas de mano, descubrió con verdadera alegría la pequeña emisora que se hallaba terminando de construir en el momento en que el teniente Murray llegó a recogerlo anunciándole que los alemanes se hallaban en Tobruk.

Tomó la cartera y la camisa y se volvió a la cama, pues se hallaba débil.

Una vez en el lecho, sacó la pequeña emisora y la contempló con alegría. Aquello podía y debía ser una gran ayuda para los hombres que luchaban en aquellos 65 kilómetros entre El Alamein y la depresión de Katara. Pero, para ello, debía terminar de arreglarla, ponerla en condiciones de transmitir mensajes.

Y después necesitaba los mensajes. ¿Podría contar con la ayuda de Sheila, o esta se retraería? ¿Debía confiarle que poseía medios para comunicar y cuáles eran estos?

Ya se lo plantearía en el momento adecuado. Lo esencial era terminar de construir la emisora.

Con ansiedad febril revisó todas las piezas que había seleccionado y guardado rápidamente, cuando Murray le avisó. No faltaba nada. Todo se hallaba en perfecto estado, incluso lo que tenía montado ya de la emisora, que era la mayor parte, sin que la hubieran afectado lo más mínimo los golpes que había recibido durante la lucha sostenida.

Dio comienzo a su tarea. Sheila, según le había dicho, tardaría en venir; y en dos o tres sesiones podía dejar aquello totalmente terminado, dispuesto para el trabajo.

Aprovecharía aquellos días que necesitaba para reponerse.

* * *

Cuando Sheila llegó aquella noche, cerca ya de la madrugada, bajó al refugio y andando sobre las puntas de los pies, penetró en la habitación de Casey. El oficial británico, cansado por el día de intenso trabajo y lo avanzado de la hora, dormía profundamente y no se dio cuenta de que ella posaba una de sus manos sobre su frente.

Hizo la muchacha un gesto ambiguo y se retiró con el mismo sigilo con que había entrado.

Al día siguiente, cuando ella fue para darle los alimentos de la mañana, Casey le preguntó:

—¿No tiene nada que comunicarme?

—Nada. ¿Qué iba a hacer usted si le diese alguna noticia?

—Buscaría el medio de hacerla llegar donde debo.

—Descanse por ahora.

—No puedo descansar, Sheila. Me consumiría la impaciencia.

—Bien. Voy a decirle algo y tal vez mañana o pasado mañana pueda ampliar los detalles. El mariscal Rommel está amontonando fuerzas y material entre Bir-Hachein y El-Gobi.

—¿Cuál puede ser el objetivo?

—No he logrado saberlo. Tal vez Jarabub primero y Siwa después.

—No se podrá evitar que lleguen hasta allí, aunque no les servirá de gran cosa.

—A pesar de ello, ¿no sería mejor que se les cortara el camino?

—En el tiempo que llevamos relacionándonos, ha demostrado usted que es una chica inteligente, capaz. Debe conocer usted mejor que yo que es punto menos que imposible cortar el avance de ese ejército. Bastante hacen con defenderse en la línea de El Alamein a la depresión de Katara.

—A pesar de ello, debía, usted de tratar al menos de hacer llegar la noticia al mando del VIII Ejército. Los alemanes han tomado respeto a los antitanques «Hovitzer 25» y si se pudiese sorprender con una buena barrera de ellos a los «panzers», es muy posible que estos tuvieran que retroceder.

Contempló Casey a la muchacha con expresión de desaliento.

—Es cierto eso, pero ¿qué puedo hacer de momento, atado aquí por las heridas? ¡Aquí dentro, me pudro! Si al menos pudiese salir todos los días un rato al sol, a respirar aire libre, no tardaría en estar en condiciones.

—¿Quiere suicidarse y que caiga yo con usted?

—No quiero nada de eso.

—Entonces… ¿Sabe usted cómo podría establecer contacto con gente suya? Tiene que haber quedado alguien en nuestra retaguardia, alguien que cuente con medios para comunicar.

—¿Qué quiere que le diga? Se ha producido todo de una forma tan rápida que no me extrañaría que no hubiese quedado nadie.

—Confiarán en usted.

—No pueden confiar. Es casi seguro que a estas horas me den por muerto. Vieron cómo me refugiaba en uno de nuestros tanques y que era atacado por una verdadera manada de carros enemigos. Yo no me explico cómo estoy vivo.

—¿Saben ellos que estoy aquí?

—Lo deben sospechar.

—Entonces, me buscarán. Me enviarán un nuevo enlace. Me agradaría poder ir, hacer una escapada, pero estoy vigilada. Al menos, tengo esa sensación.

—¿Habría medio de encontrar una lancha a motor?

—La menor dificultad sería hallar la lancha. Lo que considero imposible sería salir de ella. ¿O es que no cuenta con la red protectora y con que las aguas están minadas? No creo que tenga grandes probabilidades de salir.

—Estamos cercados, en particular, yo. No veo la forma de evadirme de aquí, de ponerme en contacto con los míos. Yo había confiado en que los detendrían ante Fuerte Capuzzo; pero así, hasta El Alamein, son demasiadas millas…

—¡Por fuerza está usted loco! ¿Cree fácil cruzar las líneas enemigas, reforzadas cada día?

—No es la primera vez que lo he hecho.

—Entonces contaba usted con elementos para ello y ayuda. Ahora no tiene nada de eso y está considerablemente debilitado por las heridas recibidas. Fue una verdadera locura lo que hizo. Si había decidido quedarse aquí, no debió luchar, debió acudir a mí antes de ser herido.

Se hizo un penoso silencio entre los dos, silencio que fue roto por Casey.

—¿Piensa ausentarse también hoy, dejarme solo?

—Supongo que no le dará miedo quedarse solo.

La expresión de Sheila era burlona, pero no tardó en tornarse suspicaz.

—¿O es que desea que me marche para intentar alguna hombrada?

—¿Qué hombrada quiere que intente hallándome en estas condiciones?

—No es probable que sepan llegar nuestros enemigos hasta este subterráneo por ninguna de sus dos entradas, mas, por si acaso, le he dejado las armas; pero si sospecho que intenta hacer una tontería, se las quito.

—No sea mal pensada, Sheila. Lo que sucede es que, cuando está tanto tiempo ausente, me aburro. Es como si me faltara algo.

—No se enternezca, teniente. No lo podría sufrir.

—Si salgo de esta, Sheila, le haré una formal propuesta de matrimonio. No me respondió usted ayer.

—Hubiese preferido que no me hablase de esto. No quiero casarme con usted.

—Gracias. Es una respuesta categórica. Me agradaría

preguntarle si está enamorada de otro hombre, pero la verdad es que no me atrevo a hacerlo.

—Se lo diré sin que me lo pregunte. No estoy enamorada de otro. Y le voy a hacer una confesión que tal vez le asombre. Aparte de que le aborrezco porque es usted un engreído sin remedio, quizás sea el único hombre que he llegado a considerar como tal sin que me resulte desagradable. Pero eso no varía en absoluto la respuesta que le he dado y que debe considerar como definitiva.

—Bien. Yo soy tenaz y no me puede prohibir que la quiera. Estoy acostumbrado a vencer, Sheila, y tampoco en esto me dejaré arrebatar la victoria.

Chispearon los ojos de la mujer, que comenzó a decir con violencia:

—¡Le prohíbo...!

Pero comprendió que era absurdo y calló, quedando en actitud desafiadora frente al hombre, al que respondió finalmente:

—Bien. Haga lo que quiera. Le aconsejo que descanse. Ayer, cuando vine, tenía usted algo de fiebre. Tal vez las emociones o algún esfuerzo que no debió hacer. Me interesa que sane cuanto antes y que se vaya.

—Gracias. Procuraré complacerla.

—Es posible que tarde tanto o más que ayer, pues de poder ser, llegaré hasta Bir-Hachein, aunque temo que los esfuerzos que realice por lograr informes, resulten inútiles.

—Me agradaría conocer la fecha en que saldrán hacía Jarabub.

—Y a mí también. ¿Por qué cree que voy?

Marchó Sheila y muy poco después, Casey se entregó con verdadero empeño a la tarea de terminar su emisora.

No se le ocultaban las muchas dificultades que le saldrían al paso en lo que se había propuesto, pero estaba dispuesto a vencer. Y luchaba con alegría porque había visto algo estremecedor en los bellos ojos de Sheila.

* * *

Pasaron algunos días. La emisora se hallaba terminada y Casey, aprovechando las ausencias de Sheila, se levantaba cotidianamente y, al principio, se limitaba a pasear; muy pronto había comenzado a realizar algunos ejercicios y al cabo, una noche, se decidió a salir, dispuesto a probar el aparato.

Podía realizarlo en el mismo refugio donde se hallaba, pero temía la localización del mismo y prefirió arriesgarse a salir. Aquello

le serviría también como piedra de toque para ver cómo estaba de fuerzas.

Sabía por Sheila que Tobruk estaba punto menos que destrozado por la aviación del Eje y que la escasa población que había quedado en ella a causa de los avatares de la guerra, no podía salir por las noches de su casa debido a las severas órdenes dadas por el mando ítalo-alemán, en particular, desde que algunas patrullas habían sido atacadas y muertos sus componentes.

Fingiendo dormir, aguardó a que Sheila le hiciera la acostumbrada visita y tan pronto como ella hubo desaparecido por el hueco de la escalera, se arrojó del lecho y se vistió rápidamente, poniéndose luego la pistola ametralladora en bandolera y el cuchillo, su arma favorita en aquel tipo de aventuras, bien sujeto al cinto.

La emisora se encontraba dentro de la cartera y esta la abrochó bien en el cinturón.

Salió entonces Casey de su habitación y fue hasta la escalera que llevaba al piso. Se detuvo a escuchar. Silencio.

—Debe haberse acostado ya.

Se dirigió luego hacia la salida del subterráneo, que daba a la pared de un pozo. Apartó la gruesa piedra que la obstruía y una vez fuera, volvió a cerrar, tirando del escalón de hierro clavado en la superficie exterior de la misma.

La piedra quedaba de aquella forma perfectamente encajada y se podía subir y bajar centenares de veces por la escalera que descendía hasta el fondo del pozo, sin darse cuenta de que existía allí tal entrada.

Para no perderse, contó los escalones hasta el brocal y antes de asomar por este, se mantuvo a la expectativa durante un par de minutos, hasta que, al no oír ruido alguno, se decidió a ir asomando lentamente la cabeza.

El pozo se hallaba situado en un ángulo, bajo un cobertizo, en el amplio patio de una, construcción, una especie de colmena humana. Viviendas gemelas, pequeñas y sórdidas cuyas puertas daban todas al patio y en cada una de las cuales vivían hacinadas, en la más espantosa promiscuidad, familias más que pobres, en estado de miseria.

Pero la guerra, el miedo a los bombardeos, las había hecho huir y, en aquel momento, tanto las casas como el patio se hallaban totalmente desiertas.

Algunas de las viviendas habían sido afectadas por los bombardeos y entre las ruinas, que comunicaban al recinto un

aspecto de desolación, se veían los restos de algunos útiles destrozados.

A Casey, endurecido en la guerra, no podían afectarle tales espectáculos y hasta se alegró de que los habitantes de las viviendas no hubiesen regresado, ya que esto eliminaba posibles testigos que podrían resultar inoportunos.

Sabía el oficial británico que a aquellas horas, no era posible circular por la destrozada ciudad sin un permiso y que, por tanto, debía poner el máximo cuidado en su expedición.

En vez de salir del patio por la portalada, cuyas puertas estaban arrancadas casi de cuajo, trepó por una de las zonas en ruinas, saltando por ella hábilmente hasta llegar al límite de las mismas. Se agazapó para observar la calle, totalmente desierta.

Pese a ello sabía que no debía fiarse, pues existían puestos de vigilancia fijos, sin contar con las patrullas volantes, y que dichos puestos solían estar ocultos.

En medio de un silencio impresionante, saltó a la calle que atravesó rápidamente, para esconderse en otro montón de ruinas. Así recorrió un buen trecho, alejándose de su escondite hasta llegar a las afueras de la ciudad, cerca del lugar donde hubo de entablar la lucha contra los tanques alemanes.

Estaban aún allí los restos del carro de combate inglés donde había sido herido y de algunos tanques alemanes de los que habían destrozado, primero él y luego las baterías antitanque, gracias a las cuales se había salvado.

Hubo de permanecer más de un cuarto de hora inmóvil, sin osar moverse, pues cayó cerca de una patrulla cuyos componentes se habían detenido a descansar. Al fin se marcharon y buscó con la vista un lugar apropiado para desarrollar su actividad.

Se movió con extraordinario sigilo, como podría hacerlo una sombra. Y pese a ello, fue descubierto, precisamente, desde el mismo lugar hacia el cual se dirigía, donde se hallaba instalado un puesto fijo de vigilancia.

La ametralladora ligera emplazada en el mismo, le encañonó y le fue siguiendo lentamente, a medida que avanzaba. En el rostro del sargento que dirigía el puesto, se dibujaba un gesto de ironía. Uno de los soldados le interrogó con la mirada, aguardando la orden de hacer fuego, pero el sargento le contuvo con el ademán.

—Debemos cogerlo vivo.

El susurro de la voz, el suave roce de una bayoneta contra una piedra, advirtieron al oficial británico; pero este, con absoluto dominio de sus nervios, continuó su avance como si no se hubiese

dado cuenta de nada.

Se hallaba ya cerca de donde estaban sus enemigos parapetados, cuando resbaló. Exhaló un gemido de dolor y se quedó quieto, inmóvil.

Una maldición en tono bajo del sargento alemán le hizo comprender que su treta parecía dar el resultado apetecido y a poco vio que dos hombres saltaban fuera del puesto de vigilancia y que, con las armas preparadas, se adelantaban hacia el lugar donde él había caído.

Se deslizó entonces Casey rápidamente con el sigilo con que podría hacerlo una serpiente, poniendo buen cuidado al mismo tiempo de no ser visto y fue describiendo un semicírculo que lo llevó a situarse a espaldas de los soldados alemanes que se habían quedado en el puesto, cubriendo con su ametralladora a los que habían salido en busca da él.

Trepó Casey y vio a los alemanes pendientes de sus compañeros. Saltó entonces el oficial británico. Destelló su cuchillo en el aire, se produjo a continuación un estertor y uno de los soldados cayó fulminado. Un duro golpe derribó a otro medio inconsciente y el tercero, antes de que pudiese reponerse de la sorpresa que el asalto imprevisto le había producido, caía con la garganta atravesada.

El alemán golpeado se rehízo prontamente y atacó con su cuchillo, pero el golpe fue desviado en última instancia por Casey, quien tras unos momentos de forcejeo, logró abatir a su enemigo.

Hubo de descansar unos instantes. Sentíase débil aún y comprendió que había tenido mucha suerte, ya que sus fuerzas, por el rudo quebranto sufrido, no estaban todavía en condiciones de apoyarle debidamente en aventuras como aquella. Sin embargo, no podía retroceder ya.

Las voces del sargento y del otro soldado enemigo llamaron su atención. Eran exclamaciones de sorpresa que lanzaban al no hallarlo donde había caído. Advirtió el sargento tardíamente, a los que habían quedado en el puesto, para que tuviesen cuidado; y Casey, en alemán, respondió con un lacónico:

—¡Muy bien!

Vio que los dos hombres se separaban, marchando cada cual por un lado, seguramente con idea de cogerlo entre dos fuegos y cuando se hubieron distanciado lo suficiente, después de inutilizar la ametralladora, saltó a su vez, dirigiéndose en pos del sargento, procurando no producir ruido alguno.

Al llegar cerca del lugar por dónde debía pasar, se agazapó tras una piedra y lo vio cómo, pistola en mano, se deslizaba

sigilosamente. Saltó entonces con fuerte impulso. El sargento intuyó el peligro y se volvió con rapidez, pero Casey no le dio tiempo a disparar. Rodaron los dos hombres, y el inglés, antes de que su enemigo, más fuerte, pudiese dominarle, le apuñaló. Lo mantuvo bien sujeto hasta que se convenció de que estaba muerto y volvió a esconderse en el mismo lugar desde dónde había sorprendido al sargento.

No tardó en oír al otro soldado que avanzada lentamente después de dar la vuelta en torno al puesto de vigilancia.

Casey sonrió al darse cuenta de la expresión de perplejidad que reflejaba el rostro del soldado, motivada sin duda por no haber encontrado ni al sargento, ni al enemigo.

Avanzó el alemán unos pasos más y divisó el cuerpo de su jefe, que se hallaba tendido donde Casey lo había dejado. Corrió a él, y al comprender que había sido apuñalado, se volvió dispuesto a luchar, comprendiendo que el enemigo estaba cerca; pero era tarde ya. Casey había saltado y de un fuerte golpe le desarmó, cayendo al propio tiempo sobre él para hundirle el cuchillo ente los dos omóplatos.

Terminada su tarea de exterminio, cogió primero un cadáver y luego otro y los reunió con el resto del grupo, en el puesto de vigilancia.

Volvió a poner la ametralladora en condiciones de ser usada y se dispuso a probar su pequeña emisora, entrando en contacto con el centro correspondiente de Alejandría.



Saltó ágilmente esquivando el haz luminoso.

CAPÍTULO IV

Emitió su contraseña en la longitud de onda adecuada y aguardó respuesta; cuando llegó esta, se sintió dominado por un ansia febril.

Incrédulos, en Alejandría, le hicieron repetir la contraseña. Casey, tan pronto la volvió a dar, preguntó por el coronel Ray.

—Cuando captamos su primera llamada, se lo avisó y no tardará en bajar. ¿Dónde se halla?

—En posición 22.

—Se nos comunicó la noticia de que posiblemente había muerto o que, en el mejor de los casos, estaría prisionero, en manos del enemigo.

—Tenían motivos para pensar eso, porque mi posición era difícil, pero logré salir adelante. No es que por el momento presente mi situación sea buena; pero, al menos, respiro al aire libre.

—¿No ha podido comunicar antes?

—He estado herido y he tenido luego que terminar de construir esta emisora portátil.

Mantenían la conversación en clave, clave que necesariamente se sabían de memoria. Al llegar al punto en que se hallaban, intervino el coronel Ray.

Brevemente le informó Casey de los movimientos de fuerzas y concentración de las mismas y material entre Bir-el-Hachein y Bir-el-Gobi, según las noticias que le había dado Sheila.

—Los objetivos probables son Jarabub y Siwa. Procuraré llamar mañana ampliando los informes.

—Perfectamente. Es necesario más que nunca que se trabaje. Los momentos son difíciles, pero nadie podrá arrebatamos la victoria, muchacho. Y ahora, atienda.

—Diga, señor.

—Busque a «A.L-17». Hemos perdido contacto con él y si no ha caído debe estar ahí. ¿Le conoce, no es eso?

—Sí. Stimson.

—Exactamente. Unidos trabajarán mejor, se apoyarán el uno en el otro. Además, él carece de medios para comunicar con nosotros, y si logra algún informe, se perdería estúpidamente. Solamente quedan ahí ustedes dos y descansamos en ustedes hasta tanto podamos enviarles un enlace. ¿Cuándo volverá a llamar?

—Tan pronto tenga noticias y posibilidades. Mi situación es

crítica, señor. La vigilancia es extremada, pues han dado caza a algunos de nuestros oficiales que habían quedado escondidos y sospechan que hay más.

—Procedan con cautela o estamos perdidos. ¿Qué hay de «F.L.-5»?

—¿Se refiere a la «muchacha de Trípoli»?

—Sí.

—Continúo ligado a ella. Y ahora, señor, le ruego que me perdone, pero debo volver a casa. Temo que me están buscando.

—¿Qué posibilidades hay para enviarle un refuerzo por mar?

—Nulas por el momento, señor. Parece que lo han minado concienzudamente. Tan pronto tenga en mí poder los planos de los campos de minas, cosa que pondré empeño en lograr, avisaré. Y ahora, señor, corto. Presiento que vienen en mi busca y no estoy aún en condiciones físicas de entablar una lucha. Por otra parte no quiero que me cacen como a una, liebre.

—Suerte, muchacho.

El haber logrado entrar en contacto con sus superiores, dio a Casey bastantes ánimos. Buscaría a Stimson, un elemento magnífico, y mantendrían entre los dos un servicio eficiente. No ignoraba, Casey que Stimson disponía de buenos agentes informadores, a los cuales emplearían también para vigilar a la «muchacha de Trípoli», cuya extraña actitud le tenía un tanto preocupado.

Mientras reflexionaba en la forma de encontrar a su compañero, guardó rápidamente la emisora y se dispuso a abandonar el peligroso lugar donde se hallaba. Estaba seguro de que los agentes del contraespionaje enemigo, a quienes no les habría pasado desapercibida posiblemente la emisión, habrían lanzado a la calle sus coches patrulla dispuestos a localizarle y a darle caza.

Ruido de pasos, que se producía a bastante distancia aún, le hizo comprender que no debía despreciar a otros enemigos: las patrullas volantes y los vigilante aislados que, en motocicletas, recorrían constantemente las calles de la ciudad y los alrededores de la misma, esto, sin contar con el relevo del grupo de vigilancia que había eliminado y que según las noticias que recibía por medio de Sheila, tenían lugar cada tres horas.

Salió del puesto de vigilancia y no se había separado aún de él ni treinta metros, cuando hubo de detenerse, agazapándose detrás de una piedra. Llegaba hasta él ruido de pasos de una patrulla numerosa, posiblemente, los mismos que había oído, a raíz de desmontar la emisora.

No tardó en ver a los componentes de la misma que desembocaban por una callejuela y comprendió que era el relevo de los puestos fijos de vigilancia, ya que las otras patrullas no eran nunca tan numerosas.

Aquello quería decir que no tardaría en ser descubierta su hazaña y, por tanto, que debía darse prisa en huir.

Marchó, deslizándose por el lado contrario a aquel por dónde avanzaba el enemigo; comenzaba a sentirse medianamente tranquilizado, cuando de improviso se sintió deslumbrado por un foco.

Saltó ágilmente esquivando el haz de luz, que se movió tratando de seguirle, al mismo tiempo que una voz ruda gritaba:

—¡Alto!

Volvió a saltar Casey y cayó al abrigo de unas piedras. Vio la pistola ametralladora, del motorista que le había tratado de enfocar, dirigida hacia el lugar donde se hallaba y se adelantó a la acción del enemigo, disparando una ráfaga, sin preocuparle ya nada, puesto que la alarma estaba dada.

Formando coro con el estampido de sus disparos, percibió los gritos de la patrulla de relevo, cuyos componentes debían haber descubierto ya a sus compañeros muertos.

Se produjeron estridentes silbidos de alarma y se oyó el ruido originado por dos motoristas cuyos motores fueron puestos en marcha. Surgieron también varios reflectores que dirigieron sus haces de luz hacia el lugar donde se habían producido los disparos. Casey se arrojó al suelo para no ser descubierto y a continuación inició la marcha como podría hacerlo un reptil, buscando el refugio de las piedras, los lugares en sombra.

Una potente luz lo enfocó repentinamente y hubo de saltar como un tigre al mismo tiempo que una serie de proyectiles rebotaban entre las piedras junto a las cuales había sido localizado. Sintió que estaba perdido, que lo que debía evitar a toda costa, que le diesen caza como a una liebre, se había iniciado y no tardaría en producirse el trágico final.

Le buscó el reflector obstinadamente, siguiendo su luz también las ráfagas de ametralla, dora cuyos proyectiles batían sistemáticamente los lugares iluminados y antes de que el haz le volviese a alcanzar, disparó, saltando a continuación.

Se apagó inmediatamente el molesto reflector, el cual, por su situación, le resultaba peligroso; y aun cuando la ametralladora continuó disparando, como lo hacía al azar, pudo esquivar sus disparos para continuar su fuga.

A pesar de que no lograban localizarle de nuevo, el tiroteo en torno a él continuaba furioso, con la esperanza, por parte de los alemanes, de verse favorecidos por la suerte.

Fue a saltar a una calle para cruzarla, cuando hubo de mantenerse quieto al ver desembocar en ella una motocicleta, pero con tan mala fortuna, que el foco de la máquina lo descubrió, cegándolo durante breves instantes. Silbaron los proyectiles en torno a su cabeza y reaccionó rápidamente, arrojándose al suelo y disparando.

Vio como la motocicleta y su ocupante trazaban en el aire una espantosa voltereta y se estrellaba con siniestro ruido contra unas piedras.

—Es un respiro, aunque no mucho.

Cruzó la calle sintiendo que los proyectiles batían el terreno a escasa distancia de él. Saltó con dificultad, pues comenzaba a sentirse cansado, y se vio a cubierto de reflectores y disparos. Pero había perdido el control del lugar por dónde huía y se sintió desorientado. Trató de orientarse y aprovechar para descansar y tal vez aquello le salvó, pues una patrulla desembocó corriendo por el lugar que él debía haber utilizado para marcharse. Pero los patrulleros le cerraban el paso y hubo de retroceder lentamente, percibiendo la angustiosa sensación de que estaba acorralado, irremisiblemente perdido.

—¡Venderé cara mi vida! ¡Sabrán cómo muere un oficial británico!

Hizo una mueca burlona y continuó:

—Por más que ya lo saben bien, pues no es el primero que ven morir matando, ¡Lo siento por ti, Sheila, porque te quiero de veras y ni siquiera me llevaré el sabor de uno de tus besos!

Aquel pensamiento un tanto frívolo, en una situación como aquella, pareció aligerarlo de un peso y comunicarle tranquilidad. Se deslizó lentamente buscando una posición favorable, sintiendo al propio tiempo que los componentes de la patrulla se hallaban un tanto desconcertados al no hallarle.

Rodó una piedrecita a sus pies y alguien gritó, señalando hacia donde estaba, aunque no le habían descubierto. Y no aguardó a más: disparó y vio caer a varios hombres mientras otros saltaban rápidamente para esquivar la granizada, de proyectiles y, al propio tiempo, buscando donde parapetarse para iniciar la última fase de la caza.

Pero uno y otros se sintieron sorprendidos por una espantosa explosión producida, a no mucha distancia, una explosión que

envió por el aire grandes cantidades de metralla, tierra y cascotes y que los sacudió tal como si de peleles de paja se tratase.

Casey, sin saber cómo ni por qué, se sintió lanzado por el aire. Chocó su cabeza contra una piedra, si bien uno de los brazos amortiguó un tanto el golpe, y quedó medio conmocionado. Pese a ello se dio cuenta de que las explosiones continuaban sucediéndose a no mucha distancia.

Se produjeron espantosas llamaradas, explosiones y más explosiones, gritos de angustia.

—¡Esto es un verdadero infierno!

Se sorprendió al comprobar que le quedaban fuerzas para gritar, si bien ni él mismo llegó a oírse y comprendió que era la aviación propia la que había caído por sorpresa sobre Tobruk, dispuesta a destrozar los depósitos de combustible y de otras materias de indudable interés, para privar al enemigo de ellas. Y aquella circunstancia, al menos de momento, le salvaba la vida.

Bendijo a sus compañeros y les animó a continuar su labor de destrucción. La artillería antiaérea comenzó a funcionar, añadiendo su nada despreciable voz al estruendo de las bombas.

Se deslizó Casey aprovechando el momento, sin soltar la pistola, dispuesto a matar. En aquel instante comprendió que mandaba en él algo que estaba por encima de la razón y se dejó arrastrar por ello.

Una nueva explosión lo lanzó por el aire y al caer comenzó a rodar. Protegió instintivamente la cartera donde llevaba la emisora, sin preocuparse excesivamente por los golpes que recibía en el cuerpo, considerándolos de menos importancia.

Se sintió entonces fuera de la zona más afectada por el bombardeo y corrió, casi seguro de que en aquellos momentos no llamaría, la atención, deseoso de alejarse cuanto antes de la zona donde había sido descubierto y que, una vez cesase el bombardeo, sería cuidadosamente batida.

Agotado por el esfuerzo realizado, llegó al fin a verse entre las ruinas de las viviendas en cuyo patio central se hallaba el pozo por dónde había salido. Se paró en el brocal del mismo y no tuvo fuerzas para trepar a él, dejándose caer rendido a su lado.

Afortunadamente, el momento de flaqueza duró poco y cuando aún se oía el estremecedor ruido del bombardeo y de los antiaéreos, se encaramó primero al brocal y descendió luego cuidadosamente, tanteando a cada paso. Al llegar al escalón correspondiente, empujó la piedra, que cedió sin grandes dificultades y penetró, arrastrándose por aquella boca, no demasiado amplia. Volvió a

empujar la piedra una vez dentro y con paso vacilante, se dirigió hacia su habitación.

Sabía que Sheila, cuando se producían bombardeos, solía bajar al subterráneo y pensó que debía preparar una explicación lógica que justificase su escapada y que no fuese la verdad, cosa que no estaba dispuesto a decirle.

Pero su sorpresa fue bastante grande al comprobar que la «muchacha de Trípoli» no se hallaba en el subterráneo y que la trampa que cerraba este no había sido movida.

—¡Es extraño! ¿Es posible que haya salido? Esto me ahorra una explicación, pero...

Se despojó de la ropa, la cual aseó lo mejor que pudo, guardándola luego, así como la emisora, y se acostó.

Sentíase fatigado, excitado por la lucha y las emociones. Recordó las instrucciones del coronel Ray.

—Ponerme en contacto con Stimson... Parece fácil para quien no sepa que intentar asomar la nariz es tanto como quedarse sin ella. ¿Dónde puede estar Stimson? Ellos no tienen seguramente ni idea y no se dan cuenta de las condiciones en que estamos. En fin, lo intentaré y creo que...

So interrumpió al oír que se abría la trampa del subterráneo y a continuación, los pasos reposados de Sheila al bajar las escaleras. Contra lo que acostumbraba a hacer en la mayoría de tales ocasiones en que fingía dormir, se sentó en la cama y no tardó en ver la armoniosa figura de la «muchacha de Trípoli» enmarcada en la puerta.

—¡Buenas noches, Sheila! ¡Estaba intranquilo por usted!

—Pues no debe intranquilizarse. Le he demostrado hasta la saciedad que sé guardarme sola.

Contempló Sheila a Casey con mirada crítica, adelantándose hasta cerca del lecho en que se hallaba acostado.

—¿Qué le sucede, teniente? Está usted excitado. Por favor, no me diga que es por miedo del bombardeo, ni que ha temido por mi vida.

—Descuide. No se lo diré.

—¿Qué me dirá entonces?

—Nada.

—Es mejor. Ha desobedecido mis órdenes y ha salido, ¿no es eso? Ha tenido usted algún tropiezo. Observo huellas en su rostro, aunque afortunadamente para usted, sean muy leves...

—¡Sheila! No es usted quien debe darme órdenes. Una cosa es que agradezca sus atenciones conmigo y otra que le obedezca. En

todo caso, es usted quien debe obedecer las mías puesto que represento a quién ambos servimos. Es un punto que no debe olvidar.

Acusó la extraña muchacha el golpe, respondiendo luego lentamente:

—¡Odioso inglés! Olvidas que estás en mi casa y que, aunque me deba a vuestro servicio, soy independiente y tengo mis métodos propios de trabajo. Soy quien debo velar por mi seguridad y no estoy dispuesta a que con tus «heroísmos» me eches encima los servicios de contraespionaje enemigo.

—Está bien, Sheila. Debo reconocer que en esto tienes razón. Aunque no me encuentro aún en demasiadas buenas condiciones, estoy dispuesto a marcharme. Solo necesito para ello las ropas que te he pedido. Lo siento, porque esto es un buen refugio, pero no puedo someterme a tus órdenes por muy gratas que sean. Me debo a una disciplina y en momentos como los que vivimos considero una traición permanecer inactivo.

—Pasado mañana podrá usted tener esas ropas.

Había recobrado Sheila su habitual calma y volvía al tratamiento que, en un momento de furia, había dejado de darle.

—Gracias. Y ahora, dígame. ¿Qué tal los efectos del bombardeo?

—¿No estaba usted también fuera?

—Sí. Pero tenía demasiado trabajo para detenerme a observar. ¿No ha visto jamás una liebre perseguida por una jauría de perros? Pues la liebre era yo —respondió Casey en tono jovial.

—Una liebre muy particular. Ha dejado usted bastante gente tendida a lo largo del camino. Un reguero de muertos que puede conducir al enemigo hasta aquí. En vez de liebre, parecería un jabalí.

—¿Lo sabía?

—Sabía que había habido un imprudente, pero no pude imaginar que fuese usted. Le creía más sensato.

—No puedo serio. En fin, ¿cómo ha ido el bombardeo? Interrogo a la «muchacha de Trípoli».

—Imagínese que no se lo quiero decir.

—Debe decirlo.

—Han destrozado un depósito de víveres. En lo demás, poco daño han podido hacer a excepción del puerto, donde han sido hundidos tres buques que estaban en descarga. Llevaban material de guerra.

—¡Magnífico! ¿Qué más ha logrado saber sobre las concentraciones de fuerzas?

—Que se dirigen a Jarabub y Siwa. Pero, ¿para qué quiere saber, si no puede comunicar? ¿Cree que debo exponerme para que mi esfuerzo se pierda?

—Eso es cosa mía, estimada Sheila. Yo también tengo mis métodos propios, pero de lo que sí puede estar segura es de que jamás expongo por capricho ni mi vida ni la de mis compañeros. Escúcheme bien, Sheila. Necesito información, cuanta más información mejor, y le pido que realice un esfuerzo. Presiento que se acercan días terribles en que se decidirá el futuro de estas tierras. Usted las ama, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues debe luchar por su libertad.

Cruzó un fugaz relámpago por las pupilas de la joven, que respondió escuetamente:

—Entiendo.

—Necesito saber con cuantas divisiones están atacando la línea de El Alamein-Katara y las que tienen de reserva, así como las divisiones que se disponen a lanzar sobre Jarabub y Siwa. Necesito conocer también la colocación de minas, no solamente en torno al puerto, sino a lo largo de la costa. Saber cuándo se esperan barcos con material de guerra.

—¿Nada más?

Había ironía en la voz de Sheila, pero Casey hizo caso omiso de ella y respondió:

—Eso y mis ropas.

—¿Puedo retirarme?

—Está usted en su casa.

Salió Sheila y Casey escuchó el ruido de sus pases al subir la escalera y luego el deslizarse de la trampa hasta quedar cerrada.

Sentíase intranquilo el oficial británico. Le extrañaba cada vez más la conducta de Sheila, sus reservas, sus reacciones un tanto inesperadas. Pensando en aquello y en el modo de ponerse en contacto con Stimson, se durmió.

* * *

Dos días después, la «muchacha de Trípoli» le entregaba las ropas que le había solicitado.

—Ahí tiene.

—Gracias. Esto quiere decir que debo marcharme de aquí, ¿no es eso?

—Puede hacer lo que le plazca, pero deseo que no me

comprometa más de lo justo. Localizaron su emisión de la otra noche y le andan buscando. Tenga en cuenta que le podrán cazar con relativa facilidad, pues lo tienen todo bien controlado.

—Imagino que una vez u otra me habrá de volver la espalda la suerte.

—¡Ya salió el héroe! En fin, haga lo que le plazca. Deseo no tener que arrepentirme de mi condescendencia con usted. ¿Dónde ha adquirido ese maravilloso tono oscuro?

—Yodo y paciencia, estimada amiga. El sol del desierto hará el resto.

—¿Quiere decir que piensa irse?

—Sí.

—¿Cómo podré comunicar con usted?

—Me verá con frecuencia. De momento habrá de residir aquí.

—¿Es una orden?

—Sí.

—¿Sabe que han dado caza a Sam Stimson?

—¡No!

—Sí. Al menos, ha declarado que se llamaba así.

—¿Dónde está?

—¿Para qué desea saberlo? No podrá llegar hasta él. Nadie puede llegar hasta él. Está rigurosamente incomunicado. Parece que le han cogido una pequeña emisora y bastante material de agitación tratando da levantar a los indígenas, en particular a las gentes que hacen vida nómada, para que se rebelen contra italianos y alemanes. Les promete entregarles armamento y comida suficiente. Lo de siempre. Buscar los puntos flacos de esa pobre gente.

Sonrió Casey.

—Stimson ha sido siempre terrible. Y raramente ha dejado de salirse con la suya.

—Menos en esta ocasión, que ha fracasado. Y es un fracaso que le costará la vida. No lo han matado ya porque confían en hacerle hablar. Quieren conocer sus puntos de apoyo, sus enlaces.

—¡Lo están torturando!

—Ya lo puede imaginar.

—¿No podría llegar usted hasta él?

—Imposible. ¿Por qué?

—Para que le confiase la forma de entrar en contacto con la gente que, caso de morir él, quedará desconectada.

—No puedo llegar hasta él, pero, aunque lo lograse, no se confiaría a mí. Él no me roncee.

—Puede llevar una contraseña mía.

—¿Cree que de llegar hasta él me dejaran sola para mostrársela y que pudiese él hombre decirme lo que quiere? ¡Es absurdo!

—Creí que usted podía llegar a dónde le daba la gana. Las mujeres hermosas lo suelen conseguir siempre.

Con increíble rapidez, levantó Sheila su diestra y la descargó con terrible fuerza en una de las mejillas de Casey. Por pronto que quiso este acudir al quite, solo llegó a tiempo de sujetar firmemente la mano de ella por la muñeca, después de haber golpeado.

Se la retorció, haciéndosela bajar por la espalda hasta la altura de la cintura, atrayendo a la mujer hasta que sus cuerpos quedaron rozándose.

Reflejaba dolor su rostro, pero sin embargo, no exhaló un quejido. Habló el británico con voz cortante:

—No vuelva a hacer una cosa así, Sheila Podría producirse en mí una reacción que luego lamentaría. Comprendo que me he excedido al hablar, pero no debe interpretar torcidamente mis palabras.

Ella le miraba con expresión angustiada en los ojos. Sintió su quemante aliento. Percibió su boca tentadora que parecía ofrecérsele, a escasa distancia de la de él; su cuerpo, juvenil, atractivo, rozaba el suyo. Comprendió que estaba sobre un volcán que podía estallar, pero no tuvo miedo alguno. La pasión y ci instinto se impusieron a la razón y atrajo a la joven, abrazándola estrechamente hasta sentir el contacto de su cuerpo. Buscó ávidamente la boca de ella y la besó con frenesí.

Contra lo que temía y esperaba, no se le resistió ella. Antes bien, la sintió totalmente entregada a la caricia y en un instante que abrió los ojos, pudo apreciar que por las mejillas de ella resbalaban sendas lágrimas que él enjugó con sus labios.

Y de improviso vino la reacción de Sheila, violenta, inesperada. Se escapó de los brazos de Casey, separándolo de sí con un vigoroso empujón y salió corriendo. El muchacho se lanzó detrás de ella.

—¡Sheila! ¡Por favor!

Se volvió. Brillaba en sus ojos el rencor y la amenaza mientras en su diestra aparecía un revólver con el que apuntó al pecho del hombre.

—¡Quieto! ¡No se acerque!

La amenaza no era vana; lo pudo leer Casey en aquella mirada desesperada que ella le dirigió. Comprendió que le temía, que dentro de su alma salvaje luchaban enconadamente una serie de encontradas pasiones. No osó burlarse, ni desafiarla, porque el

instinto le dijo que podía costarle la vida. Jamás la había visto el hombre en una actitud tan violenta. Se sintió un tanto preocupado por el futuro. La actitud de ella, por otra parte, empujaba a meditar. Era indudable que ella le quería. Entonces, ¿por qué aquella desconcertante reacción?

Los brazos de Casey cayeron a lo largo del cuerpo en actitud desesperanzada, mientras ella desaparecía, escaleras arriba, por el hueco de la trampa.

—¿Por qué eso? ¿Qué le sucede? Ha sido siempre un enigma para mí y hoy, cuando creí que dejaría de serlo, lo es más que nunca. Pero dejemos eso. Es la lucha lo que importa, Stimson, en primer lugar. ¿Cómo han podido darle caza? ¿Cómo me ha dicho ella que le han ocupado una emisora cuando el coronel Ray me ha asegurado que no tienen medios de comunicación con él? Hay algo en todo esto que no funciona como debiera y que debo conocer cuanto antes.

Consultó su reloj. Faltaban aún demasiadas horas para la noche. No podía permanecer inactivo mientras posiblemente estarían destrozando a Stimson en duros y agotadores interrogatorios en los que, aunque no le produjesen daño físico alguno, estarían buscando deshacerlo moralmente para que hablase. Corría además peligro todo el grupo de informadores que dependían del valeroso oficial y aquello representaría un golpe terrible.

Maquinalmente dirigió una mirada a las ropas que justamente le acababa de dejar Sheila.

—¡No aguardaré a la noche! Pero necesito saber una cosa. ¿Dónde lo tendrán? ¿Cómo podré llegar hasta él?

Comenzó a vestirse lentamente, no tardando en quedar convertido en un arrogante indígena. Se sintió satisfecho y le hubiese agradado ser visto por Sheila, pero la muchacha no volvió a aparecer.

CAPÍTULO V

Percibió Casey una viva satisfacción al recibir sobre su cuerpo la caricia de los rayos del sol y se sintió un tanto deslumbrado por la luz, demasiado fuerte, para quien ha estado tanto tiempo sin verla.

Una vez pasada aquella primera agradable sensación, se dio cuenta de que más que una caricia, los rayos del sol, por fuertes, eran un azote.

Se aseguró de que nadie le había visto salir por el brocal del pozo y emprendió su peregrinación. Se encontró con que algunos puestos de control ítalo-germanos, le cerraban el paso en diversos puntos y que se veía obligado a retroceder, no sin maldecir a los soldados descaradamente en árabe.

Algunos soldados reían, otros se enfurecían; pero tenían órdenes de no armar altercados con los nativos ni con las gentes del desierto y habían de contenerse. Y Casey se aprovechaba de ello, mostrándose altivo, sabiendo que tal actitud era la más favorable que podía adoptar para impresionar a sus enemigos y mantener escondida su identidad.

Penetró en diversas cantinas llenas de soldados, algunos de ellos embriagados, con la esperanza de captar alguna noticia de interés, sobre los detenidos o sobre otras cuestiones, como traslados de tropas, concentraciones, llegada de buques cargados de pertrechos de guerra o fuerzas; pero fracasó.

Los resonantes triunfos de las fuerzas ítalo-germanas que habían barrido materialmente a las aliadas de una considerable extensión de terreno, era al parecer el tema obligado de las conversaciones.

Se brindaba, prometiéndoselas muy felices para cuando entrasen en El Cairo y Alejandría, cosa que esperaban no tardaría en llegar. Algunos hablaban del canal de Suez como cosa propia, y de las delicias de esta última ciudad y Port-Said, tal vez la más curiosa sede del vicio y la aventura de todo el Mediterráneo.

A media tarde, cuando se hallaba bastante cansado y mucho menos optimista que cuando había salido aquella mañana, entró en uno de los más concurridos cafés que quedaban de pie en el centro de la ciudad, frecuentado no solamente por clases de tropa, sino también por oficiales y vio a Sheila, que cantaba rodeada por un grupo de italianos que la coreaban en los momentos en que la

canción lo requería.

La joven interpretaba con su hermosa voz de contralto una dulce canción italiana, y tan pronto como Casey penetró en el local, lo divisó. Pero no se movió ni uno solo de los músculos de su cara, mirándolo como al azar, con indiferente expresión, demostrando el gran dominio que sobre sus emociones poseía.

No había mesas desocupadas, pero él se sentó en una donde se hallaban tres alemanes, los cuales no lo recibieron con demasiado agrado; pero Casey se encogió de hombros de forma un tanto despectiva, sin hacerles caso alguno.

Captó en un momento una mirada de ansiedad, fugaz, que le dirigió la bella «muchacha de Trípoli» en una pausa, y no pudo menos de sentirse conmovido. Ella le quería y, sin embargo...

Sorbió el café que le sirvieron y poco después, al tiempo que Sheila abandonaba la pista, salía él de la sala, pero por una puerta de escape.

Antes de llegar a la misma, sintió un roce de sedas cerca de él, aspiró un perfume sobradamente conocido y sintió que una mano suave rozaba la suya, depositando en ella un fino papel. La voz de Sheila, murmuró suavemente:

—Siga. No se vuelva.

Marchó tranquilamente, como si no se hubiera dado cuenta de nada, apretando el papel que ella le había dejado en su mano.

Deambuló un rato por la ciudad, asegurándose de que no era seguido y al fin, cuando comenzaba a oscurecer, penetró en un cafetucho miserable de las afueras. Pidió café y con el mayor disimulo desplegó el papel y lo leyó. Solamente contenía una dirección y comprendió que se refería al edificio donde se hallaba Stimson preso.

Se encontraba un tanto cansado y desalentado y decidió detenerse en aquel sitio a descansar hasta que fuese la hora propicia de ir al lugar donde se hallaba Stimson. No estaba seguro de poder libertarlo, aunque lo intentaría, o como poco, procuraría comunicar con él para que le pusiese en contacto con sus informadores.

Conocía bien el edificio donde se hallaba su compatriota e imaginaba el lugar donde lo tendrían. Conocía también el punto más vulnerable del edificio, si bien estaba seguro de que allí los alemanes habrían reforzado la guardia.

Todo se limitaría a tener que matar a tres o cuatro hombres, al menos que lograse pasar desapercibido, cosa que dudaba.

Llegó la hora en que estaba prohibido que la gente anduviese por la calle sin un permiso especial y el dueño del establecimiento

se dirigió a sus parroquianos, bien escasos en aquel momento, para que desalojaran, ya que debía cerrar.

Casey se rezagó todo lo posible, saliendo el último. No quería dejar nadie a su espalda; y una vez en la calle marchó ágilmente, buscando los puntos en que era menos probable hallar patrullas ni puestos de vigilancia.

Hubo de esquivar en bastantes ocasiones las motocicletas que recorrían las calles y cuando le faltaba ya poca distancia para llegar al edificio donde debía estar preso Stimson, se metió por entre las ruinas de las casas que habían sido víctimas del bombardeo a espaldas de él.

Se deslizó entonces con más cuidado que nunca, sabedor de que aquella zona estaría muy vigilada.

Oíanse en ocasiones leves rumores de conversaciones mantenidas en voz baja por los vigilantes repartidos entre las ruinas. Se hubo de detener frecuentemente a escuchar, a orientarse antes de dar un paso.

Logró al fin Casey salir a una zona bastante menos vigilada y desde la cual podía distinguir a los centinelas que se hallaban en el lugar por dónde él debía cruzar. Se detuvo a estudiar su colocación y sus movimientos, tratando de ver la forma de pasar entre ellos sin que se diesen cuenta, cosa difícil según pudo comprobar pronto. No le convenía dejar un reguero de muerte al entrar. No le importaba dejarlo al salir.

Vio que dos de los centinelas se cruzaban en un punto determinado y que después caminaban de espaldas uno al otro para volverse y cruzarse de nuevo.

Cronometró Casey el tiempo en que los dos hombres marchaban de espaldas y luego calculó con la vista la distancia que había desde el lugar en que debía salir a cuerpo limpio, hasta el que le ofrecía un escondite después de haber rebasado la línea de los centinelas.

—Tendré el tiempo justo, muy justo para pasar, pero habré de intentarlo.

Había tomado tal determinación y se decidía ya a continuar su avance, cuando oyó un ligero roce a sus espaldas, algo apenas perceptible, pero que puso todos sus sentidos en tensión.

¡Alguien se acercaba de forma tan sigilosa como él lo había hecho y por el mismo camino que él! ¿Le vendría siguiendo y no se había dado cuenta hasta entonces? Debía salir de dudas cuanto antes.

El ser que había producido el ruido, se había quedado quieto. Tal vez se había detenido dispuesto a saltar sobre él. En el silencio

que reinaba en aquel lugar, podía percibir claramente su respiración. Era posible que el otro oyera la suya y no se atreviera a dar el paso definitivo por temor a errar el golpe.

En aquella angustiosa espera transcurrieron algunos minutos que a los dos seres que se acechaban en la sombra, les parecieron siglos.

Casey llevó la mano a la empuñadura de su cuchillo y lo sacó lentamente de la vaina. Luego se movió imperceptiblemente, adelantándose poco a poco para provocar el ataque del ser que se hallaba agazapado cerca.

Avanzaba manteniendo todos sus sentidos en tensión para darse cuenta del momento preciso en que tuviese lugar el ataque. Advirtió entonces que el otro contenía el aliento y, seguidamente, se produjo un leve crujido en la arena del pavimento.

Retrocedió con rapidez en el momento en que se le venía encima un cuerpo. Adivinó más que vio el uniforme de un soldado alemán. Falló el atacante por el movimiento de Casey y este se apresuró a coger por la muñeca la mano derecha de su enemigo, armada de cuchillo. Le retorció el brazo con violento empuje, haciendo gruñir al otro y obligándole a soltar el arma.

Fue a su vez el oficial británico a descargar el golpe fatal con su cuchillo, cuando un violento puntapié en la boca del estómago lo hizo rodar poco menos que sin sentido, teniendo que soltar la presa.

Saltó su enemigo sobre él, dispuesto a rematarlo y se recogió Casey sobre sí mismo, haciéndose un ovillo para disparar ambos pies en el momento preciso. Uno de sus golpes cogió de lleno al atacante en la barbilla mientras el otro lo frenaba al alcanzarle a la altura del pecho y el atacante lanzó una exclamación en inglés, con voz sorda, casi inaudible, pero que resultó suficiente para Casey, que exclamó en el mismo tono de voz:

—¡Stimson!

El atacante que, como insensible al dolor se disponía a saltar de nuevo sobre Casey, se detuvo instantáneamente y alargó el cuello, mirando con expresión de incredulidad, exclamando en el mismo tono de voz:

—¡Casey!

Se adelantaron el uno hacia el otro, con las diestras tendidas, que se estrecharon con efusión al encontrarse, diciendo los dos tal que si se hubiesen puesto de acuerdo:

—¡Me aseguraron que te habían cazado y estabas ahí dentro!

Cuando hubieron terminado de hablar se quedaron sorprendidos los dos, mirándose como dos seres extraños, hasta que

Casey dijo:

—Repite eso que has dicho, por favor. Tengo la impresión de que o los dos estamos locos o nos han traicionado.

—Me dijeron que te habían dado caza y que te estaban torturando ahí dentro. Venía a tratar de salvarte o, al menos, a que me entregaras tus contactos para poder continuar adelante con ello.

—Es exactamente lo que me han dicho de ti y mis intenciones eran las mismas. La verdad es que, los que han tramado esto, no se han preocupado en pensar demasiado y suerte ha sido que nos hayamos encontrado —expuso Casey.

—¿Han querido cazarnos de esta forma idiota, no es eso?

—Sí. Una forma idiota que, a no ser por esta coincidencia, les hubiera dado resultado. ¿Quién te ha dicho que me habían dado caza, Stimson?

—Uno de mis informadores.

—¿Es una persona segura?

—Hasta ahora, lo ha sido. Si él me ha engañado es porque lo han engañado a él. Estoy seguro.

—¡Corramos entonces! ¡Ese hombre corre peligro!

—No tan deprisa, amigo Casey. Han estado a punto de cazarme varias veces antes de llegar hasta aquí.

—¿Por qué me has atacado?

—No te veía. Creí que eras un vigilante. Esperé a que te fueras, pero en vista de que no te resolvías a ello, decidí suprimirte.

—Menos mal que me di cuenta de tú presencia y te tendí un lazo para obligarte a atacar.

—Siempre con tus trucos, ¿eh? ¿Has logrado contacto con nuestra base?

—Lo conseguí hace tres noches. El coronel Ray me encargó que me pusiera en contacto contigo. ¿Tienes medios de comunicación?

—No.

—Es lo mismo que me transmitió el coronel y por eso me resultó un tanto sospechoso que me dijeran que te habían cogido con una emisora. Luego pensé que podías haberte hecho con ella posteriormente. Pero ya hablaremos de todo esto. Vamos fuera ahora. Sígueme, pues parece que el camino que yo he utilizado es más seguro que el tuyo. Iremos más deprisa que al entrar, pues tú guardarás mi espalda y conozco ya donde tenemos los enemigos.

—Cuidado no tropecemos con alguna pequeña patrulla volante.

—Descuida.

Casey, a pesar de no querer pensar en aquellos momentos, no podía evitar que su mente trabajase. ¿Sería Sheila consciente de lo

que se había tramado en contra de ellos o la habían empleado sin que se diese cuenta de los fines que perseguían? Si era así, ella corría también peligro, pues aquello revelaba que la habían descubierto como informadora al servicio de los ingleses. Y de no ser así, significaba que era una traidora, doblemente traidora porque queriéndole, como indudablemente le quería, no había vacilado en entregarle. Tal idea llegó a obsesionarle y estuvo a punto de cometer una piña.

Stimson pareció darse cuenta de que le sucedía algo anormal y le tiró de la ropa, obligándolo a detenerse. Luego se acercó hasta que sus cabezas quedaron juntas.

—Olvídate ahora de eso que estás pensando o no vamos a lograr salir de aquí. Has estado a punto de cometer un error y eso suele pagarse caro en esta clase de trabajo.

—Tienes razón. Perdona.

Lograron salvar sin contratiempo alguno la espesa red de vigilancia tendida a bastante distancia, en torno al edificio y se detuvieron a descansar un momento, significando Stimson en tono un tanto humorístico:

—Como habrás podido observar nos tienen en alto aprecio y no han regateado para tendernos la trampa.

—Alguna satisfacción habíamos de recibir en medio de este ingrato y expuesto trabajo. ¿Dónde vamos ahora? Creo que antes de nada debemos ir en busca de tu informador. Es posible que no lleguemos a tiempo. ¿Cuándo te dio la información?

—Esta mañana.

—Lo mismo que a mí.

Callaron y reemprendieron el camino, sorteando hábilmente los puntos de vigilancia distribuidos por toda la ciudad. El ruido de pasos producido por una patrulla les obligó a detenerse y esconderse rápidamente.

Vieron desfilar a poco ante ellos un grupo compuesto de cinco hombres, de los cuales cuatro llevaban uniforme, mientras que el quinto vestía de paisano. Dos de los uniformados conducían al paisano cogido por ambos brazos mientras los otros dos militares, con las armas dispuestas, cerraban la marcha.

El detenido ofrecía señales de violencia no solamente en el rostro, sino en la ropa. Sangraba por la nariz y la boca y caminaba medio encorvado a consecuencia de los golpes recibidos.

Stimson no se atrevió a hablar; se conformó con hacer una leve presión en el brazo de Casey y este comprendió inmediatamente. Aquel hombre que llevaban preso era el informador que le había

transmitido la falsa noticia de la detención de Casey a Stimson.

Señaló Casey a uno de los soldados que marchaban en retaguardia y se lo asignó con el gesto, repitiendo luego con el otro y destinándoselo a Stimson, quien asintió.

Cruzó Casey la calle, bastante estrecha, y avanzó sigiloso, a la misma altura de Stimson que continuaba por la otra acera.

A un gesto del primero, se adelantaron rápidos, con movimientos sincronizados y atacaron ágilmente, a la vez.

Apenas si se produjeron unos leves estertores y los dos soldados que marchaban en retaguardia, se desplomaron muertos. Sembró aquello la alarma en los dos que conducían al agente de Stimson, pero no les dieron tiempo a reaccionar. Casey saltó como un tigre, y clavó su cuchillo en la garganta de su enemigo, ahogando el grito que se disponía a lanzar. En cuanto al amigo de Stimson, con gran presencia, de ánimo al verse ayudado, evitó que el otro soldado gritara, asestándole un fuerte puñetazo en la boca. Osciló la cabeza del agredido, cuyos ojos parecían querer salírsele de las órbitas, y Stimson aprovechó el momento para atacar con su cuchillo, clavándoselo en la espalda, entre los dos omóplatos.

Cayó el hombre exhalando un sordo gruñido y el agente liberado tendió su mano a Stimson.

—Gracias, señor. Ha llegado usted muy a tiempo. Y celebro que se haya podido librar de la trampa.

Hablaba el hombre un inglés muy defectuoso. Era un espléndido tipo mediterráneo, moreno, bien parecido y relativamente joven aún, un tanto vulgar en sus modales, aunque se apreciaba a simple vista que era inteligente.

—No las merece. Afortunadamente nos dimos cuenta a tiempo de que corrías peligro. Pero estamos sobre un volcán que puede explotar. Vamos hacia mi refugio, puesto que lo tenemos cerca.

Se inclinó sobre los caídos, arrebatándoles las armas y las documentaciones que llevaban encima, ayudándole Casey y el agente liberado. Y continuaron luego la marcha en silencio.

Stimson se metió entre unas ruinas y penetró en una casucha medio derruida.

—El bombardeo de la otra noche estuvo a punto de descubrir mi refugio. Adelante.

Levantó una losa pegada a un pozo e hizo seña a sus amigos para que descendieran por la escalera de madera que estaba apoyada contra la pared. Se oía ruido de agua corriente y se percibía un olor nauseabundo, que molestaba bastante.

—No resulta muy agradable la entrada a mi mansión, pero es

bastante segura. Cuidado con resbalar, pues el piso es fangoso.

Una vez abajo; retiró la escalera que escondió unos metros más allá. Poco después subían míos escalones de piedra, sumamente resbaladizos a causa de la humedad y al fin se vieron en una sala que más bien parecía una caverna, donde habían algunos toscos muebles, un camastro y un par de armarios.

—Ya estamos en mi palacio —dijo abarcándolo con el ademán —. Ahora, cuenta —añadió dirigiéndose a su agente.

—Hay poca cosa que contar. Se han presentado en mi casa a detenerme, he protestado y se han puesto en plan burlonamente agresivo. He querido defenderme, pero me han atacado duramente. Creí que me molían a golpes. Me descubrieron que hace tiempo sospechaban de mí y que por eso me habían empleado para tenderle a usted el lazo. Alguien, que no puedo saber quién es, le ha localizado. Saben que están aquí usted y «A.L.-15».

—¿Conocen mi cifra? —intervino entonces Casey.

—Si es usted «A.L.-15», sí. No he podido saber quién es el traidor si es que lo hay. En todo caso, en sus comunicaciones, estimo que debieron cambiar de clave. Tengo la sensación de que hace tres noches han captado una emisión.

Stimson Casey cruzaron sendas miradas de inteligencia y Casey dijo:

—Es muy posible, porque yo comuniqué. Nos van a dar trabajo, pero triunfaremos. Ahora soy yo quien debe dar a usted las gracias —dijo Casey dirigiéndose al informador.

—Lo que yo siento es que he quedado inutilizado por el momento.

—No se preocupe. Si no puede realizar un trabajo, realizará otro. Hay mucho que hacer. ¿Qué sabe usted de la joven que canta en el «Sirena»?

—¿Esa joven ítalo-griega tan hermosa?

—Sí.

—No sé nada ni en contra ni en favor de ella. Trata a los alemanes con dureza, en ocasiones, hasta de forma despectiva. Sin embargo, se deja cortejar por algunos. Está bien relacionada entre sus medio compatriotas los italianos e incluso hay quien dice que les sirve, pero no se ha podido probar jamás nada. Cuando vivía su padre, que era griego, como yo, tuve una buena amistad con ella, pero luego se ha ido aojando de mí. Es una chica un poco rara y hasta diría que está tocada de manía de grandezas.

—¿No considera que es un poco salvaje?

—Pues sí, pero eso, en estas latitudes, es corriente.

Repitió Casey las gracias al hombre, y tras dejarlo instalado ante un buen café y una botella de licor para que se repusiera de los golpes recibidos, se separó con Stimson.

Le informó de las instrucciones que había recibido del coronel Ray y de cuáles eran los trabajos que se debían realizar con preferencia.

—Estamos nosotros dos solos en esta retaguardia enemiga y los alemanes tienen conocimiento de ello. Esta noche hemos ganado una batalla que puede ser decisiva. Debemos continuar por el mismo camino.

—Celebro haberte encontrado, Casey, porque estaba realmente desorientado. Nunca me había visto tan cercado como ahora. Traté de enlazar con ellos, pero he fracasado, sacrificando inútilmente a dos buenos elementos.

—Saldremos de Tobruk. Nuestra permanencia en él no es necesaria y puede ser un peligro. Tenemos que movernos mucho para que no den con nosotros. Han convertido esto en una ratonera y no tardaríamos en caer. La tarea primordial es descubrir exactamente el movimiento de tropas enemigo para que lo conozcan en Alejandría, a poder ser, diariamente. Averiguar las intenciones de Rommel, la disposición de sus fuerzas…

—Entiendo.

—He encargado a uno de mis agentes que se preocupe de los planos de las minas colocadas en el mar y de la arribada de barcos cargados de material. Los tuyos deberán encargarse de lo mismo. Quiero cotejar informaciones. Un informe equivocado en estas circunstancias podría ser fatal para la suerte de nuestro ejército.

Asintió Stimson con la cabeza.

—Tendremos todo eso, Casey. Ganaremos la batalla. He logrado meter un agente en un Jugar donde nos traerá también informes de los campos minados que establezcan las fuerzas del Eje cerca de El Alamein hasta Katara. Tengo la impresión de que Rommel se dispone a dar la batalla decisiva para llegar hasta el canal de Suez.

—En nuestras manos está que tarde en darla para que nuestras fuerzas se encuentren prevenidas y puedan hacerle fracasar. Sé que se prepara un ejército fuerte en el Nilo, que llega material por todos los puertos, cantidades ingentes de él. Debemos ganar tiempo y eso lo podemos lograr haciendo que el servicio de información señale a nuestra aviación los objetivos para que el enemigo le cueste reunir el material que necesita. Ahora, me marcho. No quisiera llegar tarde a un punto. Mañana me aguardarás aquí y concretaremos nuestro programa de acción.

—De acuerdo. Ven. Vas a salir por otro lugar. Como verás, estoy bien preparado, por si descubren alguna entrada, poder escapar por otras.

Poco después se hallaba Casey de nuevo en la calle, pero bastante más satisfecho que, cuando horas antes, deambulaba tratando de inquirir noticias y planeando la forma de librar a Stimson de manos de sus enemigos.

Debía enfrentarse ahora con Sheila. Era la gran incógnita. ¿Leal? ¿Traidora? ¿Había actuado conscientemente en el asunto de Stimson?

Comenzaba a no extrañarle la reacción de la muchacha cuando la había besado.

—Era natural —murmuró—. Me había entregado ya y debió darle vergüenza.

CAPÍTULO VI

Cuando Casey llegó a su refugio subterráneo, sentíase acosado por vagos temores. Si Sheila era, leal, podía haber corrido la misma suerte que le estaba destinada al griego que habían libertado. Y si no lo era…

Al entrar en el departamento que le había servido de habitación hasta entonces, le pareció percibir en él un perfume de mujer: el que usaba Sheila. Aquello podía significar que ella había estado allí no hacía mucho rato, seguramente, después de darle la nota del lugar donde se hallaba detenido Stimson, es decir, después de abrir la mortal trampa a sus pies.

Se estremeció al solo pensamiento; pero dominado repentinamente por la inquietud de que Sheila podía ser una víctima, se dispuso a subir a las habitaciones de ella, cosa que no había hecho en todo aquel tiempo.

Antes de abrir la trampa, se mantuvo un buen rato escuchando, para, asegurarse de que no había nadie en el departamento alto y cuando estuvo tranquilo en tal sentido, manipuló el mecanismo y salió, volviendo a cerrar.

No se apreciaban muestras de violencia arriba y aquello le tranquilizó en un sentido. Recorrió los departamentos de que constaba la casa sin hallar a Sheila. Se detuvo emocionado a la puerta de la alcoba de ella, considerándola casi como un santuario, temeroso de que pudiese estar dentro y se reprodujese la violencia de la mañana.

Pero la alcoba estaba vacía. Aprovechó la oportunidad para registrar, cuidando bien de dejar cada cosa como estaba; pero perdió pronto la esperanza de hallar nada que pudiese despejarle el enigma. Terminó desalentado.

—¡Nada! Ella es de las que saben trabajar y no dejan huellas. No es una principiante en el oficio, ni mucho menos.

Lo reconocía con dolor, pensando que seguramente hasta aquel momento, lo había engañado. Analizando las cosas, hubo de reconocer que jamás le suministró informes de verdadero valor. Tampoco le había dado información alguna falsa justo era reconocerlo. Los mensajes eran siempre cosas que igual las podía dar otro agente, sin gran trascendencia. Incluso el último que le había dado sobre el movimiento de fuerzas en dirección a Jarabub y

Siwa, no tenía nada de particular puesto que el mando inglés no disponía de medios por evitar tal avance después de la espantosa derrota sufrida días antes.

Debía comprobar cuanto antes por medio de otros agentes si era o no traidora y, en caso afirmativo, hacerla ejecutar, como solía hacerse en tales casos. Ante la sola idea de que Sheila podía morir y no solamente morir, sino precisamente por orden de él, sintió que se estremecía y que un sudor frío, sudor de angustia, inundaba su frente.

Deseando hallar una salida, quiso engañarse a sí mismo.

—¿Y si la emplease, una vez desenmascarada, para dar informes falsos al enemigo, obligándola, si incluso fuera preciso, por la fuerza?

No quiso pensar más en aquello y se sentó, dispuesto a aguardar su llegada. Deseaba observar la reacción que se producía en ella al saber que no le habían dado caza.

Se abstuvo de fumar durante todo el rato que duró la espera, que fue bastante largo, para que el olor a tabaco no delatase su presencia antes de tiempo.

Oyó al fin jugar la llave en la cerradura y se mantuvo inmóvil, sin casi atreverse a respirar. No se había oído ruido de vehículo alguno, ni que se despidiera de nadie. Como era habitual en ella, llegaba sola y aquello produjo en Casey una curiosa sensación de alivio.

La silueta de Sheila se recortó a contraluz en el vano de la puerta, como rodeada, al menos para el enamorado Casey, de un halo misterioso.

Cerró ella despreocupadamente y avanzó hasta una mesita donde tenía una luz de petróleo. Brotó en la oscuridad la llama de una cerilla y momentos después, la lámpara iluminaba la estancia. Fue cuando Sheila se dio cuenta de la presencia de Casey, encarándose con él, fruncido el ceño, un tanto crispadas las manos. Pero no se produjo la sorpresa que el oficial británico esperaba.

—No le había autorizado a que subiese aquí.

—En este género de vida hay que hacer muchas cosas sin que le autoricen a uno.

Mientras hablaba se levantó el hombre con movimiento perezoso y quedó frente a ella, erguido, dominándola con su estatura.

—Hubiera bajado yo a verle.

Le extrañó a Casey encontrarla casi jovial después del primer gesto.

—Gracias. Pero necesitaba hablarle y no estaba seguro de que usted bajara a mi escondite teniendo en cuenta la hora. Ha estado antes, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Su perfume. Las mujeres que se dedican a estos trabajos no debieran usar perfume y caso de emplearlo, debe ser uno vulgar, que lo utilicen muchas.

—Gracias.

—¿Me trae noticias?

—Sí. Mañana fondearán en el puerto cinco barcos cargados de material, en especial, tanques. Parece que Rommel está dispuesto a juntar material y fuerzas suficientes para dar el empujón definitivo.

—Eso mismo sospecho yo. ¿Sabe la hora aproximada?

—No. He tenido que deducir la noticia por ciertas órdenes que han dado. ¿Ha logrado ver al teniente Stimson?

—No. Estaba demasiado vigilado el edificio y he tenido miedo. No puedo correr ese riesgo en momentos como este. Estudiaré la manera de llegar hasta él sin exponerme. Caído él, si caigo yo, ¿quién podría realizar el trabajo? Sería un duro golpe.

—Alégrese. Me he enterado de que no es Stimson quién está detenido. Parece que ha habido una confusión porque el servicio de contraespionaje enemigo sabía que Stimson estaba en Tobruk.

—¿Y la radio y todo lo otro?

—En vez de ser una emisora, era una receptora y la propaganda una cosa vieja. Me he reído cuando lo he sabido y he pensado en el susto que ambos nos llevamos, al conocer la noticia. Ya sabe usted como las cosas van exagerándose cuando pasan de boca en boca.

—¿Nada más?

—Nada más de momento. Mañana saldré fuera. Iré en avión hasta las primeras líneas. Podré ver bastante.

—¿Cuándo regresará?

—Pasado mañana.

—Es posible que no me encuentre aquí ya. No obstante, tendrá noticias mías con frecuencia.

—No quiero intermediarios, teniente Casey.

—Vendré personalmente o la llamaré por medio de la radio. Todos los días, a las dos en punto, ponga su receptor para la longitud de onda habitual en otras ocasiones. De ser necesario algún cambio, la advertiría. Necesito que su centro sea Tobruk y poder localizarla en cualquier momento. Quiero decir que no se debe alejar sin que yo conozca donde va usted.

—¿No cree que es mucha imposición esa? —comenzó a

rebelarse ella.

—Lo exigen los momentos que vivimos. Usted lo apuntó en broma, pero debe tener en cuenta que estoy yo solo para dar la batalla en este terreno al «Afrika Korps». David contra Goliat; y quiero triunfar.

—¿Nada más?

—Nada más en este terreno. De ahora en adelante nos veremos cuando usted menos lo piense. Surgiré aquí, en el café, en el desierto si sale. A menos que le haga seña en contra, deberá usted acercarse.

—Está bien.

—Ahora solo me queda rogarle que me perdone lo de esta mañana. No tengo más que una disculpa y ni aún esa la quiero esgrimir: que fui sincero.

Tembló ligeramente la voz del hombre al hablar. Ella le contempló seriamente con sus grandes ojos. No estaba enfadada y, por el contrario, parecía emocionada, si bien trataba de disimularlo. Respondió lentamente tratando de sonreír un tanto frívola.

—Yo lo he olvidado. Olvídelo usted también.

—No le sienta bien esa sonrisa frívola, Sheila. Adiós.

No respondió ella y lo fue siguiendo con la vista hasta que desapareció por el hueco de la escalera. Se cerró luego la trampa sobre él.

Corrió entonces a su habitación y se arrojó de bruces en el lecho, sollozando convulsivamente, sintiéndose por primera vez un poco juguete en aquel terrible juego del espionaje que ella había creído dominar a su antojo.

* * *

Cuando Sheila regresó del frente de El Alamein, Casey no se hallaba ya en Tobruk. Al menos, había abandonado el refugio. Aquella madrugada, a las dos, oyó su voz ordenándole que no se moviera hasta que no la viese dentro de las cuarenta y ocho próximas horas.

Treinta horas más tarde, se despertó sintiendo la contraseña de él al golpear en la puerta de su alcoba. Saltó de la cama cubriéndose rápidamente con una bata. Salió dispuesta a prohibirle que volviese a poner los pies en lo que era su departamento, pero se sintió desarmada por la sonrisa de él, que vestía con sus ropas indígenas.

—No me reprenda, por favor, aunque en el orden particular le sobran motivos, no vea en este momento en mí al hombre, sino al

luchador. No podía hacer otra cosa, pues tengo mucho trabajo. ¿Hay alguna noticia?

Informó ella rápidamente de todo lo que había podido recoger en su visita al frente de El Alamein. Y añadió:

—Me han prometido para dentro de un par de días, los planos de la colocación de minas en el mar.

—Magnífico. Estoy satisfecho de su trabajo, tal vez como nunca. Tan pronto como pueda, pero desde luego, hoy mismo, vaya a Bir-el-Gobi y vea lo que hay por allí. Debe regresar mañana. Procúreme el máximo de información. Parece que se iniciará el movimiento por esa parte de un momento a otro. Podrá estar aquí a tiempo de recoger lo que le han prometido. Y ahora no quiero molestarla más.

Estuvo tentada de retenerlo, de invitarlo a tomar una taza de café, pero el hombre se marchó sin darle tiempo a nada, dejándola bastante pensativa.

Volvió Sheila a encontrar a Casey al día siguiente, cuando regresaba de Bir-el-Gobi. El oficial británico montaba airosamente un camello de gran talla y vestía con gracia las ropas indígenas. De no haberlo conocido lo hubiera tomado por un auténtico hijo del desierto. Le acompañaban cuatro árabes más, con toda seguridad tan falsificados como el mismo Casey.

El británico se acercó al automóvil que conducía ella misma y la saludó graciosamente, escuchando luego con singular atención el informe que le dio; parecía el hombre vivir en un mundo diferente al que vivían otros hombres; daba la sensación de haber olvidado la pasión que sentía por la muchacha. Cuando ella hubo terminado, le dio las gracias.

—Su informe es bueno, Sheila. Gracias. Y una cosa...

Rieron los ojos de Casey antes de continuar:

—Ha tenido usted una suerte extraordinaria. Anoche ha sufrido Tobruk un espantoso bombardeo. Algunos refugios han quedado al aire, alcanzados por bombas de gran peso.

Se sorprendió ella. Comprendió luego que él la había querido alejar del peligro y que por eso la había mandado a Bir-el-Gobi, sin descubrirle el secreto de que Tobruk iba, a ser bombardeado. Pero cuando reaccionó y quiso darle las gracias, ya él había montado en su camello y se alejaba seguido de sus compañeros.

Se sintió Sheila un tanto empequeñecida por la grandeza de ánimo que demostraba Casey. Era seguro que sospechaba de ella, que, se había dado cuenta del triste papel que había jugado cuando la pretendida detención de Stimson y sin embargo, no le había dirigido el menor reproche. Sintió que los ojos se le arrasaban en

lágrimas, que le odiaba y le quería cada vez más.

Había vacilado, antes de encontrarlo, entre darle informes exactos o tratar de engañarlo, pero optó, sin saber por qué, por lo primero. Ahora se daba cuenta de que había acertado aunque no mirase más que por su propia seguridad.

—Él sabe tanto como yo y me está probando —murmuró.

Se daba cuenta de que no tardaría Casey en transmitir sus informes desde pleno desierto y que, antes de que las columnas del Eje se pusieran en movimiento, sufrirían algún duro ataque de la aviación inglesa.

—Este maldito juego. ¡Cómo le odio! Y ahora no puedo salir de él…

Desde aquel día, Casey fue convirtiéndose en una especie de personaje de leyenda, en un nuevo «coronel Lawrence» que, vestido de árabe, prometía la libertad a los indígenas si eran capaces de mantenerse, por lo menos, al margen de la lucha. Tan pronto dormía en las tiendas de los hijos del desierto y partía con ellos su pan, como se sabía que se hallaba en Bengasi con uniforme de capitán italiano, o en Sollum, vistiendo el uniforme del «Afrika Korps», convirtiéndose en la auténtica pesadilla de los servicios de contraespionaje del Eje, cuyos componentes siempre llegaban tarde.

Para Casey, sin embargo, continuaba siendo la «muchacha de Trípoli» una incógnita, si bien por su parte, llegaba a desconcertarla con sus apariciones donde menos podía esperarlo, bien a darle órdenes o a recoger informes. Aunque lo hubiese deseado, no le hubiera sido posible hacerlo caer en una celada como la intentada en Tobruk.

El resultado de aquellas actividades se dejó sentir rápidamente, siendo burlados los campos de minas del mar, produciéndose rápidos desembarcos de grupos de comandos en la costa, en los cuales asestaron duros golpes a las fuerzas del Eje.

Bastantes convoyes de los que llegaban con material hacia Bengasi, Tobruk o Sollum desde los puertos de Grecia o de Italia, fueron destruidos y otros, obligados a retroceder, si bien bastantes de ellos consiguieron pasar.

Sheila se sentía vigilada y llegó a estar asustada; esperaba con verdadero deseo al mismo tiempo que con temor las inesperadas apariciones de Casey. En algunas ocasiones hubiese querido que le volviera a hablar de su amor, en principio, con el afán de reírse de él, de hacerlo sufrir; posteriormente, deseosa de vivir momentos de emoción; pero hubiérase dicho que él la había olvidado como mujer a no ser por alguna que otra rápida, y significativa mirada en los

fugaces momentos en que se entrevistaban.

Durante todos aquellos días, las fuerzas al mando del general Rommel intentaban una y otra, vez romper la línea inglesa por el norte para avanzar hasta Alejandría y El Cairo. El mando inglés había sido asumido por los generales Alexander y Montgomery y la lucha en los 65 kilómetros de frente entre El Alamein y El Katara llegó a tener carácter de epopeya durante cerca de tres meses.

La depresión de El Katara no era franqueable por el sur debido a la abundancia de arenas flojas y movibles que hacían imposible el paso por allí de un ejército moderno y menos de los tanques y la artillería.

Y detrás de aquella línea de 65 kilómetros, los aliados realizaban un gigantesco esfuerzo para poner en África, a la disposición de sus generales, un ejército fabuloso con un material más fabuloso todavía.

Pero no se dormían tampoco en sus laureles los hombres que dirigían las fuerzas del Eje, los cuales trataban también por todos los medios de que sus generales pudiesen superar en ejército y material a sus enemigos.

Casey sabía mucho de todo aquello, de los esfuerzos titánicos que se realizaban por ambas partes, y trataba de ganar tiempo para los suyos, enviando informes para que pudiesen destrozar las concentraciones de material y fuerzas enemigas, para retrasar en lo posible su puesta, en marcha para una nueva y terrible ofensiva. No se le ocultaba a Casey que el que primero golpease tenía un máximo de probabilidades de ganar y quería que fuesen los suyos los que diesen primero, los que su acción pudiesen sorprender al enemigo.

Y conocedor de las costumbres y de las ideas de los indígenas, procuraba crear por medio de ellos en la retaguardia enemiga la mayor cantidad posible de problemas para que entorpecieran la temible máquina de guerra ítalo-germana.

Llegaron los momentos cruciales en que los dos gigantes iban estando a punto, en que la cosa más nimia podía tener el máximo da importancia, en que un secreto revelado, o una sorpresa, podían ser un factor decisivo de victoria o derrota.

Los dos colosos frente a frente, se estudiaban entre cañonazo y cañonazo, que parecían más bien disparados para distraer y engañar al enemigo que para causarle un daño material.

Los preparativos iban casando mientras la máquina de guerra se ponía en marcha con el mayor sigilo posible.

Casey, en su difícil puesto, parecía dominarlo todo, intuir el máximo, en un despliegue de energía que llegaba a resultar

sorprendente. Llegaba a ser como una auténtica sombra dotada del don de ubicuidad. No ignoraba que el enemigo era capaz, tan capaz como ellos mismos.

Sabía el oficial británico que el jefe de las fuerzas del Eje confiaba para frenar a los contrarios en los puntos que le convenía, en los campos de minas sabiamente colocadas, seguro de que los tanques ingleses no se atreverían jamás a atacar por aquellos sectores donde hubieran saltado hechos añicos. El mando británico conocía por su servicio de información la existencia de estos campos de minas que podían ser la clave de la batalla.

Por su parte, Casey no había confiado a Sheila ningún trabajo en este sentido, como si tal cosa no le preocupara. La había encargado, sin embargo, localizara la disposición de las fuerzas enemigas, en particular, las del sector norte de la línea. Seguía instrucciones del mando aliado.

* * *

De acuerdo con Casey, la «muchacha de Trípoli» había trasladado el centro de sus actividades a Marsá Matruk, teniendo su refugio cerca de la costa.

En vísperas de la batalla, se veían con frecuencia, llegando a inquietar al oficial británico la tranquilidad de su agente femenino, de su enigma viviente, como él la llamaba. Ella le daba informes sobre las fuerzas enemigas y, comprobados siempre meticulosamente, resultaban ciertos, haciéndole dudar, llegando a pensar él en ocasiones que tal vez en Tobruk ella había sido una víctima más en el asunto de la supuesta detención de Stimson.

Estuvo a punto de sincerarse con ella, de pedirlo perdón por sus dudas. Pero el intuitivo que vivía en él, más despierto que nunca en aquellos momentos cruciales, le decidió a aplazar el asunto hasta después de la batalla, cuando triunfadores, cosa de la que no dudaba, tuviese tranquilidad para volver a ofrecerle el matrimonio, para poder dedicarse a ella, aunque solo fuese temporalmente, por entero.

Vivía Casey cerca de la joven, más cerca de lo que Sheila misma pudiera imaginar. Y así, una noche, rebasada ya la primera quincena de octubre, la «muchacha de Trípoli», vestida de oscuro, salía de su casa.

No contaba Sheila con que unos gemelos estaban enfocados hacia la puerta de su refugio y que detrás de aquellos prismáticos vigilaban unos ojos ansiosos de saber, de descifrar el enigma que

ella constituía.

La esbelta figura de la muchacha, se destacó unos momentos contra el fondo blanquísimo de las enjalbegadas paredes de la casita. Luego, se difuminó en las sombras de la noche hasta perderse totalmente.

Pero la fugaz visión fue suficiente para que Casey dejase los gemelos y saliese rápidamente en la misma dirección que había visto que ella tomaba.

Le bastaron un par de minutos para rebasar el refugio de la joven, andando a grandes, pero silenciosas zancadas, y otro par de minutos para volver a divisar, aunque vagamente, si inconfundible silueta.

Caminaba la muchacha en dirección a los cercanos acantilados y daba la sensación de que marchaba totalmente despreocupada, tal que si no temiese que nadie la pudiese seguir o confiarse mucho en sus fuerzas.

No se volvió ni una sola vez durante todo el trayecto y Casey, que en principio, una vez la divisó, había tomado sus precauciones para que no pudiese verlo, llegó a abandonarlas, si bien conservaba la distancia para que, aunque ella se volviese y le viese, no pudiera reconocerle.

Sentía el hombre que se acercaba a algo definitivo, que el enigma iba a dejar de serlo muy pronto. Herido por tal presentimiento, el corazón de Casey latía más aceleradamente de lo normal.

Llegó Sheila hasta donde se iniciaban las rocas contra las que el mar batía sin demasiada fuerza y Casey vio cómo trepaba ágilmente por ellas, desapareciendo a poco de su vista.

Volvió entonces el hombre a conducirse con cautela hasta llegar a la línea un tanto irregular que formaban las rocas. Una vez en ella, se detuvo indeciso, sin saber qué partido tomar.

Tras una breve vacilación, se tendió boca abajo y avanzó como un reptil, llegando así a la cima. Asomó la cabeza lentamente y respiró satisfecho al volver a divisar a Sheila. La «muchacha de Trípoli» se hallaba tranquilamente sentada en una roca, al parecer, indiferente a todo lo que le rodeaba. Tenía la mirada perdida en el mar y su actitud no era la de quien espera a alguien, llegando a hacer pensar a Casey que se había equivocado, que no se había de producir nada, definitivo y que ella, sin proponérselo, le había burlado una vez más.

Se mantuvo Casey inmóvil, observando, más de quinos minutos. Sheila permanecía inmóvil también, dando la sensación da que

soñaba, de que se hallaba totalmente abandonada a sus pensamientos y el hombre, estuvo a punto de hacer acto de presencia apareciendo sigilosamente al lado de ella.

De improviso, la silueta femenina pareció cobrar vida y su cuello se estiró en dirección al mar. Casey, que se encontraba como embriagado contemplándola, reaccionó a su vez y dirigió la vista en la misma dirección que ella.

Le pareció divisar el parpadeo de una lámpara a bastante distancia y a continuación vio que Sheila tornaba del su regazo algo y que correspondía a las señales luminosas con otras del mismo tipo.

Un frío sudor inundó la frente del oficial británico, pese a que hacía una noche más bien cálida. Sintió que no había sido burlado y que ella había ido allí para algo que se debía relacionar con sus actividades.

Repitieron la señal en el mar, volviendo a corresponder la muchacha y a poco vio destacar la silueta de un bote de remos que se acercaba rápidamente, sin casi producir ruido. Hubo de admirar el inglés la habilidad de los remeros, cuyos movimientos rítmicos distinguía ya perfectamente.

Sheila se había puesto en pie. Su cuerpo parecía vibrar de emoción y Casey llegó a sentir torturadores celos del que era capaz de producir tal fenómeno.

Vio como ella saltó ágilmente hasta que sus pies llegaron a estar casi en contacto con el mar, que alcanzó a salpicarla varias veces, sin que pareciera hacer caso de tal cosa.

Una hábil maniobra de los remeros colocó el bote en posición para que el hombre que iba en el centro de él pudiera saltar, y lo hizo con agilidad, ayudado por uno de los remeros y la propia Sheila que le tendió una de sus manos.

A una seña del hombre, que era corpulento y joven, se alejó el bote a impulso de los remos. No se había pronunciado una sola palabra por parte de ninguno de los actores de la escena, demostrando que cada cual sabía bien lo que debía hacer.

Y fue Sheila la que rompió el silencio:

—¿Qué tal el viaje?

—Ha sido magnífico. Como de costumbre, me he escurrido sin que se diesen cuenta, a pesar de la mucha vigilancia que hay. Ya podéis pagarme bien, pues no encontraréis otro como yo.

Nunca he regateado el precio. Si lo que traes vale la pena, te lo pagaré con largueza.

—Esto me ha costado mucho dinero. Es un secreto que he

obtenido y que puede cambiar el curso de la inminente batalla apenas se inicie. Que ya procurarán aquellos iniciarla antes que vosotros.

—Bien. Eso no somos tú ni yo quienes podemos juzgarlo.

—Tengo que pagar bien allí a los que me lo han facilitado. Tengo más gastos que nunca.

—La cantinela de siempre. Se te dará lo suficiente para que pagues a todos y te quede a ti un buen bocado ¿Estás contento?

Gruñó el hombre, un coloso de casi dos metros, mostrando su asentimiento y contempló luego a Sheila.

—Estás cada día más linda. Daría todo lo que me corresponde por ti.

—Cambia el disco. Es conveniente para todos, pero en particular, para tu salud.

La voz de Sheila, que hasta entonces había sido cordial, sonó cortante, con dureza que Casey conocía muy bien y que hizo bajar la vista al hombre.

—Perdona. No puedo evitar que me gustes sobre todas las cosas. No creo que sea ningún mal decírtelo.

—No me suena bien cómo lo dices. Pero tampoco deseo que me lo digas de otra manera. Vamos.

Casey rebosaba satisfacción. Pero aquella satisfacción momentánea no le debía hacer olvidar lo que era el cumplimiento de su deber y se dispuso a atacar cuanto antes. Debía evitar que aquel hombre dijera nada a Sheila, que le diera el más mínimo informe.

Se le planteaba un problema, pues no quería matar a ninguno de los dos; no podía, por otra parte, hacer uso de las armas de fuego, ya que los disparos atraerían una verdadera nube de fuerzas enemigas de las que se hallaban distribuidas por los diferentes puntos de la costa. Debía evitar también que ni Sheila ni el hombre pudieran hacer uso de sus armas y sabía por experiencia que la joven era bastante rápida y que na vacilaría un solo segundo en actuar, aún reconociéndolo, tal vez más por ello mismo. Se aprestó a la lucha a tiempo que sentía una estremecedora congoja al comprobar que las sospechas que durante tanto tiempo había abrigado, dejaban de serlo. El enigma era ya una dolorosa realidad. Agente doble. Traidora. Aquello no podía tener más que un final, un final doloroso que ya había entrevisto allá en Tobruk: la muerte de ella. Y debería ser él mismo quien la ejecutara o la mandase ejecutar.

Pero sus penosas reflexiones fueron cortadas por la realidad.

Sheila delante, el hombre siguiéndola con su flexible andar, trepaban por las rocas, acercándose al lugar donde él se hallaba.

Casey crispó los puños. Se encontraba fuerte, como no lo había estado nunca. Se dispuso a saltar, sintiéndose un poco tigre.

CAPÍTULO VII

Como un fantasma dispuesto a consumar una venganza, surgió Casey a los pies de Sheila. Ella lo presintió más que lo vio e inició un grito al tiempo que llevaba la diestra a la culata de su pistola.

La mano del agente británico se abatió rápidamente, con terrible precisión, golpeando de canto en el cuello de la mujer que se derrumbó como un pelele, quedando estrangulado el grito y saliendo por el aire la pistola que empuñaba.

Deseaba inutilizarla antes de luchar y lo había logrado.

Destelló un cuchillo en el aire, pero antes de que saliera de la mano de su enemigo, ya Casey se había lanzado, esquivando el arma y atacando a su vez. Cogió al hombre de uno de los tobillos y se lo retorció brutalmente, obligándole a lanzarse con violencia al suelo.

Volvió a saltar entonces el inglés, antes de que el otro pudiera reponerse, y le golpeó con el canto de la mano en la nuca. Exhaló el atacado, un gruñido, que fue quebrado al dar con el rostro contra las rocas donde habían caído luchando, y Casey repitió el golpe, esta vez con más suerte.

Se aseguró entonces de que el gigante había quedado fuera de combate y se levantó ágilmente, desposeyéndolo en un momento del cinturón para atarla los pies, y lo amordazó a continuación con un pañuelo.

Comprobó que su enemigo, al dar de cara contra las rocas, se había herido en boca y narices, por las que arrojaba sangre en abundancia.

—A fin de cuentas, para lo que le servirá la sangre en adelante, casi más vale que la vaya perdiendo ya lentamente.

Se dirigió entonces Casey al abatido cuerpo de Sheila y la examinó con cuidado, reflejando su rostro la inquietud que sentía. Palpó el cuello de la muchacha son los dedos, en particular las vértebras cervicales.

—¡Nada de particular! Llegué a temer que la había matado, aunque tal vez hubiese sido mejor. No sé cómo podré luego...

Calló, horrorizado por su propio pensamiento y quitó a la muchacha el cinturón que llevaba para atarle con él los pies, amordazándola también a continuación con un pañuelo.

Recogió y guardó la pistola de ella y el puñal que le había

lanzado él y los cacheó minuciosamente, quitándole al hombre, dos pistolas y un cuchillo más.

—Ahora está el problema de conducirlos. No puedo perder de vista a uno ni a otro y no soy capaz de cargar con los dos.

Pero resolvió prontamente. Arrancó tiras de las ropas que llevaba el herido y ató las manos a una y a otro. Cargó a continuación con ella y anduvo un trecho, dejándola al cabo en el suelo para volver por el hombre. Cargó con él y rebasó el lugar en que había dejado a ella y antes de perderla de vista, lo dejó a él y volvió a recogerla.

En tal plan llegó hasta la casa de Sheila, la cual abrió con las llaves que la muchacha llevaba, en un bolsillo e introdujo allí a los dos prisioneros.

Recorrió las habitaciones, buscando un lugar apropiado donde interrogar al compañero de Sheila y desde el cual caso de que se produjesen gritos, no saliesen al exterior; pero no halló nada adecuado y resolvió continuar hasta la casa que ocupaba él y que en aquellos días le había servido de centro.

Trasladó primero al hombre y luego volvió por la muchacha. Daba la coincidencia de que estaba solo en la casa aquel día y que por tanto, se lo había de resolver todo él.

Con ímprobo trabajo hizo descender primero al hombre hasta el fondo del pozo, donde escasamente había un metro de agua, izándolo luego hasta una especie de galería a cuyo final existía una pieza abovedada, bastante amplia y que en tiempos pretéritos había servido para esconder contrabando.

Hubo de volver después por Sheila para conducirla al mismo lugar, aunque le hubiese agradado que no estuviese presente durante el interrogatorio a que debía someter al hombre. Pero no podía dejarla fuera, exponiéndose a que alguien la encontrara y la auxiliara.

Sentíase agotado Casey cuando hubo dado fin a aquella parte de su tarea y se sentó a descansar, contemplando a Sheila, que comenzaba, a dar señales de vida. Vio como abría sus hermosos ojos y los volvía a cerrar, y sin darse cuenta aún de su verdadera situación. Transcurrieron unos segundos y los abrió otra vez, pero en aquella ocasión, le miró fijamente para después recorrer con la vista las paredes y el techo, totalmente desnudos, del lugar donde se hallaban.

Fulguró su mirada rebosando odio e impotencia y Casey se adelantó a quitarle la mordaza. Volvió ella el rostro con gesto brusco, tratando de evitarlo, pero el hombre logró al fin su

propósito.

—Así estarás menos molesta, Aunque grites, no te podrán oír, pero de todos modos, prefiero que no grites. Estoy convencido que eres de las que saben perder y no quisiera que me defraudases.

No respondió la «muchacha de Trípoli» y Casey se dirigió hacia el hombre, que continuaba sin sentido. Le registró entonces cuidadosamente, hasta en los pliegues más menudos de la ropa, lo descalzó totalmente, medio destrozó los zapatos, y no halló nada de lo que esperaba. Le miró entonces en la boca y vio que nevaba dos piezas de oro, dos muelas, e intentó desencajarlas del sitio. Se le resintieron, pero al fin logró arrancar la primera y a continuación, la otra.

En el interior halló lo que con tanto afán había buscado: Dos trozos de finísimo papel, cuidadosamente plegados. Había dibujado en uno de ellos, en plan de esquema, una especie de tanque, pero con algo que él no podía comprender, delante, y que era a lo que, en el dibujo se le daba, sin embargo, mayor importancia. El otro papel, escrito en clave, no podía decirle en aquel momento qué era lo que el hombre traía y que consideraba de tanta importancia como para decidir la batalla.

Por las miradas de ansiedad que sorprendió en Sheila en aquel momento, comprendió que el desvanecido estaba acostumbrado a servir bien y que aquello tendría tanta importancia como había asegurado al desembarcar.

Comenzaba a dar el hombre señales de vida y los ojos de Casey, recelosos en aquel momento, se posaron sobre la «muchacha de Trípoli». No sabía aún lo que haría con ella, qué podría suceder en las próximas horas y decidió que Sheila debía ignorar todo lo que aquel hombre pudiera decir cuando, dentro de muy poco rato, lo sometiera a un interrogatorio en toda regla.

Volvió a acercarse a la muchacha y tomó el pañuelo con que anteriormente la había amordazado. Repasó las ligaduras de manos y pies, asegurándose de que estaban fuertes.

—Tú no tienes la culpa de que yo me enamorara como un idiota. No te puedo reprochar en tal sentido nada. Pero me has hecho mucho daño, tanto, que por mucho que yo pueda, hacerte ahora, no lo podrá igualar.

No esperaba respuesta de ella y por lo mismo se sintió sorprendido al escuchar:

—Es un grave terror enamorarse cuando se lucha. Vives porque te he querido desde el primer momento. De lo contrario, pese a tu habilidad, te hubiésemos dado caza. Gracias a eso has podido

derrotarme esta noche.

—En Tobruk me entregaste.

—Sí. Fue la única vez y no puedes imaginar mi alegría cuando me enteré de que no habías caído. Pero es inútil que hablemos. No aceptaré nunca tu cariño, porque te odio, porque te he traicionado. Y te odio precisamente porque tu amor puede esclavizarme. Ahora, haz lo que debes hacer. Esta noche, tampoco yo te hubiese perdonado.

Casey hubiera dicho tanto, que prefirió callar. Pidió perdón a la muchacha con la expresión dolorida de sus ojos y la volvió a amordazar, pero en esta ocasión no se conformó con eso, sino que le taponó los oídos. No estaba seguro de poder hacerla ejecutar y no quería que pudiese escuchar nada de lo que dijese el espía.

La tomó luego en brazos dulcemente y la llevó lo más lejos posible del lugar donde estaba el hombre, volviendo a continuación a este, al cual sentó, apoyándolo de espaldas contra la pared del fondo. Le habló entonces con voz normal.

—Ha tenido usted mala suerte esta noche.

Gruñó el desconocido algo que Casey no pudo comprender y el agente inglés continuó:

—Lo malo es que sus desventuras no habrán terminado a menos que sea juicioso. Habrá notado que le han desaparecido dos piezas de la boca, ¿no es eso?

El espía lanzó otro gruñido que a Casey no le preocupó interpretar.

Sheila, desde el lugar que ocupaba, no podía oír nada, pero se daba cuenta de lo que sucedía y dirigía inquietas miradas hacia los dos hombres. Estaba dolida por su derrota, pero no podía menos de admirar al hombre que quería y que había sabido vencerla a pesar de luchar en un ambiente hostil, de tener todos los elementos en contra.

Casey, seguro de sí, dominando sus emociones, volvió a dirigirse al espía con impresionante calma:

—¿Qué tipo de arma es esa especie de tanque cuyo esquema ha traído? ¿Es ese el secreto que puede cambiar el curso de una batalla?

No respondió el hombre, cosa que no sorprendió a Casey, quien continuó:

—Le recomiendo que no sea obcecado. Me basta ponerme en comunicación con mi base de Alejandría y eso lo puedo hacer desde aquí mismo, para saber de qué se trata. Nuestra amiga —añadió Casey señalando hacia donde se hallaba Sheila—, podrá confirmarle

lo que le digo. Y lo malo para usted es que si recurro a tal medio es porque le habré destrozado antes. ¿Le interesa?

No respondió el hombre, quien dirigió a Casey una mirada, como tratando de sondear su ánimo, de saber hasta donde era capaz de llegar.

—Usted trabaja a la otra parte y no sabe quién soy. Me llaman el «nuevo Lawrence», unos; otros, «el fantasma del desierto». Ambos nombres me los han puesto mis enemigos y sus razones tendrán para ello. Lucho casi solo en un ambiente hostil y soy de los que no retroceden nunca. ¿No le dice nada eso?

Continuó el espía encerrado en su hosco mutismo y Casey atacó de improviso, descargándole en el rostro una serie de golpes tendentes a aturdirle, a rebajar su moral, pero sin causarle un mayor daño. Necesitaba saber, no solamente la verdadera importancia del secreto que había sorprendido y que estaba dispuesto a entregar al enemigo representado por Sheila, sino que deseaba conocer cómo lo había logrado, quiénes se lo habían facilitado. Tenía que descubrir a los traidores o los inconscientes que pudiesen estar actuando en las filas inglesas, que habían permitido llegara a manos del enemigo un secreto de la importancia que, al parecer, tenía aquel.

Dirigió el espía su angustiosa mirada al lugar donde se hallaba Sheila y Casey siguió tal mirada; se dio cuenta de que los ojos de ella destellaban, un odio atormentador, infinito.

—Responda rápidamente o será peor para usted… Continuó el silencio y Casey, sin perder la calma, hizo levantar al espía, ayudándolo con su mano izquierda y, cuando lo tuvo de pie, le obsequió en una rápida serie de precisos golpes al estómago y al hígado. Gimió el hombre que pareció derrumbarse, pero Casey le obligó a mantenerse de pie, continuando con una mano el implacable castigo.

No pegaba fuerte, para que no perdiera el sentido, pero sí lo suficiente para anonadarlo, para anular su voluntad, para que el instinto de conservación dominara sobre todo. Y cuando lo vio vencido, cuando notó su mirada implorante, lo dejó caer, derrumbándose el espía a sus pies.

Lo sentó Casey de nuevo, e interrogó con la misma calma manifestada hasta entonces:

—¿Estás dispuesto a qué nos entendamos? ¿De qué se trata? Piensa que si no respondes, te cuelgo por los pies y me pongo en comunicación inmediatamente con mi base de Alejandría.

Volvió de nuevo el espía su mirada hacia Sheila, pero esta había

cerrado los ojos, no queriendo presenciar su derrumbamiento, que sabía inminente. Aquello pareció consolar un tanto al hombre de la cobardía que estaba dispuesto a cometer.

—¿Qué saldré ganando?

—Por de pronto, que no te atormente más.

—Quiero la vida, mi vida. ¡Mi vida!

—¿No te das cuenta de que no estás en situación de imponer condiciones? Habla y ya veremos lo que se puede hacer. Estamos en un mal momento, debes comprenderlo y la vida de un hombre vale menos que nada. ¿Qué es esa especie de tanque que aparece en ese dibujo?

—Se trata de un carro blindado que lleva aplicado en su parte anterior un bastidor. Entre los largos brazos de este bastidor se mantiene transversalmente un fuerte cilindro de acero que es más largo que la anchura del carro. Este cilindro lleva de veinticinco a treinta cadenas de casi dos metros de longitud, sujetas a él por un extremo. El cilindro, accionado por un motor independiente, gira y pone en movimiento por tanto las cadenas que, como látigos, golpean el terreno, provocando así la explosión de las minas colocadas en su camino. De este modo, los tanques que avanzan detrás de ellos, pueden hacerlo sin temor a ese terrible enemigo que le acechaba escondido en las arenas.

Sudaba el espía al terminar de hablar y le sucedía otro tanto a Casey, quien se volvió en dirección al lugar donde se hallaba Sheila.

—Es un invento inglés, y le llaman el «escorpión». Tienen muchos dispuestos para la próxima ofensiva, que es inminente. Quieren sorprender así al general Rommel, lanzándole los tanques por dónde él menos los puede esperar, por el terreno que tiene bien minado.

Se alzó Casey sin hacer comentario alguno y se dirigió hasta donde se hallaba Sheila, para asegurarse de que continuaba con los oídos taponados, que no podía haber escuchado lo que el hombre acababa de revelar. La sorpresa que Montgomery reservaba a Rommel, debía continuar siendo un secreto, cayese quien cayese. Posiblemente el espía no se había dado cuenta de que su vicia no tenía solución, bien haciendo la revelación él mismo, como la había hecho, bien si hubiera tenido que recurrir Casey a los informes de su base de Alejandría.

Volvió el inglés hacia donde se hallaba el espía, ya en plan de continuar sus revelaciones.

—¿Es un auténtico secreto la existencia de esos «escorpiones»?

—Sí. Me ha costado bastante lograrlo. Los tienen bien

guardados para que no lo conozca el enemigo. Los han producido especialmente para esta guerra del desierto.

—¿Sabe usted donde los tienen?

—Sí. En la otra hojita que ha encontrado usted está perfectamente explicado.

—¡Ya! Un ataque aéreo los hubiese dejado fuera de servicio en los momentos preliminares de la ofensiva y Rommel se hubiese podido salir con la suya. Tenía usted razón al exigir que le pagasen bien. ¿Qué era usted antes de ser espía?

—Oficial del ejército griego.

—Y sin embargo, no ha vacilado en venderse a los enemigos de su patria.

—Enemigos de mi patria son todos. Los del Eje y ustedes, aunque en estos momentos de peligro mucha gente no sea capaz de verlo. Estoy harto de encontrarles en el Mediterráneo, tratando de dominarlo todo, de sojuzgarnos a todos.

Había rencor en la voz del hombre; pero Casey sin perder la calma, hurgó:

—No son esos los motivos reales. Si fuese como usted dice, lucharía ahora contra los que han invadido su patria y luego, de ser preciso, contra nosotros; pero no ahora que somos aliados, que tenemos un objetivo común, usted tiene sobrada inteligencia para comprender eso y a mí no me puede engañar. Usted es un despechado, si bien yo ignoro los motivos.

—¡Ha sido ella, ella que me ha vuelto loco! —gimió entonces el hombre, señalando hacia donde estaba Sheila, quien como si hubiese comprendido lo que el hombre decía lo fulminó con la mirada.

—Es usted más miserable de lo que imaginaba —respondió fríamente Casey— y no le considero ya un peligro. Pero continúa ocultándome usted los verdaderos motivos de su traición. No es ella.

Bajó la vista el hombre y respondió como avergonzado:

—Mis compatriotas no me han querido admitir en el Regimiento Sagrado.

—¡Ya!

Comprendía Casey la importancia que para un griego tenía tal cosa, ya que el Regimiento Sagrado solo se forma en momentos gravísimos para la patria. Y continuó:

—Si usted es un oficial competente, como parece, habrá habido algún motivo para que sus compañeros no le hayan admitido. No habrá sido demasiado bueno su comportamiento anterior.

Bajó el griego la cabeza y continuó Casey:

—Pero esas cosas entre ustedes no me importan. Vamos a lo que interesa. Cómo y quiénes le han puesto en posesión del secreto que ha traído.

Un resto de pudor y la mirada de Sheila, obligaron al espía griego a intentar resistir, pero el hecho de que Casey lo tomara de las ropas con su mano izquierda y lo sacudiera hasta llegar a hacerle sentir el temor de que le rompiera una vértebra, lo decidió a hablar.

Y citó nombres y lugares que Casey fue registrando en el prodigioso archivo de su memoria.

Cuando el hombre hubo terminado, y trató de comenzar a disculparse, le cortó con un escueto:

—Está bien.

—¿Me habré ganado mi vida al menos?

—Cuando confirme todo eso, lo decidiré. No tiene gran importancia que una rata inmunda como usted viva o muera.

Había desprecio en las palabras de Casey. Pensaba que él se hubiese dejado despedazar antes que descubrir a las personas que había desenmascarado el griego y cuyos nombres no tardaría en conocer el coronel Ray para que procediese contra ellas.

A oídos de Casey llegaron en aquel instante unas señales determinadas y se sintió un tanto sobresaltado. Se apresuró a amordazar al espía y se dirigió al final de la galería, correspondiendo con unas señales análogas a las que le habían hecho.

Regresó luego hasta donde se hallaba Sheila y le quitó la mordaza, los tapones de los oídos y las ligaduras que la mantenían inmovilizada.

—Si deseas vivir, calla. Si deseas morir, habla. Yo, a pesar de todo, deseo que vivas.

—No te conviene. Tan pronto como quede libre, te perseguiré sin descanso, hasta destrozarte.

—Lo sé; pero no me importa. Prefiero que seas tú quien me destroce a mí. Ahora, ven.

La tomó de la mano y la obligó a llegar con él hasta el principio de la galería, en cuya boca no tardaron en aparecer tres hombres. El que iba en cabeza era el propio Stimson, quien saludó a su jefe y compañero:

—¿Alguna novedad? Me ha extrañado no encontrarte arriba.

—Sí. Gracias a la «muchacha de Trípoli», he podido capturar un pez de envergadura. Algo de extraordinaria importancia.

Una sonrisa amplia iluminó el rostro de Stimson, quien tendió su diestra a Sheila.

—¡La «muchacha de Trípoli»! Tenía verdaderos deseos de conocerla. «Bob» me habla siempre de usted. Temo que esté enamorado y lo comprendo perfectamente. ¡Es una suerte, encontrar en la vida una mujer así!

Dudó Sheila antes de alargar su mano. No podía comprender lo que sentía en aquel momento. Tenía ganas de reír y de llorar. Hubiera abrazado a Stimson e incluso al propio Casey; pero también hubiera descargado a gusto, en particular contra el último, su pistola, aquella pistola que el teniente le había arrebatado no hacía mucho.

Casey tomó a Sheila amigablemente de la mano y echó a andar en dirección al lugar donde se hallaba el griego. Estaba seguro de lograr algo que deseaba con toda su alma. Stimson y sus dos acompañantes, le siguieron.

La muchacha, aturdida, no podía comprender y le dejaba hacer. Había tenido la muerte demasiado cerca, sabía que la tenía suspendida aún sobre su cabeza, y aunque no la temía, deseaba vivir. Era algo imperioso, instintivo.

Casey le quitó la mordaza al griego y lo ayudó a levantarse. Su gesto era atrozmente burlón y logró la reacción que ansiaba. El espía no podía comprender lo que se tramaba en el cerebro del agente británico y al ver a Sheila en amigable actitud con sus enemigos, explotó:

—¡Vil traidora! ¡Has emponzoñado mi vida y ahora me llevas a la muerte! ¡No podía esperarse otra cosa de ti! ¡Me has burlado de la manera más infame, me has vendido!

Casey, fríamente cortó las frases del griego propinándole un duro puñetazo en la boca. Chocó la cabeza del hombre contra la pared y cayó de bruces a los pies del británico. Sintió este como Sheila, a la que mantenía cogida de la mano, se estremecía.

—¡Bicho inmundo! ¡Te enseñaré a tratar a las mujeres como es debido!

Se inclinó y volvió a amordazarle, a pesar de que estaba desmayado.

—¿Qué hacemos con él? —interrogó Stimson.

—No tiene solución, Stimson. El hombre que conoce el secreto que él traía, no tiene más remedio que morir y debe desaparecer cuanto antes, sin darle ocasión a que pueda hablar con nadie. Lo he registrado minuciosamente y no creo que lleve nada encima, pero por si acaso, su tumba debe ser el mar, con un peso suficiente para

que no pueda salir a flote. Cuando hayáis terminado con él, habréis de aguardarme arriba. Nuestra misión aquí ha concluido. Disponed todo para la marcha.

Salió Casey antes que ellos, llevándose a Sheila, a la cual sacó por el mismo pozo por dónde habían penetrado.

La acompañó luego hasta su casa, sin soltarla, por temor a que pudiese intentar la fuga o simplemente pedir auxilio; pero ella parecía vencida. Y una vez dentro, cerrada la puerta para mayor seguridad, se dirigió a ella:

—Terminó la tregua. Voy a dejarte atada. Si eres constante, aunque nadie acuda en tu auxilio, antes de cuatro horas podrás estar libre. Es el tiempo que necesito para ponerme a salvo. Vida por vida, ya no nos debemos nada el uno al otro.

—Eres muy generoso. Gracias.

La ató Casey de pies y manos y la amordazó para que no pudiera gritar. Repasó luego las ligaduras para asegurarse de que no le sería fácil soltarse, pero que terminaría por lograrlo, y safio.

Era muy posible que Stimson y sus otros dos compañeros le estuviesen aguardando ya.

Desde la puerta dirigió una última mirada a la «muchacha de Trípoli». Destellaban sus ojos en la semipenumbra. Existía aún el reflejo del odio en ellos, del odio y de la pasión atormentadora. No estaba aún vencida. El ser primitivo que ella llevaba dentro, no había sido sometido aún, no estaba domesticado.

Cerró el hombre la puerta a sus espaldas al tiempo que suspiraba.

CAPÍTULO VIII

Casey, después de dejar a Sheila, cuando hubo terminado de transmitir el mensaje con lo referente al espía griego, respiró satisfecho.

Comprendía el por qué se le había insistido tanto pidiéndole la situación de los campos de minas enemigos.

Terminado el informe la voz del coronel Ray, llegó hasta él, vibrante de alegría y emoción:

—¡Muchacho! Ha tenido usted la suerte de la guerra en sus manos y la ha sabido decidir a nuestro favor. Imagino que no tardaré en poder hablarle de un descanso, que bien merecido tiene. Le debemos una convalecencia por sus heridas. Ahora, ponga atención.

Dirigió Casey la vista hacia sus compañeros, en guardia en torno a él.

El coronel Ray dio a continuación instrucciones para todos y cada uno de los componentes del grupo. Debían partir para determinados puntos de la costa, para servir de guías a los pequeños grupos que debían limpiar el mar de minas. Así, las diversas unidades de la flota podrían desenvolverse con mayor soltura en apoyo del avance, inminente ya, de las fuerzas de tierra, del «Ejército del Desierto» que se hallaba a punto. Debía evitarse a toda costa que pudiera repetirse el desastre del crucero «Neptune» y del destructor «Kandahar», que habían volado al chocar con sendas minas cuando apoyaban la ofensiva del ejército inglés en enero de aquel mismo año, ofensiva que había llevado a Ritchie hasta el mismo golfo de Sirte.

Recibidas las instrucciones y cortada la comunicación, se reunió Casey con sus compañeros. Les comunicó las instrucciones recibidas, que cada cual debía a su vez transmitir a otro de los que enlazaban con ellos.

Aquellos hombres que llevaban un puñado de días luchando juntos en el más peligroso de los servicios de guerra, debían separarse.

Pese a hallarse todos curtidos se dio cuenta Casey de que más de uno debía hacer un esfuerzo por contener las lágrimas en el momento de la despedida, al estrechar sus manos.

Y en aquel mismo punto se dividieron, escogiendo cada cual la

dirección más conveniente para llegar cuanto antes al punto donde debían iniciar sus trabajos. El tiempo apremiaba, se echaba encima de ellos.

Casey los vio partir sintiendo que le dominaba una profunda melancolía. ¿A cuáles de ellos volvería a ver? Era seguro que cayese más de uno en la difícil misión que les había sido encomendada.

¿Y Sheila? ¿Qué sería de ella? Era posible que a aquellas horas hubiese logrado libertarse. ¿Cómo reaccionaría? Tenía el convencimiento de que se dejaría arrastrar de nuevo por aquel odio que parecía inextinguible, que terminara por consumirla. ¿Por qué?

Caminó a través del desierto por espacio de más de tres horas, al cabo de las cuales tomó descanso en un «ued» totalmente seco en aquella época del año, un «ued» que apenas si llevaba agua durante tres o cuatro meses.

Aún le quedaba a Casey una vasta zona de desierto por recorrer y necesitaba reservar sus energías. Debía contar con las patrullas alemanas e incluso con las grandes cantidades de fuerzas que se dirigían hacia el frente.

Aprovechó el descanso para limpiar cuidadosamente sus armas, librándolas del impalpable polvillo del desierto que, a pesar de todos los cuidados que se observasen, penetraba en ellas.

Bebió, antes de ponerse en camino y una vez sobre el camello, sacó la emisora y puso la parte correspondiente al receptor, en funciones.

Iba variando de onda y oyó distintas emisiones en las que se entretuvo hasta que se dio cuenta de que no le ofrecían nada de interés. Pero se mantuvo, mientras marchaba, maniobrando en el aparato. En algunas ocasiones captó simples órdenes dadas por radio, en alemán.

—Deben ser coches patrulla que comunican entre sí —murmuró.

Acabó por interesarle aquello y prestar atención y de pronto dio un respingo. ¡Los coches patrulla, pues indudablemente era lo que había imaginado en principio, señalaban sus posiciones y pudo darse cuenta de que formaban una especie de cerco en torno al lugar en que él se hallaba! ¡Era precisamente él, Roberto Casey, el objetivo de tales coches!

¡Los alemanes, dirigidos seguramente por la «muchacha de Trípoli», habían iniciado la caza del «nuevo Lawrence», como le llamaban unos o del «fantasma del desierto», como le denominaban otros!

Se sintió un tanto inquieto, no por miedo, sino por las instrucciones recibidas del coronel Ray, cuya puesta en marcha en

el sector que le había sido asignado, podía correr peligro.

No obstante, aceptó Casey aquella especie de desafío. Mantuvo el receptor en la longitud de onda que le interesaba y continuó su avance, riéndose interiormente. No podían pensar sus perseguidores que, gracias a la precaución que había tomado, conocía la posición de cada cual por instantes y que por tanto, en el momento oportuno, podría burlarles.

Fue alejándose de unos y acercándose a otros y al fin llegó la ocasión en que apenas si distaría un par de millas de los más próximos. Concentró entonces la atención en las señales de dos de los coches patrullas entre los cuales se había propuesto pasar.

Tenía Casey en contra la luna que lucía espléndida en el cielo, pero a pesar de ello, pensó en que debía vencer y vencería.

Fue acortando distancias, moviéndose con extremada cautela; llegó a estar casi en línea con los dos automóviles por entre los que debía escabullirse. Y entonces se encontró con una desagradable sorpresa: una línea de soldados que avanzaba a pie.

Fue divisado por ellos al mismo tiempo en que él los distinguía y atacó sin darles tiempo a que iniciaran el fuego. Regó el frente con su «metralleta» y vio cómo se desplomaban algunas de las figuras. A continuación lanzó su camello al máximo de velocidad.

Obedeció el animal como si comprendiese qué era lo que su amo esperaba de él, y los proyectiles, como abejorros furiosos, comenzaron a zumbar en torno a ellos.

El receptor registró las señales que se cambiaban entre los automóviles, indicando que el enemigo había sido localizado. Fue en el preciso instante en que franqueaba la línea de soldados, y segundos después, un proyectil le averiaba el aparato, haciéndolo enmudecer.

Sintió una furia terrible al comprobar que había sido destrozada su otra maestra y escudándose lo mejor que pudo en su cabalgadura, disparó con certera puntería. Se produjeron sendos alaridos de muerte a los tres precisos disparos que hizo, casi sin interrupción.

La línea quedaba rota y dirigió magistralmente al animal hasta ponerlo a salvo detrás de una duna.

Le volvió a hostigar, pese a que era casi imposible que aumentase la velocidad, pero el camello respondió mejor de lo que su amo podía esperar y no tardaron en hallarse totalmente a salvo de los proyectiles.

Quedaban entonces los automóviles con tres de los cuales debía contar por lo menos y lo primero que hizo fue variar bruscamente

de dirección.

Tenía un momento de respiro que aprovechó para guardar el destrozado aparato en la cartera, pensando en revisarlo cuando tuviese un rato. El camello, infatigable, no redujo por eso su marcha. No tardaron sin embargo en oír el ruido que producía uno de los automóviles que les iba ganando terreno.

Pensando en desconcertarlos, obligó Casey al camello a detenerse y se apeó rápidamente. Se hallaban al abrigo de una duna, donde el animal quedaba bien resguardado y el hombre se adelantó unos metros, arrastrándose, sin ofrecer visibilidad alguna.

Apuntó fríamente al motor del automóvil y cuando estuvo seguro de que no erraría, pulsó el disparador. Vio cómo se levantaban algunas nubecillas de arena delante del vehículo y de repente se produjo en este una intensa llamarada. Llegaron hasta sus oídos los gritos de horror de los ocupantes del coche al verse envueltos en llamas.

—¡Habíais pensado que era fácil cogerme! ¡Pues pagaréis cara vuestra osadía!

Un segundo automóvil apareció en el horizonte, pero sus ocupantes fueron más cautos y se detuvieron, apeándose tratando de adivinar donde se hallaba agazapado. Y Casey aprovechó para llegar hasta el camello y montar en él, marchando al abrigo de la duna que los había ocultado y tomando luego por el cauce seco de un «ued» que le mantuvo fuera del alcance de la vista de sus perseguidores.

Pese a toda su habilidad, no consiguió, no obstante, despegárselos completamente y, aunque no le daban alcance, durante una hora no cesó de oír el runruneo de los motores.

Al cabo de este tiempo se vio sorprendido por la aparición de un automóvil que le cortó la retirada. Dispararon por ambas partes casi al mismo tiempo y pudo apreciar que el vehículo quedaba envuelto en llamas rápidamente mientras algunos de sus ocupantes lograban saltar. Uno de ellos, con las ropas prendidas, daba espantosos alaridos hasta que, en la imposibilidad de salvarle, otro de sus compañeros le disparó un tiro.

Pero al mismo tiempo, el camello, que había sido alcanzado por una serie de impactos, se desplomaba Llorando de rabia, tuvo Casey el tiempo justo para saltar y evitar ser aplastado por la mole. Se tumbó al abrigo del animal y disparó antes de que los que habían logrado salir indemnes del vehículo, pudiesen tomar posiciones.

Sintió el placer de verlos rodar sin vida y se dirigió con acento conmovido al camello que en aquel momento lanzaba, su postrer

mirada.

—¡Has sido vengado, noble amigo mío!

Le quedó apenas el tiempo preciso para reponer el cargador y hubo de saltar al otro lado del animal. Se le echaba encima otro automóvil cuyos ocupantes, sin dejar de avanzar, disparaban incesantemente. Sintió la quemadura de un proyectil, pero logró alcanzar un buen punto. No tardó en incendiar el motor del tercer coche, cuyos ocupantes se lanzaron a tiempo a tierra y se fueron distribuyendo hábilmente por el terreno, tratando de cercarle.

Vio entre ellos la inconfundible silueta de la «muchacha de Trípoli». Pero contra lo que esperaba, ella, a pesar de ir armada, ni disparaba, ni se tomó siquiera el trabajo de ocultarse, pese a los consejos de sus compañeros. Disparó para advertirla, muriendo los proyectiles a unos centímetros escasos de los pies de ella que se mantuvo inmóvil, pero que comprendió. Uno de los alemanes se levantó unos centímetros para rechazar la agresión y recibió un balazo entre ceja y ceja.

Descargas llegadas desde uno de los flancos, hirieron otra vez a Casey, pero también el nuevo agresor cayó sin vida. Dos alemanes se adelantaron corriendo, protegidos por el fuego de otro y Casey erró lamentablemente al disparar contra ellos, pero no falló cuando lo hizo contra el que les protegía. Pero los dos hombres habían logrado situarse de forma que uno u otro debería batir irremisiblemente al inglés. Este eligió al que consideró más peligroso e hizo fuego a tiempo que el otro le alcanzaba nuevamente. Sentíase debilitado por la pérdida de sangre; pero tuvo la satisfacción de ver caer a su enemigo si bien él mismo se quedó sin fuerzas para sostenerse.

Adivinó que Sheila avanzaba lentamente, tal como si sintiera el deseo de verlo caer. Aquel pensamiento le dio fuerzas y gritó:

—¡No te saldrás con la tuya!

Vio avanzar al alemán bien cubierto. Comprendió que no tenía remedio y deseó morir matando; Intentó levantarse, pero pudo darse cuenta de que el enemigo hacía lo propio, engañado sin duda por su movimiento y disparó. No tocó al hombre pero en cambio le arrebató el arma de las manos.

Al mismo tiempo casi que él hacía fuego, se produjo otra ráfaga y el alemán, un oficial, fue alcanzado por una serie de disparos. Se estremeció como un pelele a cada impacto y se llevó ambas manos a la altura del estómago, donde recibía los balazos. Sus manos se mancharon de sangre y sus ojos vidriados miraron con estupor en dirección a la «muchacha de Trípoli», autora de los disparos. No

pudo comprender aquello ni lo comprendería jamás, pues al caer, un último proyectil le alcanzó en el corazón, dejándolo instantáneamente sin vida.

Logró Casey levantarse y vio a Sheila, con el subfusil aún en las manos, que le contemplaba tratando de mostrarse impasible.

—¡Mátame de una! —gritó enfebrecido.

—No podría. Si hubiese podido, lo hubiera hecho. Tampoco tú has tenido valor para matarme. Me alegra saber que también eres algo cobarde, como yo. Así no me sentiré humillada a tu lado.

—¿A mi lado, Sheila?

—Me entrego. Has vencido.

Arrojó la muchacha el arma y corrió al encuentro del hombre.

Tiró también él la suya, y casi sin poder, avanzó unos pasos, y le salió al encuentro abriendo los brazos. Cuando la recibió en ellos, la estrechó con frenesí, sin atreverse a creer que aquello podía ser cierto, temiendo ser víctima de una pesadilla. La voz de ella lo volvió a la realidad.

—¡No aprietes tanto, que me haces daño!

—¡Al fin, Sheila! ¡No sé si creerlo!

—Organicé tu caza porque mi orgullo necesitaba demostrarte de lo que era capaz, en un momento de irreflexión, pero cuando salí, salí ya vencida. Y cuando comprendí que podían matarte, ya no lo pude resistir.

—¡Amor mío!

Se unieron sus bocas en un beso, el segundo que se daban, pero en este beso no había ya rencor.

El ruido de un motor les volvió a la realidad.

—Ahí tenemos otra patrulla.

—Venceremos también. Ahora, mejor que nunca, porque ahora estamos juntos —respondió ella—. Tú debes ocultarte y estar preparado. Yo les saldré al encuentro. Necesitamos el vehículo para salir de aquí. Ellos se confiarán al verme y les cogeremos entre dos fuegos.

—No me agrada en absoluto emplear ese procedimiento —respondió Casey—. Además, resultará expuesto para ti, terriblemente expuesto tan pronto como se den cuenta de la treta.

—Soy yo la que tengo la culpa de lo sucedido por mi absurdo comportamiento y por tanto es a mí a quién corresponde la iniciativa para salir de este mal paso. Bastante has expuesto tú ya. Además, estás herido.

—Sea lo que sea, debo ser yo quien dirija y quién cargue con la parte más dura. Para eso.

Sheila le interrumpió vivamente:

—¡Ya estás haciéndote el héroe otra vez! ¡No consentiré…!

Brillaban desafiadores los ojos de la muchacha. Volvía a rebelarse contra el carácter de él.

Pero Casey, comprendiendo que el peligro estaba demasiado cerca, no la dejó terminar y la arrojó al suelo de un manotazo.

—¡Coge tu arma y calla! Ellos siguen las huellas que hemos dejado y tan pronto vean los restos del automóvil que os trajo, se detendrán.

Ella, medio sofocada por la arena, estuvo a punto de protestar de nuevo, pero la firmeza de él la desarmó.

—Está bien. Por lo visto, he de dejarte hacer siempre lo que quieras.

El automóvil de la patrulla enemiga penetraban en aquel momento en el campo de visión de Sheila y Casey.

* * *

Diez minutos más tarde se hallaban en posesión del automóvil, aunque a cambio de un nuevo balazo que recibió Casey, si bien, por fortuna también leve.

—Debo estar hecho una criba. No sé siquiera cómo puedo sostenerme en pie.

Ella respondió acariciándole con los ojos y sonriendo luego picarescamente.

—No es necesario que te quejes ahora. No te puedo curar. Hemos de pensar en la forma de librarnos de los otros autos patrulla.

—¿Alguna idea?

—Si me permites tener ideas, sí.

Poco después, valiéndose de la instalación de radio del coche patrulla en que marchaban, se ponían en contacto con los otros automóviles, señalándoles una ruta falsa como seguida por el fugitivo mientras ellos tomaban la dirección que había de conducirles al punto de la costa donde deberían embarcar.

Logrado el objetivo de despistar a sus perseguidores, se abrazaron riendo, como dos niños que acaban de cometer una travesura.

De pronto, la frente de ella se oscureció al pensar en su futuro inmediato, y preguntó a Casey:

—¿Y luego, qué?

—¿A qué te refieres?

—A mi situación. ¿Estás dispuesto a seguirme? Deberemos huir lejos. No podré estar en una parte ni en otra.

—No puedo abandonar la lucha. Sería una traición.

Además, en plan de fugitivo, no creas que hay muchos lugares donde ir.

—¿Entonces?

—No te preocupes. Declararé a tu favor, tengo buenos amigos y no creo que te fusilen. Todo lo más que puede salirte es cadena perpetua y mientras hay vida, hay esperanza.

Campeaba una chispa de travesura en las pupilas de Casey y Sheila sintió que hervía de nuevo en ella la furia. Chispearon sus ojos con presagios de tormenta, pero entonces habló él en serio.

—Cálmate. La cadena perpetua te la impondré yo. Pienso formar un hogar y el hogar necesita una mujer. ¿Te molesta esa cadena perpetua? La «muchacha de Trípoli», ha muerto. Nadie, más que yo, sabía de sus otras actividades.

—¡Eres magnífico «Bob»! —exclamó ella haciendo uso por primera vez del cariñoso apelativo—. Eso quiere decir que puedo seguir actuando, pero esta vez, lealmente.

—¡Ni hablar del asunto! ¡En cuanto me den el permiso nos casamos y...!

—¡Nos casaremos tan pronto como quieras, pero yo debo continuar luchando! Abandonar ahora, sería una traición. Son tus mismas palabras.

—Tu caso es diferente, tú no eres un soldado.

—Sin embargo, en Tobruk y después, bien que me has ordenado.

—¡Está bien! Eres terca y supongo que te saldrás con la tuya.

Era de día cuando llegaron a un lugar próximo a la costa, donde abandonaron el automóvil después de incendiarlo.

Debían permanecer escondidos hasta la noche y se refugiaron en un aduar donde Casey, que era grandemente apreciado, fue debidamente atendido y curado por la propia Sheila.

Era el 22 de octubre y a las diez de la noche debían ser recogidos por una lancha que los trasladaría a un rastreador de minas.

Después de curado, empleó el tiempo Casey en arreglar su pequeña emisora, cuya avería, afortunadamente, no revestía importancia.

Sheila no se separó de él un solo momento, contemplando la tarea que el oficial realizaba, con verdadera curiosidad.

—¿Es una emisora verdad?

—Sí.

—¿Y es de la que te has valido para transmitir los informes?

—Parece imposible que con una cosa tan pequeña se pueda lograr eso. ¡Eres un genio!

—No soy el primero en lograr algo así. Richard Sorge, el espía que montó la mejor cadena que ha funcionado en esta contienda, empleó otra, sin duda, superior a esta ya que desde Tokio lograba comunicar con Vladivostock...

—¡Es maravilloso!

* * *

La sorpresa de Casey al llegar la hora de embarcar, fue extraordinaria. Había estado minutos antes con Sheila, la cual se le manifestó cariñosísima; y sin embargo, en aquel momento, no hubo medio de hallarla.

Se disponía a salir en dirección al punto donde debía embarcar cuando recibió una nota de ella, una nota que le obligó a dar un respingo y que estaba concebida en los siguientes términos:

> «Querido: Debes estar atento a mis emisiones que daré con la frecuencia que me sea posible. Poseo tu clave y tu magnífica emisora. Debes tener confianza. La «muchacha de Trípoli» no se resigna a morir.
>
> Te quiero».

—¡Mi emisora!

Corrió como un loco al lugar donde la había dejado.

—¡He sido un estúpido! Por eso tenía tanto interés...

Comprendió que era inútil que se quedase a localizarla y emprendió el camino, solo y triste No podía exponer a los que le debían recoger, a sufrir un contratiempo por su retraso.

Volvía a levantarse en él una nube de sospechas. ¿Habría hecho ella marcha atrás después del impulso que los había unido?

Hubo de dejar a un lado todas sus preocupaciones en tal sentido, pues tuvo que trabajar toda la noche colaborando en la dirección de la labor delicadísima que les había sido encomendada.

Las minas sembradas por los alemanes en el mar para impedir los movimientos de la escuadra inglesa, fueron localizadas una por una gracias a los planos logrados, y, privadas de los detonadores fueron conducidas por embarcaciones auxiliares a dónde más tarde serían totalmente desmontadas e inutilizadas.

La labor, por los conocimientos de Casey, fue realizada con bastante rapidez y se hallaba concluida antes de que amaneciera aquel día, viernes, 23 de octubre de 1942.

Casey, apenas desembarcado en Alejandría, entró en contacto con el coronel Hay, que le aguardaba, e inmediatamente se trasladaron al puesto de mando del general Montgomery.

Toda la maquinaria de guerra se hallaba dispuesta.

Faltaban muy pocas horas para que se iniciase una de las batallas más colosales de la última guerra universal, la batalla que daría al traste con el predominio de las fuerzas del Eje en el continente africano.



Puede cambiar el curso de la inminente batalla.

CAPÍTULO IX

—Imagino que «F. L.-5», habrá resultado un buen auxiliar para usted, ¿no es eso?

La pregunta, hecha de improviso por el coronel Hay a Casey, lo sobresaltó, temiendo que el astuto y bien informado coronel supiese algo de la falsa actuación de la «muchacha de Trípoli».

—No tengo queja alguna de ella. Sus informes, que he procurado comprobar siempre, han sido justos. Aparte de eso, le debo el haber podido interceptar al espía griego que llevaba el informe sobre los «escorpiones». También fue ella quien me escondió y me curó, cuando quedé herido en Tobruk y quién me ha salvado del cerco que me tendieron últimamente los servicios de contraespionaje enemigos.

—Es una buena muchacha. Su padre nos sirvió bien. Desgraciadamente, cayó prematuramente en un bombardeo de la aviación alemana.

—¿La conoce usted personalmente?

—Sí. La he visto y he hablado con ella en un par de ocasiones.

—Quise traerla conmigo, pero se me escapó de entre las manos. No sé lo que se propone hacer, pues se quedó mi emisora y me ha pedido que estemos pendientes de sus informes.

—Es una gran muchacha, valiente y generosa, atractiva, terriblemente atractiva —dijo Ray.

Suspiró el hombre levemente y Casey le contempló con expresión de alarma. ¿Estaría enamorado el coronel de la hermosa muchacha?

Pero fue el propio coronel quien aclaró las dudas del teniente sin que este preguntase.

—No. No estoy enamorado de ella, porque a mi edad, sería insensato. Eso ustedes los jóvenes. Si estuviese yo en su piel…

Se ruborizó un tanto Casey. Por su parte, el coronel Ray, fingió no darse cuenta de aquel repentino rubor.

—¿Entonces, coronel?

—Estaremos pendientes de sus informes. En los momentos que se avecinan, cualquier cosa aparentemente nimia, sin importancia, puede variar el curso de la batalla, puede decidir la suerte de los pueblos. En ocasiones, no se le presta la atención debida a los detalles, y por lo mismo, se derrumba de forma que parece

incomprensible lo que es fundamental.

—¿Puede decirme algo de los nombres que logré arrancar al espía griego?

—Sí. Se han efectuado una serie importante de detenciones con lo cual calculamos que nuestra retaguardia habrá quedado limpia en unos momentos decisivos. El enemigo va a carecer de una información que le resultará muy necesaria.

Hacía rato que el sol había salido y se observaba uno de esos silencios que presagian las grandes tormentas.

Todo estaba ya a punto. La ingente maquinaria de guerra se hallaba dispuesta.

—¿No siente curiosidad por ver los «escorpiones» y su modalidad norteamericana los «cangrejos»?

—En este momento de tensión, cualquier cosa que pueda distraerme, me parecerá maravillosa.

—Los «cangrejos» y «escorpiones» le parecerán maravillosos aunque no fuese por distraer esa tensión, y cuando les vea funcionar, con más motivo.

Se disponían los dos hombres a salir para efectuar una visita al lugar donde se hallaba una de las concentraciones de «cangrejos» y «escorpiones», cuando un segundo teniente llegó apresuradamente.

—¡Señor! Conectan de nuestra base. «F. L.-5» se dispone a informar. Les reclama a usted y al teniente.

—¡Vamos, Casey!

Corrieron los dos hombres y llegaron a tiempo de escuchar el informe cuando apenas se había iniciado. La voz de Sheila se oía con toda claridad:

—Los informes recibidos por los mandos del Eje y los reconocimientos de sus escuadrillas aéreas les han hecho ver que el ataque de ustedes es inminente y han agrupado a toda prisa y en el mayor silencio la mayor parte de los efectivos de que disponen para rechazarlo y lanzarse inmediatamente a la ofensiva.

Hizo una pausa la joven y su voz se debilitó unos momentos, pero volvió a llegar potente, clara:

—Desconozco los efectivos de que disponen ahí, pero en esta zona se descansa en la creencia de que ustedes son menos fuertes; y no es esto solo, sino que el jefe de las fuerzas del Eje se siente confiado por su línea de defensa, basada en los campos de minas, por los que tiene la seguridad de que no podrán atravesar jamás los tanques del VIII Ejército. Y ahora presten atención a la disposición de las fuerzas del Eje, apoyada precisamente en estas creencias del generalísimo Rommel.

Hizo Sheila una nueva pausa y los dos hombres se miraron, sin poder reprimir la expresión de asombro que les dominaba.

Al propio tiempo Casey se sentía embargado por una viva inquietud. ¿Serían exactos los informes que en aquel instante iba a dar Sheila o en un momento crucial como el que vivían, conocedora, de que no quedaba en aquel campo más agente que ella, iba a tratar de equivocar, a provocar con sus falsos informes dudas y vacilaciones que podían significar la derrota?

Pero le distrajo de sus pensamientos la voz de la muchacha, reanudando su informe, que se veía bien preparado:

—¡Atención! Tomen nota para que no se pueda producir error alguno.

El oficial que les había avisado y un ayudante trabajaban febrilmente, tomando las notas taquigráficas de lo que Sheila informaba.

—Desde la costa, junto a Sidi-el-Rhaman hasta las lomas de Kidney, se hallan dispuestas dos divisiones de infantería con la 15 de «panzers»; de las lomas a Tell-El-Eisa, la División 164 de granaderos, la Trieste, italiana, la 90 ligera, también italiana y la Littorio. Desconozco las fuerzas que se hallan en retaguardia, pero sé que son muchas.

El coronel Ray asintió con un movimiento de cabeza al gesto de duda que se adivinaba en Casey.

—Está bien informada, muchacho. Conocíamos algo de esto.

Pero ella continuó:

—A partir de las lomas de Kidney, se extienden los tanques alemanes de nueva, formación hasta enlazar con la División Bolonia; vienen luego la División 21 de «panzers», tres divisiones de infantería alemana, las divisiones italianas Trente y Brescia, motorizadas; a continuación, dos divisiones más de infantería alemana, seguidas de las italianas Folgore y Pavía motorizadas también. Estas, muy al Sur, hasta enlazar con la división de infantería alemana que es la extrema derecha del general Rommel y que llega hasta los farallones y picachos rocosos que señalan el principio de la depresión de Katara. Nada más. Aquí hay moral de victoria. Creen que todo se reducirá a poco menos que un paseo militar. Volveré a comunicar tan pronto tenga noticias. Corto.

Se alejó la voz diciendo algo que no llegó a entenderse y al fin quedó la comunicación cortada.

Fue inútil que se llamara a la «muchacha de Trípoli», No respondió ni se volvió a saber nada de ella en unas horas.

—¿Es necesario llevar este informe inmediatamente? al general

—expresó el coronel Ray—. Aguárdeme aquí, teniente, por favor.

Se alegró el teniente Casey de quedarse solo mientras los otros dos oficiales salían con el coronel.

Miró Casey con expresión de arrebatado odio el receptor por el que había escuchado la voz de la amada y subsistió la duda, una duda atormentadora.

—¿Habrá hecho marcha atrás y volverá a servir al enemigo? ¿Será posible que trate de confundirnos? ¿Y si no es así, cómo en el espacio de apenas unas horas ha logrado tantos y tan buenos informes?

Recordó la ocasión en que él le había dicho: «Creí que usted podía llegar a dónde le daba, la gana. Las mujeres hermosas lo suelen conseguir siempre».

Sintió que le invadía un sudor frío. ¿Se habría dejado ella arrastrar por uno de aquellos accesos de furia o de despecho y habría recurrido a sus encantes para lograr la información, para demostrarle a él lo que valía, de lo que era capaz?

Cuando regresó el coronel Ray, fueron en un «jeep» a echar un vistazo a un grupo de «cangrejos» y de «escorpiones», que se hallaban dispuestos a ser lanzados al combate, «cangrejos» y «escorpiones» que constituirían una formidable sorpresa para el mando del Eje, ya que iban a destrozar las defensas de los campos de minas en que se apoyaba el genial general alemán, el hasta entonces punto menos que invencible Rommel.

A las nueve y treinta en punto de la mañana, el general Montgomery, con espartana concisión, dio la orden de que se iniciase la batalla.

La tensión que se vivía en aquellos momentos decisivos para la Historia, quedó rota por la orden:

—¡La artillería del sector número 1 debe romper el fuego inmediatamente y la infantería, estar preparada para el ataque!

El sector número 1 a que aludía, el jefe del VIII Ejército, correspondía a su ala derecha y comenzaba junto al mar, ocupando diez kilómetros, desde la playa hasta Tell-El-Eisa y las laderas de las lomas Kidney.

La gran cantidad de artillería concentrada en aquel lugar, rompió el fuego y estuvo machacando las líneas enemigas durante veinte minutos, lanzando un verdadero y devastador huracán de fuego, hierro y acero sobre las defensas ítalo-germanas. Y siempre protegida por la artillería, contra lo que el mando alemán podía esperar, la infantería inglesa se lanzó al ataque.

Pero aquello solo era un movimiento de distracción del general

inglés, tan astuto y buen general como Rommel, tendente a engañar al enemigo, a ocultarle sus verdaderos propósitos y a ver también cómo reaccionaba.

Durante el día se recibieron frecuentemente informes de la «muchacha de Trípoli», sobre los movimientos de las fuerzas germanas, lo que hizo suponer al coronel Ray y al teniente Casey que debía hallarse en el mismo frente, seguramente muy cerca del cuartel general ítalo-germano.

—¡Esta muchacha es valiente! ¡Se está jugando la vida a cara o cruz! —exclamó el coronel Ray en una de las ocasiones.

—Sí. Se ha empeñado en demostrarnos que es un buen soldado y es posible que lo consiga.

—Lo está logrando ya.

Cuantos informes se recibían procedentes de Sheila, eran pasados al mando superior inglés.

Llegó la noche, la hora escogida por el general inglés para lanzar su ataque a fondo. Los tanteos efectuados por el día, habían resultado satisfactorios, según había podido observar la aviación de reconocimiento y por los informes transmitidos por «la muchacha de Trípoli».

Tras el alud de la artillería, vino el da la infantería en un terrible ataque frontal en el que tomaron parte la 44 División inglesa y la 9.ª australiana. El general Rommel tuvo un movimiento de sorpresa y de vacilación; aquella táctica de la infantería parecía olvidada ya, apenas si se usaba desde la anterior Gran Guerra por el gran número de bajas que exigía. Y la duda del general alemán aumentó al ver que Montgomery iniciaba un ataque fortísimo con sus tanques por el sector Sur.

El cuartel general inglés no tardó en ser informado de las impresiones que sus acciones estaban causando. «La muchacha de Trípoli» continuaba en su peligroso puesto.

El general alemán esperaba el ataque no por los extremos del frente, sino por el centro y había dado órdenes de que se dejase avanzar a las fuerzas británicas para caer sobre ellas de flanco.

Había preparado sus defensas para que, sin embargo, Montgomery fuese frenado por los campos de minas precisamente en los lugares por dónde atacaba.

Y el desconcierto fue terrible cuando los «cangrejos» y «escorpiones» entraron en liza, destrozando los campos de minas, permitiendo el rápido avance de la infantería, los tanques y la artillería enemiga, sorprendiendo así a las fuerzas del Eje por dónde menos lo podían esperar.

Aquella desconcertante maniobra realizada al amparo de la nueva e inesperada arma, obligó al general Rommel a variar rápidamente sus planes, la disposición de sus fuerzas.

Y el general inglés, que recibía continuamente informes de los movimientos del enemigo, no cayó en la trampa que el genial general alemán le tendía.

Se luchó durante horas, durante días, con sin igual heroísmo por ambas partes, desplazándose de un lugar a otro, con gran rapidez, el centro de gravedad de la batalla demostrando los dos hombres que la dirigían que eran dignos el uno del otro.

De los días 24 al 26, adquirió la lucha, sobre todo en el sector de la costa, caracteres de ferocidad indescriptible, llegando momentos en que la infantería, empleada a fondo, imposibilitó la actuación de tanques y artillería.

En una de las emisiones de Sheila se produjo el comentario siguiente:

—¡La gran sorpresa la han dado esos nuevos tanques que van anulando la efectividad de los campos de minas! Hubiese querido que viesen algunas caras por aquí, cuando se dieron cuenta de que los tanques atravesaban los campos de minas como quien cruza el pasillo de su casa. ¡Bueno, esto del pasillo de su casa, es un decir, ya me entienden!

Había vibración emocional en la voz de la joven y Casey sintió disipadas todas sus dudas, no solamente las que se referían a la lealtad de la «muchacha de Trípoli» en sus informes, sino a la lealtad de la novia.

Respiró el oficial británico, que había vivido atormentadoras horas de angustia, angustia que debía durar, aunque en otro sentido, al comprender que en cualquier momento Sheila sería descubierta por el enemigo, pues era más que peligroso que no la hubiesen localizado ya.

Pero pasaron horas, días, sin que tal hecho se produjese y llegaron los días 28 y 29 de octubre sin que fallasen los informes de ella, coincidiendo con las observaciones propias de que se acentuaba la derrota alemana.

Al fin se produjo la llamada angustiosa. ¡La «muchacha de Trípoli» estaba en peligro! La perseguían duramente y realizaba la emisión sin detenerse.

El teniente. Casey se hallaba descansando en aquel momento y fueron a avisar inmediatamente al coronel Ray que acababa de salir de una reunión de jefes en el cuartel general, reunión que había presidido el propio general Montgomery.

Enterado de lo que sucedía, preguntó por el teniente Casey.

—Está descansando, señor.

—Que le avisen enseguida y que preparen un «Spitfire» para que pueda despegar al momento.

Llegó Casey a poco ante el coronel Ray. El oficial se venía abotonando la guerrera aún y sus ojos demostraban que no estaba totalmente despierto.

—¿Qué sucede, señor?

—Según reza en su ficha, es usted capaz de pilotar un avión de caza, ¿no es eso?

—Sí, señor. He volado bastante.

—Pues va a tener usted ocasión de lucirse. Podría encargar de la misión a uno de nuestros aviadores, pero en estos momentos son muchos los que necesitamos y no debo distraer ni uno solo al mando.

—¿De qué se trata, señor?

—Hay que recoger a uno de nuestros agentes que se halla en peligro. Y usted es el hombre indicado ya que conoce al agente y además conoce bien el terreno, puesto que últimamente ha operado en él.

Casey comprendió de qué se trataba. Volvió a atenazarle la angustia y reaccionó rápidamente, deseando lanzarse cuanto antes. Pero no exteriorizó ninguna de aquellas emociones.

—Se trata de. «F.L.-5». La «muchacha de Trípoli».

—¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo. Tiene el avión dispuesto. Ahí tiene el mapa correspondiente e indicado el lugar por dónde ella huye, acosada por los servicios de contraespionaje enemigo. Un segundo de retraso puede significar la muerte de ese sobresaliente solado. Vaya y que tenga suerte.

—¡Gracias, señor!

Iba a salir corriendo.

—¡Un momento! ¡Ella, con su emisora, dará de tanto en cuanto su situación! Esté atento a sus indicaciones. Su aparato va bien equipado.

—Gracias, señor.

Corrió hasta donde le aguardaba el avión cuyo motor fue puesto en marcha antes de que él tuviese tiempo de bajar del «jeep» que le condujo hasta la pista de despegue.

Voló luego sobre las arenas de un rubio cambiante, ensangrentadas en aquellos momentos a causa de la feroz batalla que se estaba librando.

Hubo de esquivar algunas formaciones de aviones que luchaban encarnizadamente tan encarnizadamente como se peleaba, en tierra. Vio algunos aparatos bombardeando las formaciones enemigas de tanques…

Tan pronto llegó a la zona por la cual huía el agente perseguido emitió la contraseña para ponerse en contacto con el mismo.

Casey, con los nervios bien templados, atendía a la dirección del aparato sin olvidarse de escrutar el cielo por si se presentaba algún enemigo, así como a la comunicación que trataba de entablar.

Se oyó la contestación y la voz, aunque deformada por la transmisión, obró sobre Casey como una descarga eléctrica. Comprendió que Sheila estaba muy asustada, que debía tener muy cerca el peligro. No había exagerado el coronel Ray cuando dijo que un segundo podía significar su muerta.

Respondió Casey al tiempo que ponía el avión al máximo de velocidad, pidiendo al agente su situación exacta. Tratando de no dejarse dominar por los nervios, escuchó la respuesta.

Sheila, conduciendo un coche «Mercedes» a toda velocidad, huía por carretera perseguida por dos automóviles militares que pretendían darle caza.

—Mantén la distancia a toda costa, querida. Vuelo en tu auxilio. No cierres la comunicación y tenme al corriente de las incidencias.

Sabía Casey que su voz daría ánimos a la muchacha.

Por su parte, sintió temor de ser descubierto en el momento culminante y maldijo la impresión de no haber pedido la escolta de un par de aviones por lo menos, para que estos pudieran despejar el cielo de posibles enemigos mientras él realizaba el trabajo.

Avistó la carretera y comenzó a descender siguiendo su trazado. De tanto en cuanto daba ánimos a la muchacha, la cual le comunicó que los automóviles enemigos iban acortando distancias.

Se operó una violenta reacción en el ánimo de Casey, que se dispuso a estrellarse antes de permitir que Sheila pudiese caer en manos del enemigo.

—¡Comienzan a disparar sobre mí! ¡Un proyectil acaba de hacer trizas mi parabrisas! ¡La arena dificulta mi avance!

La voz de la amada sonaba francamente asustada.

—¡Animo! Ya estoy sobre la carretera. Ya diviso los automóviles… Corta la comunicación y mantente valientemente.

Desde su altura había distinguido los tres automóviles deslizándose raudos sobre la pista. Los de los perseguidores iban como exhalaciones. A aquella espantosa velocidad, se mantenían sobre la pista por verdadero milagro. Una minúscula piedra, un

bache, hubiera bastado para que el vuelco fuese inevitable.

Casey, al avistar los automóviles, inició su maniobra, describiendo un arco hasta colocarse en la posición que consideró oportuna para el ataque.

Los enemigos, obstinados en la persecución, no se habían dado cuenta de la presencia del «Spitfire».

Casey, a sus espaldas, iba avanzando velozmente. Los veía muy bien y fue situándolos en el centro de mira, afinando la puntería. Pudo apreciar cómo desde el coche delantero de los perseguidores, hacían fuego sobre el de Sheila, levantando pequeñas nubes de polvo en torno al «Mercedes». La distancia y la mucha velocidad les impedía precisar la puntería y esa era la suerte de la joven.

La «muchacha de Trípoli», al sentir a sus espaldas el avión amigo, recobró parte de su serenidad y logró sacar mayor velocidad a su automóvil, despegándose unos metros más de ellos.

Se acercó Casey, colocando su crispada mano sobre el disparador de las cuatro ametralladoras sincronizados, cuyos proyectiles, saliendo por entre las revoluciones de la hélice, en líneas convergentes, eran capaces de aserrar un tronco de árbol situado en el punto de coincidencia de las mismas.

Doscientas yardas, ciento cincuenta... ¡Ahora!

Endureció Casey el gesto.

Se oyó el crepitar de las ametralladoras y el coche trasero, alcanzado en el centro, dio un terrible salto, se salió de la pista, volcando aparatosamente, mientras lanzaba a sus ocupantes por el aire a gran distancia, e incendiándose el motor, que pronto comunicó las llamas al resto del coche.

No corrió mejor suerte el otro automóvil, pues, casi al mismo tiempo que el primero, recibió los impactos de los proyectiles que, tras hacer añicos el parabrisas, hirieron al chofer, el cual soltó el volante. Perdida la dirección, el coche dio dos vueltas de campana, haciéndose trizas contra un poste contra el cual chocó.

Libre ya de los peligrosos perseguidores Sheila fue poco a poco aminorando la velocidad del «Mercedes» hasta detenerlo finalmente a uno de los lados de la pista. En aquel momento el avión pasaba junto a ella, haciéndole el piloto un amistoso gesto al que apenas si tuvo fuerzas para corresponder.

La muchacha, vencido el peligro, sintió que cedía la tensión nerviosa que la había mantenido, invadiéndola una laxitud que la obligó a dejarse caer en el asiento, reclinando su cabeza sobre el volante.

En el ínterin, el avión había evolucionado describiendo una

amplia curva y como el terreno a ambos lados de la pista era favorable a la maniobra del aterrizaje, no tardó en tomar tierra, terminando su carrera a escasas yardas de donde el automóvil se había detenido.

Alarmado por la actitud de ella, abrió Casey la cabina, saltando a tierra con presteza, y corrió en dirección a Sheila. Pero ya la muchacha había levantado la cabeza y al reconocer a su libertador, se había apresurado a saltar, lanzándose a su encuentro.

Se abrazaron al encontrarse y Sheila, al límite de sus fuerzas por las emociones que había vivido, se desmayó.

Se sintió Casey dominado por un sentimiento de respeto y ternura. También «aquellas cosas» tan frágiles que eran las mujeres eran capaces de gestos heroicos y de grandes sacrificios… aunque al final se desmayasen.

Pero no había tiempo que perder. El peligro no había pasado. Cargó con el cuerpo de Sheila y echó a correr en dirección al avión en cuya cabina depositó a la muchacha dulcemente, sujetándola con el cinturón de seguridad.

Momentos después iniciaba el despegue, elevándose pausadamente, al mismo tiempo que en la carretera aparecían nuevos coches llenos de enemigos.

Les había arrebatado su presa, pero no podía estar seguro hasta que no tomase tierra en la retaguardia inglesa.

Trató de esquivar los lugares donde sabía que se libraba la batalla en aquellos momentos, pero no tardó en ver algo que le obligó a ponerse en tensión.

Un avión se acercaba velozmente por uno de sus costados, tratando da cortarle la retirada. Se trataba de un caza enemigo. Volvió la vista atrás y pudo divisar dos aviones más que intentaban darle alcance.

Dirigió una mirada a Sheila, una mirada que podía ser la última y que reflejaba todo el cariño que sentía por ella. La muchacha, que volvía en sí, captó el significado de aquella mirada, correspondiéndola con otra idéntica.

—¡A tu lado, no tengo miedo!

¡Venceremos!

Maniobró Casey el aparato, saliendo como una flecha al encuentro del avión que venía a cerrarle el paso, y antes de que el piloto pudiera darse cuenta de lo que sucedía, recibía una ráfaga completa que, perforándole los depósitos de esencia e hiriéndole a él mismo, hacía que el aparto, incendiado, entrase en barrena, descendiendo a vertiginosa velocidad hasta estrellarse contra el

suelo.

Sheila había cerrado los ojos creyendo que se iban a estrellar contra el «Messerschmidt» enemigo, y cuando los abrió, pudo apreciar que Casey, consumado piloto, había iniciado un arriesgado «looping» para ganar altura y dominar desde ella a los otros enemigos.

Desconcertó la rápida maniobra de Casey a los otros pilotos cuyos aparatos, velocísimos, pero un tanto lentos para el viraje por la gran envergadura de sus alas, quedaban un tanto a merced del rápido y maniobrero «Spitfire» pilotado por Casey.

No perdió el británico el tiempo y con un valor rayano en la temeridad, se lanzó sobre uno de los «Messer», soltando fuego por todas las ametralladoras y, consiguiendo tan certeros impactos, que el avión caía envuelto en llamas instantes después.

Pero el segundo ataque le había obligado a descender vertiginosamente, colocándolo en inferioridad con el tercer aparato enemigo, que se lanzó a su vez tras él, ávido de lograr la codiciada presa, de vengar a sus compañeros.

A Casey no le quedaba más que una posibilidad y él lo sabía.

Con el «Messer» casi pegado a la cola, fue descendiendo a velocidad de vértigo, tratando de que el otro se cebara en la persecución. Estaban a unas mil doscientas yardas de altura y pronto se vieron a solo trescientas, luego a cien…

Cuando ya casi parecía inminente que se estrellaba, enderezó el aparato, consiguiendo elevarlo, mientras el «Messer», ciego por la persecución y más pesado para la maniobra, se estrellaba contra el suelo.

Casey, dando un suspiro de satisfacción continuó su vuelo normal, elevándose paulatinamente. Volvióse con inquietud y vio que Sheila, pálida por las emociones vividas, le sonreía. Aquella sonrisa era su mejor recompensa.

EPÍLOGO

Cuando Casey, pilotando el «Spitfire» acribillado por los proyectiles del último «Messer», tomó tierra en el aeródromo, sintió que la vista se le nublaba, no obstante, se enderezó en su asiento, abrió la cabina y saludó marcialmente al coronel Ray que, en su automóvil, había llegado hasta el costado del avión.

—El servicio ha sido efectuado señor. Aquí está «F.L.-5». He derribado tres aviones enemigos y…

No pudo continuar y cayó de bruces sobre el borde de la carlinga.

Sheila se apresuró a auxiliarle y únicamente entonces pudo darse cuenta de que el teniente estaba herido. Dos proyectiles, atravesando el respaldo del asiento, le habían alcanzado por la espalda, y penetrado en el pecho.

Fue conducido rápidamente al hospital de campaña más inmediato y Sheila, después de cambiar impresiones con el coronel Ray y lograr autorización, se constituyó en su enfermera.

* * *

Mientras tanto, continuaba la lucha en aquellas arenas ensangrentadas.

La aviación y la marina británicas habían hecho acto de presencia desde el principio de la batalla, completando el hundimiento de las líneas alemanas y no dándoles luego un instante de respiro para evitar que el temido general Rommel pudiera establecer puntos de resistencia en su retirada, que iba tomando caracteres de hecatombe, hecatombe que tuvo su culminación en la batalla de tanques que se libró en Tell-El-Aqqaqir y que duró todo el día 2 de noviembre, tomando parte en la misma más de un millar de tanques con un «techo» de aparatos de aviación que bombardeaban sin cesar las formaciones enemigas.

Y la artillería antitanque inglesa, empleada con gran profusión, completó la derrota alemana que fue espantosa, ya que perdieron más de 300 carros de combate, sufriendo también los ingleses elevados daños.

A partir del final de tan encarnizado choque, la derrota ítalo-germana apareció como irremisible, pese al heroísmo con que se

batieron.

El 11 de noviembre, terminada la batalla de El Alamein, alejado el peligro de Egipto, que quedó totalmente reconquistado, fue también un gran día para Casey, ya que salió por primera vez al jardín del hospital acompañado siempre por Sheila.

—Y ahora, amigo mío, te debo una explicación.

—No es necesaria. No quiero que te violentes.

—Es necesaria, por ti y por mí, en particular, por mí. He procurado, con mi última acción, pagar la deuda que tenía contraída por mi incomprensión. Y te mereces la explicación porque siempre tuviste fe en ganarme y esa fe te llevó al triunfo.

—Por favor, Sheila...

—No me interrumpas. Yo no he trabajado por dinero, sino por odio. Mi madre era italiana, mi padre griego y yo nací en Trípoli. Vivimos al margen de todo, felices, muy felices, pero la guerra envenenó el ambiente de mi casa. Mis padres se dividieron y cada cual luchó por los suyos. Mi madre fue fusilada por los ingleses, mi padre cayó en un bombardeo de aparatos alemanes...

—Te estás haciendo daño...

—No lo creas. Ya pasó... Entonces os odié a todos, menos a los italianos, con los que, hasta cierto punto, me sentí ligada por un sentimentalismo fácil de comprender, y me lancé a la lucha, dispuesta a haceros todo el daño que pudiese. Hasta que surgiste tú y comencé a considerar que el camino del odio era un camino equivocado.

—Celebro que lo comprendieras así.

—Me molestaba también que, al servir a los italianos, servía indirectamente a los alemanes. Pero he sido terca y me he defendido hasta el último momento en mi reducto del odio. Te odiaba porque te quería, no quería someterme y por eso en Tobruk...

—No debes recordarlo.

—Pero al fin ganó quien se lo merecía, el mejor: tú. Y de rechazo, he ganado yo también. Más aún que tú.

Brillaban lágrimas en los ojos de Sheila, pero estas no eran de odio, como otras que había visto Casey en aquellos mismos ojos, sino de amor.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS




N.° 355 Afamada bailarina clásica, debutó en el cine con "Las zapatillas rojas", descubriéndose en ella gran clase de actriz. Continuando en el cine, ha actuado en "Los cuentos de Hoffmann" y "Las pelirrojas".

Foto cedida por FILMAX

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: $ 4